¿QUÉ TE APUESTAS?

KASEY WHITE

Romântica

¿Qué te apuestas?

Kasey White

©2016 Kasey White

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su

transmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo de la titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

SINOPSIS

Megan, la típica chica que crece rodeada de chicos y sale, se viste y se comporta como uno de ellos.
James, un seductor nato con un trabajo que le permite liarse con quien le dé la gana y cuando le dé la gana.
Ellos eran los mejores amigos, él el apoyo de ella, ella el de él... Pero todo empieza a trastabillarse cuando, inesperadamente, James suelta un comentario con el que ella se siente ofendida. Es entonces cuando Megan se

apuesta no solo su dinero, sino su dignidad, a que es capaz de convertirse en mujer, que es capaz de conseguir una cita y que es capaz de conseguir al novio perfecto.

Pese a las circunstancias, y con tal de hacer que James se trague sus propias palabras, decide intentarlo.

La cuestión es:

¿Lo conseguirá?

Capítulo 1
Otra tarde igual

Estaba realmente cansada. Había tenido un día agotador en el hospital, había tenido que soportar el volumen estridente del pub en el que había pasado las dos últimas horas con los chicos y ahora, por si fuera poco, tenía que volver a presenciar el numerito que James y su nueva amiguita estaban dándole en el asiento trasero de su coche.

No es que quisiera mirar o estar

pendiente de lo que hacían o dejaban de hacer, pero lejos de ser silenciosos, esa desconocida hacía gemidos exagerados cada vez que James le metía las manos debajo de la ropa, o cada vez que le mordía en el cuello, y por mucho que se esforzase en ignorarlos, llamaban su atención, aunque mirase un solo segundo y devolviera la vista a la carretera nuevamente.

No le importaba hacerlo una o mil veces por él, no por nada era su mejor amigo, pero odiaba tener que llevar a las ligues de James a sus casas teniendo que ser testigo de lo que hacían en el trayecto.

Por suerte, esa vez solo había tenido que presenciar manoseos varios, lenguas de

ida y vuelta y sonrisas juguetonas. Pero la pelirroja no vivía muy lejos del local en el que habían pasado las dos últimas horas, y terminaron de besarse en el portal. Y lo más importante, fuera de su coche, algo que agradecía enormemente. James volvió a subirse un par de minutos después, ajustándose la camisa, con la enorme marca de un chupetón en el cuello y el labio inferior hinchado (probablemente por las succiones de ese pulpo con minifalda al que acababan de dejar atrás).

—No vuelvas a pedirme que te lleve, James. Yo no tengo un *Love Hotel* en el asiento trasero, ni llevo un servicio...

—...de taxis. Ya lo sé. Me lo dices

siempre.

—Y siempre cedo. Pero un día dejaré de hacerlo. Me da igual lo que hagas, con quien lo hagas o las veces que lo hagas, pero no en mi coche. —Sentenció —. James, hace dos días el marido de tu hermana pensó que las bragas de encaje rojo que había en el asiento trasero eran mías. Yo ni siquiera sabía que se las habías quitado a una de tus chicas y las habíais dejado ahí. Casi me muero de la vergüenza, ¿sabes?

James no pudo contenerse y estalló en risas. Adoraba verla enfadada. Adoraba las caras que ponía o la forma en la que le regañaba, pero lo mejor era ver como poco a poco volvía a ser la de siempre.

Y, escasos minutos más tarde, el enfado de Megan había desaparecido.

Detuvo el coche frente un edificio de enormes puertas de cristal ahumado y James se aflojó el cinturón de seguridad.

—¿Vendrás al club mañana?

—No lo sé... —encogió los hombros y negó con la cabeza mientras doblaba, hacia abajo, la comisura de los labios en una expresión de duda.

—Tienes que venir. Ya sabes que eres mi talismán. —Declaró antes de besar su mejilla.

Megan sintió como se le encogía el estómago.

—Ya veremos. Depende de mí enfado.

—Yo sé que no estás enfadada conmigo.

Sonrió antes de acercarse para darle un segundo beso. Pero Megan le detuvo, poniendo una mano en su boca antes de que tocase su piel.

—Antes de tocarme lávate los dientes. Esa tía fumaba como un carretero y su aliento seguro que olía peor que un cenicero.

En realidad solo la había visto fumar un cigarrillo desde que James la hizo ir hasta su mesa, y además se lo había ofrecido TJ. Y tampoco había estado tan cerca como para respirar su aliento.

—Olía a su pintalabios y sabía a fresa. Pero no trates de dar la vuelta a lo

que te he dicho. No me importa cuando termines. Quiero verte en el club.

—Iré, ¿de acuerdo? ¿Cuándo no he ido?

—Esa es mi chica. Buenas noches, cariño.

—Buenas noches, idiota.

Después de una sonrisa, James bajó del coche y, tan pronto como cerró la puerta, Megan resopló mientras arrancaba el motor. Estaba realmente cansada y no veía el momento de llegar a casa y meterse en la cama.

Cerca del mostrador de recepción estaba Maxwell, su vecino de al lado, un famosísimo actor negro de talla mundial que parecía estar escondiéndose en su

edificio mientras tomaba un descanso. Le saludó cortésmente y caminó hacia su piso.

—Al fin en casa. —Suspiró aliviada, dejando las llaves sobre la mesa y dirigiéndose a su habitación.

Por fin podría darse su ansiada ducha y aún mejor, podría tomar su merecido descanso.

Capítulo 2
Lo prometido es deuda

Eran más de las once de la noche, y el salón del club de striptease masculino, Olimpvs, estaba a oscuras. El perfume femenino flotaba en el ambiente, mezclándose con el humo de tabaco y con la excitación de ver a la estrella de la noche bailar para ellas. De pronto, una tenue luz anaranjada iluminó el escenario, y todas las mujeres empezaron a gritar cuando, el adonis de

cuerpo esculpido, se situó bajo esta, cubierto con una bata de satén con capucha de color cava que, refulgía como el oro bajo aquella bombilla.
Segundos más tarde empezó la música, y James procedió, desnudándose lentamente y de forma sensual, al ritmo de los acordes. Sus movimientos eran de lo más provocativos, y las expresiones de su cara hacían que todas deseasen tocarle. Movía las caderas hacia adelante y hacia atrás, haciendo brillar su piel, quitándose una prenda, otra y otra, y otra más.
Las mujeres de las primeras filas se empujaban las unas a las otras para estar lo más cerca posible del dios del

erotismo. Estiraban los brazos para llegar a él, para dejar billetes en el elástico de su ropa interior, o simplemente para acariciar su piel. Él se mordía el labio inferior, sonreía o guiñaba un ojo de vez en cuando. Megan no quiso mirar el espectáculo, de hecho nunca lo había hecho. Cuando su mejor amigo salió a escena, ella se giró y se apalancó en el sofá del salón.

—Exhibicionista... —murmuró graciosa al escuchar a las mujeres chillar aún más escandalosamente. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo con una sonrisa dibujada en el rostro.

—Hay que admitir que no por nada es

el mejor.
Randy se dejó caer a su lado, haciéndola botar en su asiento. Megan abrió los ojos para mirarle, pero se cubrió la cara con las manos, fingiendo estar, completamente avergonzada, al darse cuenta de que sólo llevaba un diminuto y ceñidísimo tanga de cuero rojo con cremallera que cubría lo mínimo.

—Randy, por favor, ¡tápate!

—Oh, vamos, pequeña... —decía él, levantándose con una expresión simpática mientras sujetaba sus muñecas, le apartaba las manos de la cara y movía las caderas de lado a lado frente a ella.
Los chicos se sentían a gusto en su

presencia. A tal punto que, a veces, incluso le preguntaban cómo les quedaba el traje de la actuación o le pedían que les ayudase a untarse el cuerpo con pinturas, aceites o autobronceadores. Y, al contrario que otras mujeres, ella no se sentía incómoda al verlos paseando por ahí, medio desnudos, o saber qué hacían cuando se metían con chicas en la que llamaron «S-Room». Megan había estado desde la adolescencia con esos chicos y se sentía «uno» más del grupo. La actuación de James terminó unos minutos después. Al volver al saloncito tenía la piel brillante, llena de perlas de sudor y respiraba pesadamente. Gary, el

dueño del local, sabía que era el mejor, y siempre se encargaba de sacar a la estrella de la noche en los momentos clave, sobre todo cuando había clientas VIP, por lo que, esa noche iba a ser agotadora.

—Estoy molido... —se quejó.

Megan se levantó, cubrió sus hombros con una toalla y se puso de puntillas para darle un beso en la mejilla.

—Pues descansa un rato. Yo me voy. Mañana no trabajo y quiero aprovechar para dormir hasta el mediodía, que luego tenemos la fiesta de tu hermana y quiero estar descansada.

—Quédate un rato más... Después podemos ir a tomar algo.

—Sí, eso, Megan. Quédate. Luego te llevamos a casa.

—Querrás decir que os llevaré a casa —dijo empezando a alejarse de ellos. Antes de llegar a la puerta se dio la vuelta. Se echó a reír al ver la estampa del salón: tres chicos, prácticamente desnudos, suplicándole con la mirada que no se fuera.

—Está bien. Pero esta vez me lleváis vosotros. —Advirtió, señalándoles con el dedo—. Estoy agotada del hospital y no me apetece tener que conducir tarde de camino a casa...

—¡Hecho!

Las botellas de cerveza se acumulaban, vacías, a un lado de la mesa, junto a los

vasos de tequila que habían ido bebiendo. TJ, Randy y Axel daban cabezadas en los asientos de cuero negro mientras Megan y James se miraban fijamente y en silencio, llevándose a los labios, un chupito tras otro.

—Te apuesto cien dólares a que no puedes aguantar mi ritmo.

—Cien... ¿Crees que aún soy una niñita? ¡Que sean doscientos! —retó ella, levantando la mano con otro vasito. James sonrió con autosuficiencia. Ella no solía tolerar demasiado bien el alcohol y si con lo que habían bebido, tres de sus amigos ya estaban K.O., daba por sentado de que ella no podría con un

solo trago más.

Perdió, como era evidente. Después del primer sorbo tuvo que parar. Se apoyó en las piernas de Axel, completamente mareada, y cerró los ojos, balbuceando algo como que no se relajase demasiado porque estaba a punto de ganar, lo que, por supuesto, había estado lejos de pasar.

—Eres una floja, cariño.

El camarero ya los conocía de otras veces y supo que no conducirían en ese estado, así que llamó a un conductor sustituto para evitar que tuvieran un accidente. Éste no tardó demasiado en llegar, algo que el *stripper* también agradeció, dada la cantidad de alcohol

que había consumido.
Al llegar al apartamento de Megan, James la llevaba en brazos. Ya era casi una costumbre llegar juntos al piso de uno o del otro. Cuando bebían más de la cuenta siempre era ella la que les acompañaba a casa, y la que peleaba con ellos hasta poderlos dejar en sus camas. Pero ahora era el turno de Megan ser cuidada por sus amigos, o al menos por uno de ellos.
James la llevó al dormitorio y la dejó caer, sin tacto alguno, contra el colchón, pero ella ni se inmutó, solo se acomodó sobre las sábanas y siguió durmiendo.
—Eres un desastre —rió.
Le quitó el calzado y los calcetines, la

arropó y le dio un beso en la mejilla antes de tumbarse a su lado en la cama. Como siempre que se hacía tarde, también esa noche dormirían juntos.

Tenía trece años cuando sus padres murieron, el padre por una infección de oído y la madre por culpa del alcohol, con una horrible depresión por verse sin el amor de su vida. Megan se quedó completamente sola ya que, ni sus tíos ni sus abuelos quisieron hacerse cargo de una adolescente. Pero los Holden no iban a dejarla desamparada, era la mejor amiga de Emma y bastante mal lo había pasado durante todo un año como para que ellos también le dieran la

espalda. Pero por más que tratasen de convencerla, Megan se negó en redondo a mudarse con ellos. Ella estaba bien aun sin sus padres, sabía cuidar de sí misma y quería seguir viviendo donde lo había hecho desde que nació. Durante un tiempo fueron a asegurarse de que no le faltaba de nada, pero Megan era realmente madura para su edad y no requería demasiadas atenciones, todo lo contrario que James y Emma, que siempre peleaban, que siempre tenían caprichos nuevos o que siempre tenían con lo que darles quebraderos de cabeza.

Un par de años después Emma estaba empeñada en mudarse a Miami con sus

tíos y, a pesar de que Megan se quedaba sola, se negó a ir con ella sin importar lo mucho que le insistiese, de manera que, cuando ésta se marchó volvió a quedarse sola. Fue entonces cuando James decidió pegarse a ella como una lapa y no dejarla sola ni a sol ni a sombra. Dondequiera que fuera, Megan debía ir con él, y dondequiera que fuera ella, él iba detrás. Y así fue como terminó por ser un miembro más de su pandilla de locos y la inseparable mejor amiga de James.

Pasaban de las once de la mañana cuando James se dio cuenta de que habían llegado tan borrachos como para

acostarse sin siquiera ponerse un pijama.

Megan tenía la cara pegada a la almohada y la boca entreabierta en una expresión tan adorable como graciosa. Se agachó a su lado y le apartó el pelo de la cara.

—Si te dijera que duermes así no me creerías —dijo sacando el móvil para hacerle una foto. Luego le dio un beso en la frente y salió de la habitación.

A parte del género y el oficio, la única diferencia reseñable que había entre ella y los chicos era su obsesión por la puntualidad, lo en serio que se tomaba el llegar a tiempo a los sitios, así que se le ocurrió algo con lo que molestarla.

Hacía poco que su hermana había vuelto a Los Angeles. Y menos aún que ella y su recién estrenado marido se habían enterado de que, en pocos meses, serían padres, así que habían estado organizando una pequeña fiesta de celebración a la que, evidentemente, todos estaban invitados. Esa fiesta empezaría a la una, y para ello faltaban solo dos horas.

Con todo el cuidado que pudo bajó las persianas para dejar el dormitorio completamente a oscuras, la cubrió con la suave sábana para que estuviera aún más cómoda y puso su móvil en silencio para que nada la despertase.

—Que tengas un feliz descanso... —

sonrió travieso, cerrando la puerta del apartamento sin hacer el menor ruido.
Eran más de las tres cuando un enorme estruendo la despertó de un sobresalto. Se sentó en la cama de un brinco, y sin entender lo que estaba pasando miró a su alrededor completamente desubicada. Megan nunca bajaba las persianas del dormitorio, le gustaba enterarse de cuando era de día y de cuando no. De nuevo los golpes que la habían despertado volvieron a sonar, pero esta vez sí pudo saber de dónde venían. No comprobó la hora, pero supo, por la iluminación de su apartamento que había amanecido, ¡y hacía mucho!
Corrió a la puerta sin mirarse a un

espejo antes de abrir y se encontró de frente a James.

—Vaya, ya era hora —le dijo apoyado en el marco de la puerta—. Llevamos esperándote desde hace al menos dos horas.

—¿Dos...? —Megan levantó la mano para ver la hora en su reloj de muñeca y lo miró con espanto—. Esto es cosa tuya, ¿verdad? —señaló hacia el interior de su apartamento. —Él sonrió maliciosamente en respuesta—. Voy a matarte, James. No sabes cuánto te odio —masculló entre dientes.

Iba vestida con la ropa del día anterior, así que no era necesario perder más tiempo en cambiarse. Estiró el brazo

para coger las llaves del apartamento y empujó a James para salir.

Al entrar en el deportivo del *stripper* bajó la visera para mirarse e hizo una mueca de desagrado al comprobar la palidez gris verdosa de su cara. Además, tenía los parpados hinchados, la mejilla derecha llena de marcas de las arrugas de las sábanas y para colmo, sin peinar.

«*Yo de esta guisa y el muy puñetero tan guapo como siempre con cualquier cosa que se ponga...*», pensó Megan con disgusto mirando a su amigo. En su cara no había el menor rastro de la noche anterior. Sus ojos castaños no estaban turbios, sino relucientes de malvado

humor. Su pelo oscuro y su brillante sonrisa podrían lucir, en la marquesina de cualquier anuncio de cosméticos, en el sitio más vistoso de la ciudad. En realidad, tenía el aspecto de haber pasado una velada tranquila y renovadora, quizás con un relajante baño de espuma y aromaterapia, o un libro entre las manos, pero nada parecido a como había sido en realidad esa noche.

—¿Te gusto?

Antes de que ella pudiera articular palabra en respuesta se detuvieron en un semáforo y James fijó su atención en una rubia con minifalda que cruzaba, contorneándose provocativamente, al

saberse observada por los conductores de aquellos coches que esperaban su turno para retomar la marcha. Megan negó al ver a su amigo babear por aquella mujer, pero hundió la cabeza entre los hombros cuando James tocó el claxon para llamar su atención. El ruido resonó en su cabeza como si la hubiera tenido hueca y, llevándose las manos a las sienes se quejó.

—¡Auch! ¿Podrías comportarte como una persona normal y no como un animal en celo? Siento que la cabeza fuera a reventarme.

—Vaya, vaya, vaya —dijo James mirándola a los ojos y acercándose a ella para darle un beso en la mejilla—,

¿así que tenemos resaca?

Esa pregunta y el tono gracioso con el que lo había dicho, le hicieron pensar en las intenciones que tenía James cuando le invitó a quedarse con ellos: ¡Seguro que había apostado con ella con la certeza de que perdería y sabiendo que su aspecto resultaría ser, con diferencia, el más impresentable de aquella fiesta!

—Cállate, ¿quieres? Estoy así por culpa tuya —dijo Megan, apartándolo con fuerza para que volviera a su asiento —. ¿Puedo saber por qué demonios os empeñasteis en que saliera con vosotros a tomar algo? Era para esto, ¿no? ¿Estás satisfecho?

—¿Acaso tenías otros planes? Qué

habrías hecho hasta irte a dormir, ¿buscar qué ponerte de entre todas las prendas horribles que tienes en el armario? ¿Ver una película infumable en alguno de los canales de cable que nadie ve? —Rió James—. Si lo miras desde este otro punto de vista, en lugar de haber estado sola y aburrida... lo pasaste con todos nosotros. Tampoco es tan malo, ¿no?

Megan sabía que James tenía toda la razón.

—Ya... Así que pensaste que la mejor manera de ayudar a la pobre Megan para que no se aburriera era... ¡Claro! Llevarla a beber un tequila tras otro, hasta que muriera de coma etílico.

—Oh si... Lo que más me importaba en el mundo era, meterte una cantidad indecente de alcohol en el cuerpo, para que perdieras el norte, y así poder arrastrarte a casa y acostarme contigo —se burló James con una sonrisa.

—Vale. Supongamos que soy estúpida y creo en tu benevolencia... —Él alzó una ceja mientras retomaba la marcha—. Pero resulta que las persianas de mi habitación estaban abajo, y yo nunca las bajo... ¿La apuesta incluía hacerme dormir creyendo que aún era de noche para llegar tarde a la fiesta de tu hermana?

James contuvo la risa al ver la expresión seria que trataba de poner Megan, pero

tan pronto como sus ojos se encontraron ambos estallaron en risas.

—¿Te has enfadado?

—¿A ti qué te parece?

—Oh, vamos, cariño. Sólo quería gastarte una broma.

—Cállate —murmuró ella poniéndose verde de repente y torciendo el gesto en una mueca de asco—. Cállate o acabaré vomitando los veinte litros de cerveza y tequila de anoche encima tuyo para que te veas tan horrible como yo. Se llevó las manos a las sienes, masajeándolas en círculos, mientras James conducía en silencio hasta la casa de su hermana. Pero lo peor estaba por llegar: la fiesta. Gente, ruidos, música a

toda voz y más alcohol.
Emma le había dicho que, aparte de ella y los amigos de su hermano también iría algún amigo de Adam, pero no imaginó que la casa de Emma estuviera tan llena de gente.
En la cocina había una decena de mujeres junto a Emma. Todas reían como si estuvieran hablando de algo súper divertido y Megan se sintió extraña al verse a sí misma fuera de lugar y como un bicho raro. Siguió hasta el jardín sin atreverse a saludar a su amiga y se sentó al fondo, donde Axel y Randy fumaban un cigarro de cannabis.

—Has llegado... ¿Has visto a Emma?

—Si. Está en la cocina con... No sé

quiénes son.

—Pues ve con ellas. Así te las presentará y sabrás quienes son.

—Aquí estoy mejor. No me encuentro muy bien y no me apetece escucharla hablar de moda, maridos, bebés y esas cosas.

Subió los pies en el asiento de la silla, se rodeó las piernas con los brazos y apoyó la frente en las rodillas.

Definitivamente estaba mejor con ellos, tanto por el dolor de cabeza, que iba en aumento con cada segundo que pasaba, como por conversaciones que, para ella, estaban fuera de lugar. Ella no tenía novio, nunca lo había tenido, así que no podía hablar con ellas sobre relaciones

porque no conocía el tema. No iba de compras, así que tampoco podía afrontar una charla como esa. Podía hablar de películas, de series, de videojuegos, podía hablar de enfermedades... pero estaba segura de que de eso no era de lo que hablaban las chicas que había en la cocina con su amiga.

—Así que estás aquí... —Megan reconoció la voz de inmediato y alzó la mirada para encontrarse con una Emma con cara de pocos amigos—. ¿Conoces la vergüenza? ¿Sabes que hemos estado esperándote a la hora de comer? ¿Llegas ahora, casi tres horas después y te escondes en el jardín con esos dos porretas? Y tampoco respondías al

móvil...

—Hey, hey. Nosotros no tenemos la culpa.

—Callaos. No hablo con vosotros. No tienes nada que decir, ¿no?

—Me he dormido. Bebí más de la cuenta anoche y me he dormido. Lo siento. Lo siento de verdad. —Se disculpó Megan sin saber dónde esconderse.

—Ha sido culpa mía —intervino James—. He querido gastarle una broma y he dejado su habitación a oscuras. Su móvil estaba en silencio, por eso no respondía.

—No la defiendas, James. Es mi mejor amiga. Debería haber estado aquí

antes incluso de que llegase ningún invitado.

—La defiendo porque también es mi mejor amiga. Y además, porque es verdad. Aposté con ella a que no podía mantener mi ritmo bebiendo. La llevé a casa y esta mañana decidí gastarle una broma. No tenía ni idea de que te ibas a enfadar así con ella. Pero además, deberías estar agradecida de que ha venido. Hoy no se encuentra bien y aun así ha hecho el esfuerzo de venir.

—No merecéis estar aquí... Tú eres un irresponsable con todas las letras de la palabra —dijo tocando el hombro de su hermano con el dedo índice—. Y tú... A veces no mereces llamarte amiga.

Emma resopló molesta y volvió a la cocina con el resto de las mujeres que habían asistido a la celebración de su primer embarazo.

James sabía que el enfado de su hermana terminaría por ofender a Megan si se quedaba donde estaba, y se negaba a que fuera ella quien pagase los platos rotos, por algo de lo que no tenía culpa. No podía imaginar que una broma inocente fuera a llegar hasta ese punto, así que, para evitar males mayores, llevó una mano hasta la de su amiga, la hizo ponerse en pie y tiró de ella hasta la calle.

—¿Qué haces? Si Emma se entera de que nos hemos ido...

—Que se ponga como quiera. Según Adam está con las hormonas revolucionadas y lleva los enfados a otro nivel. Él se queda con ella cuando se pone así porque tiene parte de culpa en ese embarazo, y quizás a ti te dé igual que te hable así, pero yo no lo soporto. —Dijo apretando un poco más su mano —. Siento haber bajado las persianas, cariño. Esto no era lo que esperaba que pasase.

Antes de que se alejasen de la casa, el resto de los chicos del grupo salieron con las mismas intenciones que ellos: marcharse. Randy puso las manos sobre sus hombros y la obligó a caminar sin mirar hacia atrás.

—¿Cine? —propuso Axel y todos asintieron en respuesta.

Megan siempre fue una especie de protegida para ellos y, que Emma la ofendiera, o simplemente la tratase de mala manera, era como si lo hubiera hecho con todos, así que se marcharon todos.

Pese a haberse enfadado muchísimo porque Megan y los chicos se hubieran marchado de la fiesta, Adam le hizo entender que no podía seguir disgustada con ella por algo de lo que la misma Megan no tenía culpa, así que, después de la fiesta la obligó a llamarla para disculparse por el numerito que le había montado en el jardín.

Solo se había enfadado con ella una vez, el día de su boda, y la situación duró demasiado como para querer que se repitiera, y menos por su propio orgullo. Además, había escuchado algo entre los invitados y se moría por contárselo.

Capítulo 3
Una apuesta a otro nivel

Esa tarde estaban en una acogedora cafetería de estilo francés: un lugar pequeño, en un barrio a las afueras, en una zona poco habitada de la ciudad. Extrañamente el local siempre estaba lleno de clientes.

—Algún día me contarás cómo sabes de este sitio. —Dijo Emma, dejando su bonito bolso blanco en un lado de su silla.

—Lo descubrió TJ. Al parecer se acostó con la hermana de la dueña.

—Lo que no entiendo es por qué siempre sales con ellos. En el instituto también estaba Helen.

Megan tragó con fuerza al recordar la forma en la que Helen le había dicho cierta palabra.

❤❤❤

Algunos años atrás:

Desde que Emma se fuera era normal que Megan pasara el tiempo acompañada por James, y había llegado a oídos de algún compañero que éste se quedaba en casa de Megan. Entre ellos no había nada extraño, eran como hermanos y si él se quedaba en su casa

no era con dobles intenciones, sino, porque sabía que estaba sola en el mundo y no quería que se deprimiera por su situación. Pero no todos en el instituto lo veían así.

Helen, por ejemplo.

Ella había estado encaprichada con James desde que lo vio por primera vez, e hizo lo imposible por salir con él. Pero lo más cerca de él que había logrado estar había sido con Axel. En vista de que no conseguía su propósito fijó su objetivo en Emma y en su inseparable Megan.

Podía ser que no fueran las mejores amigas, pero las tres lo pasaban bastante bien juntas. Pero pronto la desgracia

sacudió a Megan, y su situación poco a poco empeoró. Y, ver como James se volcaba cada vez más en ella empezó a despertar en Helen sentimientos de odio que, en el fondo siempre estuvieron ahí. Y cuando Emma se fue a Miami y James ocupó su tiempo en estar por Megan terminó de separarlas. Ella no podía siquiera mirarla a la cara sin sentir que se le retorcían las entrañas al saber que, encima, James dormía algunas noches en su casa.

Después de empezar el curso en el instituto, el profesor les asignó un lugar al lado de la otra, pero Helen no estaba dispuesta a compartir su espacio con ella, y se lo hizo saber de la forma más

hiriente posible.

❤❤❤

—Sé que solo salía con nosotras por mi hermano, pero podrías haber intentado tener amistad con ella.

—Me llamó huérfana asquerosa. Después de que te fueras tu hermano se quedó en mi casa unos días. Tu madre iba y venía para asegurarse de que no había nada raro, Alcohol, drogas... ya sabes... —Emma la miró con tristeza—. Cuando empezó el siguiente curso me gritó delante de todos diciendo que era una huérfana asquerosa, una zorra que fingía estar deprimida para acostarme con James.

—Dios mío. —dijo horrorizada—.

Nunca me lo dijiste. La invité a mi boda...

—¿Para qué iba a decírtelo? ¿Para darle importancia a alguien que no la merece? Los chicos siempre me trataron con respeto, jamás intentaron propasarse, y tu hermano se había convertido en algo así como mi sombra.

—Te quiere mucho —sonrió.

—No sabría qué hacer sin él —confesó—. Nunca me ha dejado caer. Nunca me ha dejado sola. Salir con ellos es muy distinto de cuando lo hacíamos nosotras, siempre mirando a otros chicos, bromeando con nuestras tonterías... Con ellos es...

—¿Pornografía, futbol y alcohol?

—Algo así —rió Megan con una mueca graciosa.

—¿Quieres que retomemos nuestra adolescencia? ¿Quieres ir de compras?

—Nuestra adolescencia... Nuestra adolescencia se fue hace mucho. Ahora vas a ser madre, Emma. Deberíamos comportarnos como las adultas que somos.

—Muy bien. Dime, como adulta, ¿qué es lo que sueles hacer después del trabajo? —Preguntó Emma sin saber qué proponer para que hicieran juntas. Megan arqueó una ceja al mirar a su amiga, parecía molesta por que no mostrase ilusión en querer comportarse como una niña loca, pero respondió

sinceramente.

—Dependiendo de la hora a veces voy directa a casa. Otras veces, si es temprano, voy al club con los chicos, o salimos a ver un partido, a jugar a videojuegos o a tomar algo...

—Al club...

Pese a que Emma sabía a qué se dedicaba su hermano, nunca le había visto bailar, y ni qué decir de verle desnudarse delante de un puñado de mentes calenturientas que disfrutaban de ver un trasero masculino con el hilo de un tanga entre las nalgas. Pensó que sería divertido ver uno de sus espectáculos, así que, pese a haber preferido hacer otra cosa, propuso ir

con ella.

Fueron por la puerta de atrás. Ya había anochecido y la entrada estaba en un callejón, pero Megan ni siquiera lo dudó. Emma la detuvo momentáneamente temiendo que hubiera maleantes que pudieran hacerles daño, pero luego simplemente la siguió.

Al atravesar las puertas no esperaba un sitio tan acogedor, sino, algo lleno de mujeres desnudas, un lugar que apestase a sudor y a testosterona, algo lleno de botellas de alcohol y drogas.

—Vaya... —dijo al ver el saloncito en el que los chicos esperaban antes de salir a escena—. Ahora entiendo que prefieras venir aquí después del

hospital...
A la izquierda había una habitación, seguida por una apertura ancha con una cortina de satén azul oscuro por donde se salía al escenario. Después de ésta había un mueble de salón, con una televisión enorme que ellos siempre mantenían en silencio. Frente al mueble una mesa de centro y un enorme sofá de cuero marrón oscuro. Emma sintió entonces curiosidad por la decoración de la habitación que habían pasado. Al entrar, lo primero que le llamó la atención fueron las lámparas, de las que colgaban pañuelos que le daban al dormitorio una oscura iluminación rojiza. Luego se fijó en la cama,

decorada con una colcha de satén del mismo color que la luz, y alzó una ceja al pensar que parecía una habitación hecha para todo tipo de perversiones sexuales, pero entonces desvió la mirada hacia una bandeja plateada que había sobre una cómoda con un montón de juguetes: esposas, cuerdas, vibradores, látigos, bolas chinas y un bol lleno de preservativos, y sus suposiciones se vieron confirmadas. Pese a ser una mujer adulta y casada, se ruborizó como si de una niña pequeña se tratase. Salió de la habitación mucho más deprisa de lo que había entrado y cerró la puerta tras ella.

—¿Qué te pasa? —preguntó Megan al

ver la expresión de su amiga.

—¿Que qué me pasa? ¿Has visto lo que hay ahí dentro...?

Antes de que pudiera decir una palabra más apareció por allí Axel, vestido solo con un pequeño y ceñido calzoncillo de cuero negro. Emma se cubrió la cara completamente avergonzada.

—¿Te da vergüenza?

—Vergüenza no, Megan, lo que sigue. No me esperaba ver a los amigos de mi hermano de esa guisa.

—Estás tras bambalinas, querida. ¿Cómo esperabas encontrar a los chicos antes de sus actuaciones? —Preguntó Gary, el dueño del club, ajustando la pajarita del muchacho.

—Obviamente vestidos. ¿Acaso siempre van así por aquí? —respondió ella con tono molesto.

Megan se acercó al *stripper* y le ayudó con la crema de purpurina dorada mientras Gary y su amiga discutían acerca de si ella debía estar o no ahí.

Ignorando al dueño del club, Emma se dio la vuelta y se sentó, resoplando, el sofá. Odiaba que le llevasen la contraria aunque no tuviera razón, y pensaba marcharse en cuanto su hermano terminase su actuación. Pero entonces fijó la vista en el chico que había entrado con un carro lleno de cajas de bebidas. Éste miraba a Megan disimuladamente mientras descargaba,

luego le sonrió de forma seductora y le guiñó un ojo antes de salir, empujando la carretilla vacía. Emma se contuvo de decir una sola palabra, al menos estando allí, quería evitar que los chicos la escuchasen y armasen un escándalo, pero Randy también se había percatado del gesto del repartidor y sonrió sabiendo con qué molestar a Megan. Se acercó a ella y rodeó su hombro con un brazo.

—Creo que le gustas a Herb. —Soltó como si nada—. ¿Quieres que le diga algo? A lo mejor podíais salir en una cita o algo.

—¿Una cita? ¿Lo dices en serio? —interrumpió James, que acababa de

terminar y estaba quitándose los restos de aceite y sudor de los hombros mientras les escuchaba—. Vamos, tío. Hablas con Megan —señaló—. Ella no es de las que van a citas. —Tiró de su muñeca para apartarla de su amigo y rodeó sus hombros con el brazo, con camaradería, luego se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla—. ¿O sí? —Susurró.

—¿Citas? ¿Yo? No, por supuesto que no —respondió Megan casi por instinto, pero se interrumpió antes de seguir negándolo.

No se trataba de querer ir o no ir a una cita, era completamente consciente de que, con su aspecto, no podía hacerlo.

Los únicos chicos con los que salía eran ellos, esa pandilla de locos que, por alguna razón, habían terminado siendo *strippers* y las estrellas del club más importante de Los Angeles. Pero aun así, como mujer, también le gustaría salir con alguien alguna vez. No le importaba si era en un mes, en dos o en un año, pero le gustaría poder experimentar lo que se siente que alguien le pidiera una cita alguna vez, saber que alguien esperase por ella.

—Puede que diga que no es eso lo que quiere, pero Megan es una chica, y a todas las mujeres nos gusta ponernos nerviosas antes de una cita, arreglarnos delante del espejo, y que alguien nos

diga lo hermosas que estamos mientras ese chico nos lleva a una cena romántica —habló Emma, con convicción.

—Además, nuestra Megan tiene mucho a su favor. —Añadió Randy despeinándola—. Si quisiera, sería una auténtica rompecorazones.

—Yo creo que ni en un millón de años encontraría a nadie que le pidiera salir.

A veces la sinceridad de James era terriblemente hiriente y, aunque Megan estuviera inmunizada por los años que hacía que se conocían, aún había veces que, como en ese momento, la hacía sentir incómoda.

—Cree lo que quieras. Todos hemos

visto como la mira Herb, y creo que si le diera la oportunidad no lo dudaría mucho, la verdad. ¿Le preguntamos? No creo que haya ido muy lejos.

—¿Sabes, sabelotodo? Siento bajarte de tu nube de algodón pero Tyler, un amigo de Adam —aclaró mirando a TJ —, comentó en mi fiesta, esa de la que os fuisteis, que le gustaba Megan. Así que estoy con Randy. Si ella quisiera sería una rompecorazones.

Tanto Emma como Randy chocaron los cinco al encontrar que compartían la misma opinión. Megan, en cambio, retrocedió un par de pasos, sintiendo un repentino ataque de pánico al escucharlos hablar de citas y relaciones.

—Me parece muy bien todo lo que decís, pero no nos volvamos locos, ¿vale? —Intervino, sacudiendo las manos en una negación—. Yo no quiero salir con...

—Venga Megan. De pensar que no le gustabas a nadie a tener dos pretendientes —se acercó Emma con una sonrisa.

No le gustaba lo más mínimo el rumbo que estaba tomando la conversación y, conociéndolos, si no los cortaba en el punto en el que estaban, se vería a si misma haciendo algo que no quería por culpa de ellos.

James negó con la cabeza, rodeando a su amiga nuevamente por los hombros y

evitando que se alejase aún más.

—Vamos, tíos... no la incordiéis más. La conozco mejor que todos vosotros juntos y sé que Megan no piensa como el resto de las chicas. Es ridículo. Además, miradla bien, ella no es, ni de lejos, el tipo de mujer de la que un hombre se enamoraría.

La expresión de la muchacha en ese momento era un poema. ¿Ella no era el tipo de mujer de la que un hombre se enamoraría?

—¡James! —Exclamó Emma horrorizada.

—No, espera. ¿Qué has querido decir con eso? —Lo miró de forma acusatoria —. Yo podría, perfectamente, ser el tipo

de mujer de la que un hombre se enamorase.

James la miró de arriba a abajo analizando su atuendo: camiseta ancha, más masculina que femenina, vaqueros enormes con la pernera doblada hacia arriba, deportivas, una coleta mal atada... La había visto desde que tenía uso de razón, y sabía que debajo de esa ropa holgada había un cuerpo de mujer (aunque nunca lo hubiera visto), pero jamás la había visto comportarse como una. Siempre iba con él y con los chicos, prefería estar en el club con ellos que de compras o en citas. De hecho se preguntaba si a sus veinticinco años habría perdido la virginidad.

—Oh, vamos, cariño. Tú ni siquiera perteneces al mismo planeta que el resto de las chicas —prosiguió James—. Ya sabes, hay mujeres que se dedican a buscar novio como si fuera la única prioridad de sus vidas. Esas tías saben perfectamente qué hacer y cómo han de hacerlo. Tienen el aspecto adecuado, la actitud apropiada y llegan a convertir a los hombres en seres sin voluntad que solo babean por ellas —dijo, y desvió la vista a su hermana antes de volver a mirarla a ella—. Aquí, pequeña, todos sabemos que tú no eres así.

Los chicos del salón se quedaron perplejos por las palabras de James, y se quedaron mirando fijamente a Megan

sin saber cómo demonios iba a responder ante aquella extraña explicación.

—Joder, James, pero qué poco tacto tienes. —Recriminó Emma. Se acercó a Megan para abrazarla, creyendo que estaría hecha polvo, pero ella reaccionó antes de que la alcanzase y se apartó varios pasos de ellos.

—Oh, vaya... Pero qué cosas tan bonitas me dices, James. ¡Muchas gracias! —Exclamó con sarcasmo, poniendo una mueca y llevándose las manos al pecho como si estuviera emocionada—. No sé qué sería de mi vida sin esos motivadores cumplidos tuyos.

—¿Cómo? Venga, vamos, cariño —dijo él atrayéndola para darle un abrazo y poniéndole tras las orejas los mechones de pelo que Randy le había desordenado un minuto y medio atrás—. Estamos hablando de perfumes, vestidos, flores y joyas. De cenas románticas, de velas y actitudes femeninas y seductoras. Volvamos a la realidad.

—Bueno, yo no he dicho que sea esa mi prioridad en la vida. Soy realista —replicó ella, tratando de mantener la dignidad—. Pero si quisiera, si de verdad quisiera, podría conseguir no solo una cita, sino al novio perfecto. Y si no lo he intentado antes ha sido

porque me gusta mi vida tal y como está.

—Venga va, Megan, ¿En serio? —Dijo James, con un brillo malicioso en la mirada—. ¿De verdad crees lo que estás diciendo? ¿Conseguir al novio perfecto? —Rió.

Megan sintió esta vez como una punzada de rabia le encogía el estómago. Sabía perfectamente que estaba lejos de ser una mujer femenina, lo que le quitaba atractivo al asunto, pero oír a su mejor amigo decirlo con ese tono de burla era una cuestión totalmente distinta. Si ella no salía con nadie era, simplemente, porque siempre estaba en el hospital o con ellos, no porque no pudiera si realmente quisiera, ¿cómo se atrevía

James a dudar de ello?
En ese momento Megan pareció abatida, en shock. Emma se acercó a ella, la apartó de su hermano y le abrazó con fuerza tratando de consolarla.

—No te enfades. No te preocupes, no habla en serio. Mi hermano es un gilipollas cuando quiere.

—¿Entonces, no me crees? —Preguntó apartando a Emma y poniéndose frente a él—. ¿Qué te juegas a que lo consigo? —Retó.

—Nada, gracias. Me gustan las apuestas en las que, por lo menos, tengo una pequeña posibilidad de perder, si gano siempre no tiene gracia.
A Megan comenzó a hervirle la sangre.

Ahora ya no trataba de rebatir lo que decía sino de demostrarlo. Quería demostrarle que se equivocaba completamente al infravalorar sus capacidades.

—Muy bien. Te apuesto cien dólares a que puedo hacerlo. —Tal vez era una estupidez, pero su orgullo la empujaba a retarle con una apuesta.

—Cien dólares... ¿En serio? —dijo James estallando en risas. El muy maldito parecía estar divirtiéndose de lo lindo—. No acepto, cariño. Cien dólares es infantil. No estamos apostando sobre quién es capaz de beber más o sobre quién llega más lejos en una carrera.

El corazón de Megan latía cada vez más deprisa. Lo único que quería en ese momento era borrar la estúpida sonrisa de la cara de James. Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera pensar en lo que decía.

—Doscientos dólares, Casanova. Doscientos dólares a que consigo una cita. Y te demostraré que puedo dejar de ser un gusano y convertirme en una preciosa mariposa.

—Vaya... Tentador. Muy tentador... Merecería la pena apostar aunque solo fuera por ver eso. Pero tengo la impresión de que no sabrías ni como caminar sobre un par de tacones —rió James maliciosamente—. De todas

formas, doscientos dólares sigue siendo una apuesta de niños. Piensa algo más... interesante, y a lo mejor podemos empezar a hablar.

—Mil dólares —accedió Megan, con la voz tensa—. Y a parte de lo dicho conseguiré novio.

La sonrisa del *stripper* por fin comenzaba a perder intensidad.

—Vamos, cariño, ¿novio? ¿No crees que estás yendo demasiado lejos?

Aquel tono fraternal sólo consiguió provocarla todavía más.

—Dos mil quinientos.

Conseguido. James había dejado de sonreír y ahora parecía cada vez más incómodo.

—Esto ya empieza a rozar lo ridículo. No pienso seguirte el...

—Cinco mil dólares, James —interrumpió, alzando la voz por encima de la de él.

Randy, TJ y Emma los miraban perplejos, aunque ésta última estaba disfrutando al ver como su hermano empezaba a ponerse tenso.

—Cinco mil dólares a que consigo las tres cosas: un cambio, una cita y novio —repitió Megan, mirando fijamente a su amigo, como si no hubiera nadie más en el salón. Ella cerraba los puños y apretaba los dientes—. Cinco mil dólares, ya lo has oído. ¿Aceptas o admites aquí, delante de todos, que te

equivocas y que crees que realmente podría hacerlo?

James mantuvo la mirada fija en la de ella, pero estaba estupefacto.

—Cinco mil dólares deben ser tus ahorros de todo un año. —ella negó, alzando los hombros como si no le importase—. Apostaré solo si consigues las tres cosas. Y tienes un mes desde hoy. Ni un día más. —Esperaba que ella rechazara aquella estúpida apuesta poniendo un límite de tiempo, pero se equivocó. Ella aceptó inmediatamente y sin vacilar—. ¿Te has vuelto loca?

—¿Y tú? ¿Te has vuelto un cobarde?

Se miraron a los ojos durante un largo y tenso minuto. Luego, James esbozó una

amplia y brillante sonrisa.

—Pensabas que iba a asustarme con tu jueguecito pero te has equivocado, pequeña —dijo, con ánimo de batalla, y extendió la mano—. Me encantará cobrarme esta apuesta. Iré pensando en qué gastar con tan suculenta cantidad...

—¿Ah sí? Espera y verás.

La muchacha estrechó su mano, sellando el trato. Se miraron fijamente durante unos segundos más antes de separarse.

—Eh, Axel —gritó Randy cuando éste entró sudoroso en el salón después de su actuación—. Vamos a ser testigos de un duelo de titanes: Megan contra James. Que conste que yo estoy de tu lado, pequeña —rió—. De hecho, creo

que si te lo propones conseguirás que todos nos enamoremos de ti —bromeó.
Megan sonrió nerviosa, llevó una mano a la cara de Randy y lo empujó hacia atrás, haciéndolo caer contra el sofá.
No sabía lo que acababa de pasar, solo sabía que James acababa de herirla como nunca había hecho nadie, y que habían hecho una apuesta que estaba segura que no podría ganar, ni en treinta días ni en treinta años.
Ninguna de las dos dijo una sola palabra cuando salieron del club. Emma apenas podía contener la risa por haber sido testigo de la discusión entre su hermano y su amiga, y Megan no era capaz de articular palabra por lo mismo, por lo

que James había dicho, por haberla tildado de bicho raro sin cortarse un pelo, pero sobre todo, por la apuesta que había hecho sin pensar en las consecuencias. Él la conocía bien y realmente no era una mujer de buscar citas, buscar novio o ir a la moda.
No tenía ni la menor idea de cómo diablos iba a hacerlo, no sabía nada sobre tendencias, peinados o lo que hacían las chicas de su edad, pero tenía claro de que cerraría la boca de su mejor amigo como hiciera falta, y él mismo tendría que admitir que se había equivocado al afirmar tan despreocupadamente que ella no era el tipo de mujer de la que un hombre se

enamoraría.

Capítulo 4 Día 1
¿ Metamorfosis ?

Al cerrar la puerta de su apartamento lo hizo de un sonoro golpe, y acto seguido se dejó caer de rodillas en el suelo, en medio de un ataque de pánico. Detestaba verse obligada a hacer cosas que realmente no quería hacer. Se forzó a sí misma a respirar pausadamente hasta que logró, al menos, sentirse un poco menos mareada y entonces se puso en pie, repitiéndose una y otra vez que todo estaba bien. Luego se dirigió a su

habitación.

Ahora, con la cabeza más fría, se arrepentía de haberse dejado llevar por lo que había dicho James. Él tenía razón, ella no era el tipo de mujer de la que un hombre se enamoraría. Miró su reflejo en el espejo de cuerpo entero que tenía en la esquina del dormitorio y se recreó en su imagen: zapatillas viejas, vaqueros amplios y gastados, camiseta de chico ancha. Era poco o nada femenina, no lo podía negar, pero había crecido con ellos y comportarse como una de esas chicas que tenían a diario como espectadoras en el club no había entrado nunca en su forma de ser. Ni siquiera sabía si podría llegar a actuar así.

—Tampoco está tan mal, tienes unos ojos bonitos y tus pestañas... —trató de auto-convencerse, pero volvió a analizarse y sintió como un nudo apretado le oprimía la garganta—. No te engañes. Tú no eres como el resto de mujeres. Tú nunca llamarás la atención de un hombre por tu aspecto. Mírate. No ganarás la apuesta, ni aunque fueras la última mujer del planeta. Nunca nadie se enamorará de ti...

Se quitó la camiseta dando la espalda al espejo y la lanzó al cesto de mimbre en el que ponía la ropa sucia. Terminó de desvestirse y fue hasta la ducha tratando de contener las lágrimas. ¿Por qué demonios tenía Randy que mencionar al

estúpido repartidor? Si no hubiera dicho nada ahora no estaría sintiéndose tan miserable.

El agua corría por su cara cuando apoyó la espalda en la pared y se deslizó hasta el suelo de la ducha, llorando amargamente. En ese momento no le importó nada más que el origen de esa apuesta: El certero y doloroso golpe de realidad que James le había dado.

Maxwell, su guapo y famoso vecino, un actor negro que pasaba una temporada de descanso escondiéndose en el apartamento contiguo al de Megan, llegaba de una cena cuando la escuchó a llorar. Aquello era nuevo, a ella solo la había escuchado cuando llegaba o

cuando se marchaba, y a veces ni eso y, en no pocas ocasiones, durante los dos meses que llevaban viviendo a una pared de distancia, le había parecido que ese piso estuviera ocupado. Las raras veces en las que había ruidos en ese apartamento solían ser voces de chicos, pero siempre pensó que serían sus hermanos.

Entró en su piso debatiéndose si ir y preguntarle si estaba bien, o si simplemente seguir con su vida como si nada, total, era una chica y las chicas siempre tienen momentos especiales en los que necesitan llorar y desahogarse. Pero la curiosidad pudo con él y, después de esperar un par de minutos,

llamó a su puerta.

Acababa de ponerse cómoda cuando sonó el timbre. Rezó internamente porque no fuera James. En ese momento, lo único que quería era no verlo, pero al asomarse por la mirilla se encontró con Maxwell.

En el tiempo que llevaban siendo vecinos, nunca había llamado a su puerta, nunca habían hablado más allá de los simples saludos de cortesía cuando se cruzaban en el ascensor o en el portal, y no se explicaba qué demonios hacía él allí.

—¿Estás bien? —Preguntó tan pronto como Megan abrió la puerta—. He llegado hace un par de minutos y te oía

llorar. —Maxwell parecía más curioso que preocupado.

—Estoy bien.

—¿Seguro? —Ella asintió con la cabeza tocándose las mejillas disimuladamente—. Vale, no insisto. Pero si necesitas algo házmelo saber. —Terminó, dándose la vuelta para marcharse.

—Necesito convertirme en una mujer —murmuró casi en un susurro mientras daba un paso atrás para cerrar. Maxwell la había escuchado perfectamente a pesar del tono casi inaudible. ¿Convertirse en una mujer? ¿Qué demonios era sino una mujer?

—¿Cómo has dicho?

—Nada. Que estoy bien.

Maxwell intentó sujetar la puerta antes de que Megan cerrase, pero no pensó que podría pillarle los dedos.

—¡Joder! —Se quejó sonoramente, mirándose la mano con cara de pocos amigos antes de llevársela bajo la axila y doblarse hacia adelante.

—Oh, Dios mío. Lo siento. Lo siento tanto... ¿Pero por qué has hecho eso?

—¿Qué es eso de convertirte en una mujer?

—No es nada.

Maxwell se quejó nuevamente por su mano herida y ella supo entender rápidamente lo que pretendía con ese gesto.

—No soy nada femenina. —Empezó —. Siempre voy... bueno, así. —Señaló su ropa—. No sé arreglar mi pelo, no me maquillo. Y si no fuera por esto... —se llevó las manos a los pechos y los estrujó—, podría pasar por un chico —se lamentó nuevamente. Maxwell sonrió enarcando una ceja—. Ni en un mes ni nunca. Jamás conseguiré una cita, ni encontrar un hombre que se enamore de mí, ni todo lo que sigue...

—¿Y crees que por vestir como una mujer conseguirás lo que todas ellas sueñan?

—Al menos lograría demostrar a mis amigos que podía lograrlo. Y con la apuesta ganaría cinco mil dólares.

—Vaya, una apuesta. Ahora sí que se pone interesante...

Con total confianza (auto otorgada), el actor llevó las manos a sus hombros para hacerla a un lado y se adentró en el apartamento, observando la decoración. Todo estaba limpio y ordenado.

Aquel piso era exactamente igual que el suyo pero con la distribución invertida y sonrió, pensando que era como haberse metido en un espejo.

—¿Sabes que no te he invitado a entrar?

—Claro que lo has hecho. Si no lo hubieras hecho no me habrías contado lo de querer ser femenina —dijo hundiéndose en el sofá, nuevamente sin

permiso.

Megan se puso frente a él, al otro lado de la mesita de metacrilato que Maxwell tenía a sus pies y se cruzó de brazos, ladeando la cabeza.

Esa era la primera vez que la miraba detenidamente. Su vecina era una chica muy guapa, pero vestía peor que mal, tan mal que ni él usaría, como medida de urgencia, ese tipo de atuendo: pantalón de deporte ancho, camiseta que ocultaba todo género humano, deportivas... Y luego estaba ese pelo. ¿Acaso Megan no sabía que existían peluquerías?

—¿Qué miras así?

—A ti. Eres todo un reto, pero te voy a ayudar. He visto auténticas

transformaciones por mi trabajo, así que sé cómo hacerlo.

—Qué bien. Pero yo no te he pedido ayuda.

—Claro que lo has hecho. Ahora mismo lo estás haciendo. Tus palabras dicen una cosa pero tus ojos otra.
Se incorporó mientras resoplaba y se giró con intención de ir al dormitorio de su vecina, pero se vio interrumpido por un brazo.

—Estás invadiendo mi espacio. Esta es mi casa, prácticamente no te conozco y no te he invitado a entrar. Podría llamar a la policía, sabes.

—Pues entonces dime que me marche. Me disculparé, me marcharé y

todo seguirá como hasta ahora.

—No tengo ganas de jugar.

¿Puedes...?

Maxwell se sujetó la mano herida con expresión de dolor y antes de que ella dijera nada más se metió en el cuarto. Aquello era lo que pensaba encontrar, viendo lo poco que había visto del apartamento no cabía esperar otra cosa. Estaba limpio y olía muy bien. La cama estaba bien hecha y todo estaba muy ordenado. Se situó frente al armario y, después de coger aire lo abrió. Sin esperarlo, una enorme pila de ropa vino sobre él, cayendo al suelo justo después.

—Cui...dado.

—Tarde —sonrió él con cara de

consecuencia, mirando el estropicio que había provocado.

—Lo siento, yo...

El actor se agachó con el ceño fruncido y tiró de una prenda de color marrón oscuro y un tacto áspero como el de la tela de un saco.

—¿Qué demonios es esto?

—Es un... un... ¿Vestido? No lo sé, nunca lo he usado.

—¿Y esto? —Su expresión se arrugó todavía más—. ¿Es una falda plisada... de los años cincuenta...?

Casi todo lo femenino que había entre esas cosas estaba pasado de moda, como si lo hubiera heredado de sus ancestros femeninos más lejanos.

Estaban en Los Ángeles, una chica de su edad no podía vestir de esa manera, de hecho, ni su abuela se pondría esas cosas. Era normal que, con ese armario, usase el tipo de ropa con el que vestía. De entre todas esas cosas sacó una camisa de cuadros de franela, pasada de moda y bastante grande para el tamaño de Megan, se la puso sobre la cabeza y salió de la habitación.

—Póntela. Si voy a ayudarte más vale que empecemos cuanto antes —Megan miró la camisa sin entender cómo pretendía ayudarla con su feminidad con una camisa vieja—. Mejor no perdamos tiempo.

Volvió a entrar, le quitó la prenda de

entre las manos, la sujetó por la muñeca y tirando de ella se dirigió a hacia la entrada. No había tiempo que perder.

—¿Dónde me llevas?

—De compras.

—¿De compras? Estás loco. Aparte de que, como te he dicho antes, casi no te conozco, debería cenar e irme a dormir. Entro en el hospital en seis horas.

—Sé dónde trabajas porque lo he visto en tu uniforme, así que avísame cuando salgas para pasar a buscarte. Mañana mismo empiezan las clases de feminismo. —Ella lo miró horrorizada —. No te preocupes, será divertido. Además, así podremos conocernos un

poco, llevamos dos meses viviendo puerta con puerta y lo único que sé de ti es tu nombre y el hospital en el que trabajas.

—Yo por mi parte sé algo más sobre ti...

—No serás una de esas fans locas... —bromeó mirándola con el ceño fruncido. Estaba claro que no lo era, casi no había reaccionado ante él.

—Tranquilo, no me pondré frente a tu puerta para gritar cuánto te amo y para pedirte un hijo mientras me arranco el pelo a tirones víctima de un ataque.

—Buena chica —Maxwell puso una de sus enormes manos sobre su cabeza y la movió, despeinándola como si fuera

una niña pequeña—. Ve pensando donde vas a meter todo lo que hay en el suelo de tu habitación, porque pronto tu vestuario no tendrá nada que ver con eso.

—Bueno. Mañana veremos.

Él la miró con una ceja arqueada, pero sonrió, dirigiéndose hacia su apartamento. Ayudar a esa chica podría ser divertido.

Por suerte, la noche fue de lo más tranquila. Las personas que habían acudido a urgencias lo habían hecho por traumatismos o por problemas de salud leves. Aun así, lo peor del día estaba por llegar.

Contrario a lo que Maxwell le había

pedido, a las nueve y media de la mañana llegó a casa, pero no le llamó. Entró despacio y sin hacer ruido pretendiendo que no la escuchase y fue a su habitación. La ropa seguía hecha un guiñapo en el suelo, donde había caído la tarde anterior. Desvió la mirada al espejo y las palabras de James retumbaron en su cabeza haciendo que se le encogiera el pecho, «Megan no es el tipo de mujer de la que un hombre se enamoraría». Él lo tenía fácil. Era guapo, tenía un cuerpo de infarto y se dedicaba a lo que lo hacía. Tenía tantas mujeres como pudiera desear, y de entre todas, a la que él quisiera. Devolvió la mirada al montículo de ropa y sin

pensarlo dos veces se dirigió a la cocina a por bolsas para la basura.

—James Holden, voy a hacer que te tragues tus propias palabras, que te retractes de lo que dijiste. —Murmuró agachándose en el suelo para rellenar las bolsas con montones de prendas. Después de dejarlas junto a la puerta de la entrada fue a llamar a Maxwell. Él se había ofrecido a ayudarla y no desaprovecharía la oportunidad. Además, era la ocasión perfecta para pasar algo de tiempo con un chico que no fuera de su círculo de amistades. Y tampoco podía ignorarse el hecho de que también era un hombre insultantemente guapo, además de rico y

famoso.
Llamó a la puerta con la completa certeza de que Maxwell iba a ser como su hada madrina.
—Te he visto llegar. Pensaba que no ibas a avisarme.
—Y no iba a hacerlo —confesó—. Pero quiero una metamorfosis, Maxwell. Quiero dejar de ser esto y convertirme en la mujer más deseable del mundo. Quiero cambiar tanto que ni yo me reconozca al mirarme en el espejo —dijo señalándose de la cabeza a los pies.
—¿Una metamorfosis? —sonrió al imaginarla quitándose esos trapos y apareciendo de debajo de estos viéndose como una auténtica diosa—.

Bien, vamos bien. El cambio empieza con la actitud.

—Pues te aseguro que después de pensarlo durante toda la noche mi actitud ha cambiado. Necesito dormir un rato, he estado en el hospital durante nueve horas y estoy agotada. Podemos quedar luego.

—De acuerdo. A las cuatro pasaré por ti. ¿Te parece bien? —Megan asintió sintiéndose repentinamente nerviosa. Se había decidido a hacerlo, y ahora ya no se trataba sólo de esos cinco mil dólares (que tampoco quería perder), ahora su objetivo principal era demostrarle a James que ella era tan mujer como cualquiera de las que se

hubieran metido entre sus sábanas.
Emma había olvidado el horario de Megan, y poco después de la hora de comer se presentó en su apartamento. Había pasado la tarde anterior y toda la noche pensando en la apuesta que habían hecho ella y su hermano y, como era evidente, no iba a dejar que perdiera si podía ayudarla. James merecía que alguien le bajase los humos y ayudaría con todo lo que pudiera a que fuera Megan quien lo hiciera.
Llamó con varios golpes a la puerta, desesperándose al ver que ni abría ni respondía las llamadas.

—Debe estar durmiendo —dijo una voz masculina aproximándose por

detrás.
En ese momento Emma se quedó petrificada al ver al famoso actor acercándose a ella.

—¿Cómo sabes que está durmiendo? —preguntó fingiendo entereza y tratando desesperadamente de que no le temblase la voz por la emoción.

—Bueno, es lo que me dijo cuando llegó del hospital esta mañana, que había trabajado toda la noche y que iba a dormir.
Antes de que Emma pudiera decir nada, Maxwell sacó sus llaves del bolsillo y abrió la puerta de su apartamento, dejándola no solo nerviosa sino también perpleja.

—¡No puedo creer que Maxwell Larson esté viviendo en el piso de al lado! —Exclamó tan pronto como Megan abrió.

—Vaya, hola... Yo también me alegro de verte...

—No puedo creer que no me lo hayas contado.

—Pues no sabes lo mejor... —murmuró somnolienta mientras se frotaba los ojos—. Dios, estoy tan cansada...

—No sabía tu horario de hoy. Lo siento. Pero dime... ¿Cómo es que «tu vecino» sí que estaba enterado de que estarías durmiendo?

—Vas a alucinar cuando te lo diga,

porque es increíble. Hasta ayer Maxwell y yo no habíamos hablado, pero cuando... bueno, el caso es que vino a preguntar si estaba bien y terminé contándole lo de la maldita apuesta con tu hermano... Agárrate porque te vas a caer —sonrió—. El mismísimo Maxwell Larson va a ser mi asesor de imagen. Esta tarde iremos de compras y me ayudará con mi metamorfosis.

—Me encanta que te refieras a tu cambio como una metamorfosis, pero lo hace ver como algo bestial.

—Y lo va a ser, Emma. Me sentía a gusto conmigo misma hasta ayer. Pero tu hermano me hizo ver las cosas de otra manera. Mi actitud no iba a llevarme a

ninguna parte. ¿Recuerdas a Vivian, a Mary Jane o a Lorraine? Todas están casadas y todas tienen bebés. Tú, no hay que ir más lejos. Tú estás casada y mi precioso sobrinito está cocinándose ahí dentro. —Emma frunció el ceño ligeramente mientras ella hablaba—. Hasta ayer no me había planteado ser como el resto de las mujeres, dejar de ser un marimacho que pasa el tiempo rodeada de chicos comiendo pizza con los pies en el sofá. Pero para poder aspirar a tener lo que tú tienes necesito ser un poco más como tú, más femenina, más mujer. Hasta ayer no me había dado cuenta de lo que todos veían al mirarme, pero ahora mismo, en este preciso

instante, ni siquiera soy capaz de mirarme sin avergonzarme de ver en lo que se transformó la niña mimada de mis padres. Ellos querrían verme convertida en una mujer, no en algo sin género.

—No seas tan cruel contigo misma, Megan. —Se acercó para abrazarla, casi como si ella necesitase más consuelo que su amiga—. Siento haberme ido a Miami y haberte dejado atrás.

—Gracias a haberte marchado es que ahora estás aquí y así...

Maxwell supuso que Megan ya estaría despierta —¿Quién no lo estaría con semejante escándalo?—, así que no quiso tener que esperar hasta las cuatro para empezar con ese cambio radical

que le había pedido.

Puesto que estaba con una amiga y esta era mujer, podrían compartir opiniones sobre el nuevo vestuario, sobre el posible cambio en el pelo y sobre qué maquillajes podrían quedarle mejor, así que sin temor a ser rechazado en su petición, sugirió que también Emma se uniera al pequeño equipo que habían formado.

No iban a visitar cien mil tiendas ni a probarse un millón de prendas, con solo un par de cada irían servidos.

Empezaron con una de ropa.

—Estos pantalones son preciosos —dijo Emma descolgando unos vaqueros estrechos.

—¿Y dónde meto las piernas?

Megan miraba la prenda con expresión de duda. No era tonta, sabía que las chicas los usaban estrechos, pero a su parecer eran demasiado pequeños.

Maxwell descolgó tres perchas más y se las colocó en los brazos.

—Voy a buscar algo para la parte de arriba. Id al cambiador a ver si le sirven.

—Me da un poco de miedo que un hombre elija la ropa que tengo que llevar.

—Pues no tengas miedo, cariño. Hasta ahora lo está haciendo muy bien. Maxwell tiene un gusto exquisito. —Ambas sonrieron mientras él paseaba

entre estantes, llamando la atención de todas las mujeres a su alrededor—. No sabes como envidio que tengas a Maxwell Larson como vecino —murmuró.

—No sabes lo mucho que me alegro ahora de que llamase a mi puerta ayer... Pese a las reticencias en ponerse esos pantalones se los probó.

Al principio pensó que no cabría en ellos, eran demasiado estrechos, demasiado... pero lo hizo. Se miró las piernas mientras se las acariciaba por encima de la tela sin terminar de creer que se hubiera puesto algo como eso y salió justo después. Emma levantó los dos pulgares hacia arriba con una

sonrisa radiante. No le quedaban bien, le quedaban mucho mejor que eso. Después de probarse los otros dos, las dos chicas salieron del cambiador.

Para sorpresa de las dos chicas, Maxwell estaba rodeado de mujeres que le llenaban de preguntas y llamaban a otras para que se acercasen a él. En ese momento Megan no dudó en tratar de echarle un cable; al menos en lo que ella pensó que le ayudaría. A pocos metros de él empezaba la sección masculina y en el apartado de accesorios había gafas de sol, sombreros, gorras... Alguna vez le había visto llegar a su edificio usando eso, así que, después de quitarle todo lo que llevaba en las manos para ir a pagar,

compró el disfraz de camuflaje de su vecino.

Si seguían corriendo por el centro comercial no harían más que seguir llamando la atención, así que con las manos llenas de bolsas, se hicieron hueco entre la muchedumbre que se había arremolinado a su alrededor y corrieron al aparcamiento.

—¿Nunca se te ha ocurrido decir que eres un doble o algo así? —preguntó al cerrar la puerta de su destartalado coche.

Metió la mano entre las enormes bolsas de papel y sacó una pequeña que le ofreció estirando un brazo.

—¿Qué es?

—Tu disfraz. Si vamos a estar toda la tarde igual no pasaremos de la segunda tienda —rió.

Emma no había dicho nada, pero a Maxwell no le costó adivinar que, a diferencia de Megan, ella sí era seguidora de su trabajo.

—Si quieres, podemos hacernos una foto luego...

—¿En serio? —Preguntó emocionada. Él asintió con una sonrisa —. Solo espero que no te importe que yo no sea el actor sino un doble — después de decir eso miró a Megan y le guiñó un ojo.

—Así está mejor.

La siguiente parada fue en una zapatería.

Pese a negarse en redondo a usar tacones, Emma se encargó de escoger varios pares de zapatos, todos ellos femeninos. Si realmente estaba decidida a cambiar, las zapatillas de deporte que siempre usaba quedarían desterradas tan pronto como entrasen de nuevo en el apartamento.

—¿No son muy altos? —preguntó, quitándole de las manos uno de los pares cuyo tacón era plateado.

—Yo estoy embarazada y mira... —señaló, colocando el zapato al lado de los que ella estaba usando. Tenían la misma altura—. No los vas a usar para todo el día, solo para ocasiones especiales: cenas, fiestas, salidas de

ocio... Para usarlo de forma más habitual te he elegido este —señaló un par de manoletinas—, éste —esta vez le mostró un par de botines sin tacón—, y éste. —Megan suspiró mientras llevaba la vista al suelo—. Te aseguro que haremos que mi hermano se trague sus propias palabras.

—¿Cómo es él?

Maxwell se sentía realmente curioso sobre James. Ahora estaba seguro de que era uno de los chicos a los que había escuchado a través de las paredes de su apartamento, pero no tenía ni idea de qué aspecto tenía o de cómo era.

—Es un cretino —afirmó Emma alejándose para ir a pagar todos

aquellos zapatos.

—No es mala persona. Prácticamente nos hemos criado juntos, así que somos como hermanos, James, Emma y yo. Cuando ella se fue a Miami fue James quien estuvo pendiente de mi día y noche.

—Es con él con quien hiciste la apuesta, ¿no? —Megan asintió—. ¿Y tus padres que opinan de tu repentino interés por cambiar?

—Ellos no opinan nada. Están muertos.

—Dios mío, lo siento. No quería...

—No te preocupes. Hace muchos años y lo superé bien.

Emma hizo un gesto desde la entrada,

avisándoles de que ya había terminado en cajas y mostrándoles las manos llenas de bolsas, así que, quedando en hablar del tema en otra ocasión, corrieron a reunirse con ella.
El maletero fue llenándose poco a poco con decenas de bolsas, unas más grandes, otras más pequeñas.... Y al fin, tres horas y media más tarde, Megan se sentaba en el asiento rotatorio de una peluquería.
Maxwell fue el encargado de decirle a la estilista cómo quería que le dejasen el cabello, pero no solo eso, sino que le cubriera los ojos para que no pudiera verse en los espejos. Quizás había visto como le quedaban los pantalones, o

hubiera podido ponerse los zapatos antes de que Emma se los quitase para comprarlos. A lo mejor había podido elegir algunas prendas realmente sexis en la sección de lencería o ver su elegante escote al probarse las camisetas y camisas que Maxwell le había ido pasando, pero el pelo... el pelo era cosa aparte. Todo cambio en el cabello, por minúsculo que sea, hace que se vea diferente, y es aún peor cuando otra persona elige por ti. Mientras la estilista hacía su trabajo, el actor y Emma fueron a comprar maquillajes, nada exagerado, nada que ella no fuera capaz de usar, en vista de su falta de experiencia.

—Me ha contado que sus padres murieron... —comentó, como restándole importancia.

—Tenía trece años. Fue horrible... Pero Megan es increíble. Nunca dependió de nadie más.

—Se la ve una chica fuerte, alguien muy madura y con las ideas cEmmas.

—Lo de madura... Pasa el tiempo rodeada por los chicos en el club de striptease, o bebiendo, o jugando a videojuegos...

—¿Striptease?

—Striptease. Pero no es ella la que se desnuda, tranquilo. Son la panda de locos de los que siempre está rodeada, entre los que se incluye mi hermano.

Maxwell sonrió aliviado. Si ya era raro que una chica tan bonita como Megan vistiera como lo hacía, aún era más raro imaginarla desnudándose sensualmente delante de un montón de hombres después de su trabajo en el hospital. Megan le había pedido un cambio radical, un cambio en el que ni ella misma se reconociese, y eso era, precisamente, lo que Maxwell había pedido a la encargada del salón de belleza. En realidad el cambio no había sido tan dramático como ella hubiera podido esperar, el actor no había pedido un corte de pelo exagerado, ni un peinado estrafalario que hiciera daño a la vista. Y cuando la estilista terminó

con ella no solo estaba hermosamente maquillada, su cabello estaba más largo gracias a las extensiones, y lucía de un tono pastel degradado entre rosa y lavanda que quedaba perfectamente con el azul de sus ojos: estaba preciosa.

—Madre mía, cariño, ¡estás...! —dijo Emma acercándose a ella con expresión de sorpresa.

Maxwell sonreía mientras se acercaba a ella aplaudiendo.

—Estás preciosa.

—¿Puedo verme ahora? —Preguntó Megan tentada de girarse hacia el espejo.

—No. No puedes. Quiero que veas el cambio completo y eso incluye calzado

y vestuario.

—Hazle caso, cariño. Cuando te veas te enamorarás de tal manera de tu reflejo que no podrás dejar de mirarte.

—Pero me muero por ver lo que me han hecho...

—Entonces vayamos a casa. ¿Te parece bien? —preguntó Emma a un Maxwell incapaz de dejar de mirar a su amiga. Él solo asintió.

En el trayecto al aparcamiento Megan buscaba su reflejo en espejos, en los cristales de los escaparates, incluso en la ventanilla de su coche cuando llegaron a él, pero ninguno de sus acompañantes le dejó que lo hiciera y el trayecto hasta casa fue más tortuoso de

lo que había imaginado que sería.
Cuando bajaron del coche, frente al edificio de apartamentos en el que vivían Megan y el actor, Adam esperaba en el portal, caminando nerviosamente al borde de un ataque.

—¿Adam?

—Dios, pensaba que había pasado algo. —Suspiró el hombre abrazándose a su mujer como si hubiera estado expuesta al peor de los peligros—. Llevo más de dos horas llamándote al móvil y no respondías...

Emma miró su teléfono pero, inexplicablemente, estaba en silencio, por lo que, hubiera llamado una o mil veces, no habría podido escucharlo.

—Lo siento. Estaba tan distraída que ni siquiera se me ocurrió mirarlo...

—Me tenías histérico... ¿Megan? Oh por Dios, ¡menudo cambio! Casi ni te reconozco. ¡Estás guapísima! —Exclamó boquiabierto.

—¿Gracias...? —afirmó con tono de pregunta.

—Lo siento pero tengo que irme... —dijo Emma agarrándose al brazo de su marido—. Luego te llamo. Por cierto, Maxwell, me ha encantado conocerte e ir de compras con vosotros.

El actor sonrió y le guiñó un ojo como respuesta.

Entraron en el apartamento con una treintena de bolsas, Megan ni siquiera

sabía cómo diablos habían comprado tantas cosas en una sola tarde, pero no le importó, aquellas bolsas representaban la crisálida de la que había empezado a salir y significaban para ella más de lo que nadie podía llegar a imaginarse.

Se dirigieron al dormitorio y Maxwell corrió a cubrir el espejo antes de empezar a vaciar sobre la cama las que llevaban las prendas más importantes.

—Ponte este y esto —dijo, ofreciéndole dos de las prendas que él mismo había escogido.

—¿Puedo verme ya?

—Cuando te cambies.

Maxwell y Emma habían pasado la tarde impidiendo que se mirase en espejos o

en reflejos porque el actor quería que se viera únicamente cuando estuviera completamente arreglada, y eso sería cuando terminase de vestirse.

—Supongo que no pretenderás que lo haga contigo aquí, ¿no?

—Si salgo correrás a mirarte en el espejo —Megan sonrió como si la hubiera descubierto—. Me daré la vuelta. Prometo no mirar.

Nunca antes se había desnudado en presencia de un hombre y le incomodaba en cierto modo quitarse la ropa delante de él, aunque se hubiera puesto de espaldas.

—No te oigo moverte...

—Prométeme que no te vas a girar.

—Lo prometo, Megan.

Lo observó durante un largo minuto y, con reticencia, se quitó el pantalón para ponerse el que él le había señalado. Podría negarlo en mil idiomas distintos, pero le encantaba poder apreciar la silueta de sus piernas incluso con la prenda puesta. Con la certeza de que Maxwell no había hecho trampa se quitó la sudadera para ponerse la camiseta. Pese a llevar el pelo suelto, ella misma había seguido órdenes y no lo había mirado. Había notado lo que le hacían, y lo notaba mucho más largo que antes, incluso había creído verlo con color, pero esperaría a que su hada madrina le mostrase lo que había hecho con ella y

se dejaría sorprender.

—Ya está.

A parte de la ropa, se había calzado con unos botines blancos de tacón y hebillas doradas que Emma le había cogido.

Maxwell se giró despacio y la miró boquiabierto antes de ponerse en pie y acercarse a ella.

Estaba estupefacto.

Había visto el enorme cambio con el pelo y el maquillaje, pero verla completamente vestida era como estar viendo a otra persona, alguien que no tenía absolutamente nada que ver con la muchacha desharrapada de la tarde anterior.

Sin decir una palabra se acercó a ella,

puso las manos en sus hombros y la guió hacia el espejo. Tiró del cobertor con el que lo había tapado y la dejó frente a frente con su reflejo.

Cuando Megan vio a la muchacha que había reflejada en el cristal, a duras penas creía que esa fuera ella misma. Habían cambiado su pelo completamente: habían cambiado su color rubio por un precioso degradado de colores pastel, le habían marcado las ondas. El maquillaje era sutil pero eficaz y esa ropa ceñida marcaba sus pechos y su cintura como no la había visto antes. Se dio la vuelta para verse por detrás y se llevó las manos a las nalgas, apretándolas como si no fueran

suyas.

—Dios mío...

—Dios mío... ¿qué buena estoy? —preguntó Maxwell con una sonrisa.

—No puedo creer que esa sea yo —Hablaba con la voz tomada, incrédula de que aquello pudiera ser real.

—Pues menos aún lo creerá ese amigo tuyo.

—Tengo culo...

—Y más cosas. —Sonrió, fijándose en el bonito escote que le hacía la camiseta amarillo vainilla que llevaba bajo la camisa—. No entraba en los planes de ayudarte, solo quería echarte una mano para que te vieras como una mujer, pero... ¿Saldrías a cenar conmigo

el sábado? Podemos practicar esa nueva feminidad tuya, y conocernos un poco más. Llevamos dos meses viviendo a una puerta de distancia y...

—¿Cómo una cita? —Maxwell asintió—. ¡Claro! No sé cómo agradecerte esto...

—No ha sido nada. Recuerda a lo que me dedico. Lo he visto muchas veces. He visto actrices llegar al set de rodaje vestidas con lo más horrible que puedas ver y salir a escena vestidas como auténticas diosas. Tu cambio ya no puede revertirse porque todo tu vestuario es nuevo y tu pelo también es diferente, aunque no te maquillases seguirías siendo, en apariencia, muy

deseable.

—Gracias, de verdad. Gracias a ti y a Emma. No sabría cómo pagaros esto.

—Las compras las has pagado tú, nosotros solo te hemos acompañado... Maxwell no se quedó mucho más en el apartamento de su vecina. Aunque hubiera querido permanecer ahí un rato más y sugerirle algunas combinaciones de prendas, entendía que, a pesar de haber pasado la tarde juntos, casi no se conocían, y tampoco era su intención agobiarla más de la cuenta. Pese a la invitación de Megan a cenar, después de contemplar su hermosa y estilizada fisionomía con la ropa nueva, se fue hasta la puerta. En un acto impulso,

colocó las manos en sus mejillas y la atrajo para darle un beso en la frente.

—Lo he pasado bien esta tarde.

—Aunque hubiera parecido lo contrario, yo también lo he pasado muy bien, Maxwell. Ha merecido la pena tomar la decisión de cambiar. Sé que solo es ropa, pero cuando he mirado hacia el espejo he visto a una mujer y...

—Es lo que eres: una mujer. Y muy hermosa. —Añadió, tocando la punta de su nariz—. Usa el vestido blanco para la cena. Dejaremos a todos con la boca abierta. Buenas noches.

—Buenas noches, Maxwell. Y gracias otra vez.

Cerró la puerta de su apartamento con

una sonrisa de satisfacción que nunca antes había sentido. Había actuado en las películas más taquilleras del mundo, había recibido premios por sus papeles alrededor de todo el globo y había tenido la recompensa de convertirse en uno de los actores más famosos del mundo, pero nada se podía comparar a ver la gratitud de esa muchacha brillando en sus ojos por algo que realmente no le había costado nada.

Megan se apoyó en el marco de la puerta mirando hacia la cama, toda repleta de bolsas y ropa desparramada, y recordó el horrible sentimiento de mirarse en el espejo y reconocer en su reflejo, que James tenía razón al afirmar que ningún

hombre se enamoraría jamás de ella.
Pero en menos de veinticuatro horas todo había cambiado y, en apariencia, la chica desaliñada que lloraba la noche anterior por aquella hiriente verdad, en ese preciso momento se veía con fuerzas para afrontar sus palabras.
Aquel día, no habló con James. Él no la llamó, suponiendo que sabía el daño que le había hecho, pero ella tampoco lo había hecho, y no lo haría hasta que lograse que su cambio no fuera solo físico sino también interno.
Corrió, saltó sobre el colchón y se dejó caer sobre las compras de aquella tarde. Mientras lo tocaba todo se fijó en una bolsita rosa con un precioso conjunto de

braguitas y sujetador y sonrió, imaginándose a sí misma vestida con eso.

—Te arrepentirás de lo que dijiste, James —murmuró, estirando la prenda en el aire y contemplándola.

Capítulo 5 Día 4
¿ Quién eres tú y qué has hecho con mi amiga ?

Hacía cuatro días de su apuesta y ninguno se había dignado a llamar al otro. Se extrañaban como nunca pues, nunca habían estado más de veinticuatro horas sin verse o, al menos, sin llamarse. Desde la apuesta Megan no había vuelto a ir al club, ni había pensado siquiera en contactar con él. Pero James no lo había visto de la misma forma. Durante los últimos dos

días había ido a su apartamento, al menos diez veces sin atreverse a llamar. Temía que, por primera vez, Megan le mandase a paseo, o que le dijera el daño que le había hecho al decir que era de otro planeta. Y eso era lo único que realmente temía: haberle hecho daño de verdad. La había protegido de todo desde que sus padres murieron y no podría perdonarse ser él quien la hería por culpa de su inconsciencia.

Ese sábado no trabajaba y no iba a dejar de lado la posibilidad de reconciliarse con su mejor amiga, porque la extrañaba, porque la necesitaba y porque ella era su talismán para que todo le fuera bien.

Estuvo tentado de pulsar el código de seguridad de la puerta para entrar, como había hecho innumerables veces, pero ahora la situación era ligeramente distinta, así que llamó al timbre.

—Te has adelantado... —Megan abrió con una sonrisa que se borró en una décima de segundo—. ¡James! ¿Qué haces aquí?

—¿Qué hago aquí? ¿Ahora tengo que pedir hora para venir a tu casa? ¿Acaso esperabas a alguien?

—No. No tienes que pedir hora para venir. Ya lo sabes. Pero no te esperaba a ti, si no a otra persona. Voy a cenar con un amigo en el Hilton.

—¿Con un amigo? ¿Una cita?

—Sí, con un amigo. El chico que vive en el apartamento de al lado. Tengo que vestirme. ¿Esperas aquí?

James resopló extrañamente molesto cuando Megan se metió en su habitación. No podía creer lo que acababa de oír. Aun así, lejos de sonar molesta o dolida con él, su tono de voz era agradable y afable como siempre, lo que eliminó todos sus miedos.

—Te he echado de menos... —dijo, alzando la voz, esperando que ella le escuchase por encima de la música que sonaba en el dormitorio.

—No te he oído... ¿Me lo repites?

El *stripper* se acercó al dormitorio, pero no entró. Evidentemente no tenía

intención alguna de verla desnuda o de estar ahí cuando se vistiera, pero por lo poco que se veía a través de la apertura de la puerta, la decoración de aquella habitación había cambiado mucho desde la última vez que estuvo allí. Megan le sorprendió abriendo la puerta justo en el momento en el que se asomaba por la rendija.

—Te he echado de menos... Oh, perdona. No quería... —Se disculpó. Durante los días siguientes a la tarde de compras, Emma estuvo enseñándole cómo ponerse rímel sin mancharse la cara, cómo usar colorete o cómo pintarse los labios para que se vieran brillantes y llamativos, incluso cómo

usar pestañas postizas.
Después del maquillaje se hizo un bonito y simple moño suelto, se perfumó y se puso el precioso vestido blanco que Maxwell le había pedido que usase para la cena.
Podría parecer absurdo, dado que lo más importante que podía hacer era el paso de querer cambiar y hacerlo, pero aquella era su primera cita y los nervios parecían imposibles de contener, más aun sabiendo que con esa cita ya tenía cubiertos dos puntos de su apuesta con James.
Se miró detenidamente antes de salir del dormitorio, sin terminar de creer que pudiera verse como lo hacía. Casi no se

reconocía, pero se encantaba, le encantaba la forma en la que Maxwell le había mirado la primera vez que se vistió así, no porque le gustase Maxwell, sino porque parecía una mirada sincera.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amiga? —preguntó recorriéndola con la mirada cuando salió.

—Estoy... ¿Crees que voy bien así?

—Sí. Pero... ¿Qué demonios llevas puesto?

—Se llama vestido. Sé que tu acostumbras a ver a las mujeres sin ello, o incluso a quitárselo... —bromeó.

—¿Vas a ir a esa cena vestida así? —ella asintió mirándose la ropa con una

sonrisa y un brillo inusual en ella.
No. Se negaba. Hacía días que no se veían. Hacía días que no hablaban, y ahora estaba así, tan cambiada, tan bonita... No podía dejar que se fuera, y menos con otro.

—No vayas, Megan. No vayas con él. —Antes de que pudiera decir nada más sonó la puerta.
Megan no respondió. Tomó una respiración profunda, carraspeó como para acEmmarse la garganta y se acercó a la puerta. La abrió deprisa para no hacer esperar injustificadamente a su vecino y sonrió ampliamente.
Maxwell llevaba unos pantalones grises, una camisa rosa claro —a juego con el

cabello de su acompañante—, con los cuellos en blanco y una corbata de seda del mismo color con decoraciones *paisley* en gris muy claro que hacía resaltar el blanco de sus dientes cuando sonreía. Tenía un aspecto terriblemente atractivo. De repente los nervios de Megan se desataron aún más rabiosamente: esa era la primera cita de su vida, la primera noche en la que saldría como una auténtica mujer, y lo haría nada más y nada menos que con él, con el actor de Hollywood más importante del momento.

—¡Hola! —saludó en un tono suave.

—Hola... —respondió ella con un tono jovial y con una sonrisa—. Vaya,

realmente te queda bien ese vestido.

—¡Gracias! —Exclamó graciosa; buscó la rebeca, se llevó el bolso al hombro y cerró la puerta—. La verdad es que me he mirado en el espejo doscientas veces desde ayer. Todavía me cuesta bastante reconocerme.

—Pues acostúmbrate. Ese nuevo look te queda mejor que bien.

—¡Gracias! Mi hada madrina me ayudó con el cambio.

—¡Vaya! Pues qué buen hada madrina tienes... —dijo Maxwell con una sonrisa bailándole en los labios—. Ese vestido te queda genial.

—Si. Tiene un gusto exquisito. Si hubiera sido por mí, probablemente

habría escogido algo parecido a un mantel o a una alfombra persa. Pero seguro que nada tan... femenino —repuso con una carcajada—. ¡Pero hey! Tú tampoco estás nada mal.

—¡Gracias!

Maxwell sonrió ampliamente y le ofreció un brazo que ella agarró gustosa.

—James se ha sorprendido al verme —murmuró, señalando su apartamento, a medida que se alejaban con dirección al restaurante.

—¿Tu amigo? ¿De verdad? ¿Qué te ha dicho?

—Cuando he salido con el vestido me ha mirado con los ojos como platos y me ha preguntado qué llevaba puesto. —

Sonrió acariciando la tela que caía hasta los pies.

—Bien. Muy bien. Empezamos muy bien. Ahora solo hay que demostrarle que eres todo lo contrario a lo que pensaba y ganar esa apuesta.

—Bueno... Me atrevería a decir que ya se ha dado cuenta de que hay algo diferente en mí...

«*Oh, Dios*», rogó para sus adentros, «*que esta noche salga todo bien*».

Cuando la puerta sonó rezó desesperadamente que ese vecino del que hablaba Megan fuera un tipo horrendo, que fuera obeso, bajito, hortera y feo, pero era todo lo contrario, y pudo comprobarlo por el reflejo del

espejo que Megan tenía en el recibidor. Se le encogió el estómago al ver que salía con un tipo que se parecía alarmantemente a Maxwell Larson, y no por parecerse al actor, sino porque era rematadamente guapo. Y cuando Megan cerró la puerta dejándolo sin siquiera mirarle, hizo que se sintiera poco menos que un cero a la izquierda.

Media hora después Maxwell detenía el lujoso deportivo rojo en la entrada del hotel. Un aparcacoches tomó las llaves para llevarse el automóvil de allí. No entendía como se ocultaba escrupulosamente en el apartamento de al lado pero luego paseaba alegremente por las calles sin miedo a que le

reconocieran.
Se sentía desnuda con aquella prenda, con todas aquellas miradas puestas en ellos. Y estaba tan nerviosa por estar en su primera cita que, al segundo paso, tropezó con Maxwell, haciendo que, a su vez, y buscando dónde apoyarse para no caerse, posase sus manos sobre los pechos de una señora muy distinguida que salía del establecimiento. En un momento todo era una escandalera por lo que había pasado, pero, después de que Megan mintiera de pronto diciendo que estaba embarazada y que le había dado un pequeño mareo, todo volvió a la normalidad como si no hubiera pasado nada.

El salón del restaurante era completamente precioso. Todo estaba decorado entre tono arena, beige e ivory. La mesa en la que se habían sentado tenía tres telas, la más oscura, que llegaba hasta el suelo, la más cEmma, que quedaba a media altura y la de color medio, que habían puesto de forma oblicua encima de las otras dos. Ésta última además, hacía juego con los sillones y con la moqueta del suelo. Sobre las mesas estaban elegantemente dispuestas las copas, los cubiertos y las servilletas.

—Este sitio es increíble.

—Por eso te he traído aquí.

—Siento mucho lo de antes, Maxwell

—se disculpó avergonzada. Él la miraba con una sonrisa agradable—. Te aseguro que normalmente no soy tan torpe.

—Bueno, no ha estado del todo mal. Los pechos de esa mujer eran bastante firmes y agradables para su edad... —dijo con una mueca, moviendo los dedos como si aún los tuviese entre las manos—. Lo que sin dudas no esperaba era lo del embarazo.

—Dios, ni siquiera yo sé por qué he dicho algo como eso.

—¿Atiendes a muchas chicas que descubren gracias a ti que están embarazadas? —Ella asintió con una sonrisa—. ¿Estás más tranquila ahora?

—Qué va... Bueno. Un poco.

—Sé lo mal que lo pasan las personas cuando se ponen nerviosas. A riesgo de que me consideres un tipo vanidoso, te diré que estoy acostumbrado a que las chicas se pongan nerviosas cuando salen conmigo. —La tranquilizó Maxwell con una encantadora sonrisa.

—No estoy nerviosa por haber salido contigo... O al menos no del todo. Pero no me extraña lo que dices. Eres guapísimo —dijo Megan. Inmediatamente se arrepintió de aquellas atrevidas palabras—. Lo siento... No sé cómo he podido decirlo en voz alta.

—No, no te disculpes... —Maxwell se echó a reír—. Me encanta tu

sinceridad. A lo que yo me refería era a que la gente se pone nerviosa por la fama y el dinero... Soy actor, ya sabes.

—Sí, ya sé —sonrió ella esta vez —. La verdad es que, algunas de mis compañeras del hospital han tenido, durante semanas, pegadas en las puertas de sus taquillas, recortes y posters de tu última película.

—¿Sólo ellas? ¿Tú no?

—Soy la anti-mujer, ¿recuerdas? Según James, ni siquiera soy del mismo planeta que el resto de las mujeres de La Tierra.

Maxwell estalló en risas, atrayendo aún más miradas y haciendo que Megan se pusiera todavía más colorada de lo que

se había puesto al tropezar al entrar en el restaurante.

—Menuda estupidez. —Afirmó el actor—. Eres tan femenina como cualquier chica que haya conocido, quitando a mi agente, que tiene barba y un tono tan grave como el rey ogro de las montañas del norte. Es fácil hablar contigo. Eres sincera, espontánea y graciosa. Que tu aspecto de antes fuera un poco desastroso no te hacía menos mujer, y mucho menos de otro planeta. —Dijo Maxwell.

Ella bajó la mirada nuevamente avergonzada. Era un simple cumplido, pero había sido el primero de su vida viniendo de un hombre que no fueran los

chicos de su pandilla y no sabía cómo reaccionar. Fue entonces, al alzar la mirada para encontrarse nuevamente con la de Maxwell cuando lo vio: James acababa de entrar en el local con su típica sonrisa maliciosa.
Evidentemente, no miró hacia su mesa. Caminó directamente hacia la suya acompañado por una chica: una mujer preciosa y casi tan alta como él. Tenía el pelo negro azabache y tan brillante que parecía tenerlo lleno de estrellas. Su delantera era más que prominente, aún más realzada por el vestido ceñido que llevaba. Megan se sintió decepcionada por el mal gusto de su amigo... sin embargo, se corrigió de inmediato,

¿cómo era capaz de pensar semejante cosa si, a decir verdad, estaba más que acostumbrada a ver a James entrar en la «S-Room» con mujeres de todo tipo? Además, ¿a ella qué le importaba con quién salía o dejaba de salir? Sin embargo, al ver que la mujer se rozaba con James como una gata en celo, sintió que le aceleraba el pulso.

—¿Qué pasa? —preguntó el actor con el ceño fruncido, buscando dónde miraba Megan.

Hacía menos de una hora que le había dejado en su apartamento, ¿Cómo demonios le había dado tiempo de reservar mesa y buscar acompañante? Además se había vestido para la

ocasión, tan guapo como siempre pero además, elegante.

—¿Cómo? ¿Eh?

—De repente te noto distraída...

—No es nada...

—Desde luego, no es la clase de mujer a la que pueda ignorarse fácilmente. —Afirmó Maxwell enarcando una ceja cómicamente al encontrar qué era lo que miraba.

Megan respondió a su comentario con una sonrisa irónica y procuró devolver la atención a su plato, a su conversación y a su cita, lo que iba a resultar terriblemente difícil ya que James y su explosiva acompañante se sentaron en una mesa junto a la suya, de espaldas a

Maxwell pero, por desgracia, justo enfrente de ella.

Megan trató de no fijarse en los gestos y arrumacos que la morena que acompañaba a James hacía con las manos, unas manos de finos y delicados dedos en los que había una cuidada manicura. James, en cambio, se limitaba a sonreír como un idiota. Apretó los dientes inconscientemente, pero al darse cuenta relajó la mandíbula. Siempre había visto a su amigo jugar con mujeres como esa, ¿qué lo hacía diferente ahora?

James se acercó a su compañera como para oírle mejor, pero Megan pudo ver con claridad como ella le pasaba la lengua descaradamente desde el cuello

hasta el lóbulo de la oreja. Justo en ese momento la miró directamente y le dedicó un guiño travieso. Ella se atragantó al darse cuenta de que le había pillado mirándole. ¿Qué pretendía yendo al mismo restaurante que ellos? ¿Por qué tenía que ir con alguien como esa mujer? Se volvió hacia Maxwell con el corazón martilleándole en el pecho.

Bebió de un sorbo el contenido de su copa de vino para ver si eso la calmaba y respiró profundamente.

—Me gustaría preguntarte una cosa.

Megan se encontraba en ese momento con el tenedor lleno de pasta a medio camino entre el plato y su boca.

—¿El qué? —dijo ella algo tensa.

Maxwell lanzó una mirada por encima de su hombro con dirección a la pareja que tenía a su espalda.

—¿Por qué estás tan obsesionada con la pechugona de ahí detrás?

—¡Dios mío! —murmuró Megan, como una chiquilla a la que han pillado in-fraganti.

—No sé si ella se habrá dado cuenta, pero si tuvieras láseres en los ojos la habrías fulminado.

Megan agachó la cabeza, escondió la cara entre las manos y justo un par de segundos después la echó hacia atrás estallando en risas. James la miró de reojo con una sonrisa sutil. Ahora era él quien empezaba a molestarse porque ese

tipo la hiciera reír como solo él podía hacer.

—¡Qué divertido eres! —Maxwell la miró sin entender qué era lo que acababa de pasar, pero como buen actor, trató de improvisar como creyó que debía hacer.

Estaba resultando una escena de lo más surrealista, pero le encantaba que Maxwell pudiera seguirle la corriente sin siquiera necesitar pedírselo.

Por suerte, la actuación terminó un minuto después, cuando ella se puso en pie para ir al tocador.

❤❤❤

Cuando James vio como Megan se marchaba pensó en alguna forma de

incomodarla, pero no estaban en casa, donde podría molestarla cambiando únicamente un ingrediente de su pizza favorita, o insistiendo en ver una película en lugar de otra, ahora estaban fuera, y cada uno llevaba una pareja distinta, además, habían actuado como extraños. De pronto fijó la vista en su mesa, y en el atractivo hombre que, no solo la acompañaba esa noche, sino que vivía a unos metros de ella.

—¿Eres el actor o solo alguien con un parecido asombroso? —Preguntó James tocando el codo de Maxwell.

—Yo creo que es Maxwell —murmuró la mujer que iba con él.

—Me llamo Maxwell, pero no soy el

actor —mintió para no llamar la atención de todo el restaurante.

—El parecido es asombroso, si me permites.

James sabía que sí se trataba del actor, y no porque Megan se lo hubiera contado, pero no iba a poner en duda su palabra delante de toda aquella gente.

Megan no tardó demasiado en volver del baño, de hecho, ni siquiera se había llevado el bolso, donde tenía algunas cosas que supuso debía llevar: maquillaje, un par de tampones y compresas, un bloc pequeño con un bolígrafo... Regresó aspirando el agradable aroma del jabón de manos de aquel baño y al acercarse observó, con

horror, como James y Maxwell reían en compañía de aquella mujer.
Por un segundo dudó qué hacer, pero se acercó a su mesa y se sentó en su silla sin más.

—Vaya, veo que ya has conocido a James.

—¿James? ¿Tu mejor amigo?
Maxwell dedujo de inmediato que las miradas hacia la otra mesa y sus expresiones extrañas no eran por la morena de enormes pechos sino por el hombre que la acompañaba.

—El mismo —respondió él—. He venido sin reserva y pagando una fortuna por la entrada sólo para poder supervisar la primera cita de mi

pequeña Megan.

—¿Supervisar? —Preguntó frunciendo el ceño—. Ya entiendo, ¿Tiene algo que ver con esa apuesta?

—Joder, cariño, ¿hay algo que no le hayas contado?

—Te he dicho mil veces que no me llames así delante de otras personas, James. Da una impresión equivocada de nuestra relación.

—Llevo llamándote pequeña, nena y cariño desde hace doce años. No va a cambiar ahora.

La conversación no era del todo aburrida, pero Maxwell no podía entender por qué, de repente, James y la morena cogían los platos de su mesa y

se mudaban a la que él compartía con Megan. No es que no hubiera espacio para ellos, y tampoco es que le molestase en exceso tenerlos ahí, pero no se sentía cómodo viendo como ese chico trataba con delicadeza a la mujer que iba con él, pero sin embargo a Megan la tratase con el poco tacto con el que un hombre trata a otro. Ella era una chica, y su aspecto era tan femenino como el de cualquier otra mujer. Justo cuando iba a pedirles amablemente que se fueran a su mesa para que ambas parejas pudieran seguir con sus citas, empezó a sonar una canción ideal para el momento. Se puso en pie y estiró un brazo, ofreciéndole una mano a su

preciosa vecina.

—¿Bailas? —Megan le miró negando con la cabeza sutilmente. Bailar no entraba en sus planes, pero Maxwell se inclinó hacia ella—. Vamos, démosle un revés a tu amiguito, seguro que esto no lo espera —susurró.

—Pero yo...

—Déjate llevar.

Maxwell agarró sus manos y, ante la mirada risueña de Rebecca y la extraña expresión de incomodidad de James, tiró de Megan hasta una zona en la que no había mesas, improvisando una pista de baile.

Llevó una mano a su cintura pegándola contra su cuerpo y alzó la otra con su

mano entrelazada. Sonaba una canción de Elvis, y ninguno sabía bailar nada parecido, aun así se desplazaron por la «pista» danzando graciosamente.

—¿Ves? No te quita el ojo de encima. Seguro que no se cree que esta espectacular bailarina seas tú.

Megan echó la cabeza para atrás mientras reía y Maxwell no dudó en tirar del pasador que sujetaba su moño para dejarle el pelo suelto.

—¿Has sido...?

Maxwell le enseñó la horquilla antes de devolver la mano a su cintura.

—No mires. Creo que ese amigo tuyo está celoso.

—¿Celoso? Maxwell, entre nosotros

no hay algo como para que pudiera ponerse celoso. Además, ¿Has visto a...? ¿Cómo la llamaste antes?

—¿Pechugona?

—Pechugona.

—Claro que la he visto. De hecho, creo que la ha visto todo el restaurante. Pero no todo en una mujer son pechos, y creo que tú eres mucho más bonita. Y más interesante. Y también creo que James, o como se llame, se ha dado cuenta de ello. Sus ojos están en llamas.

—Me conformaría con que admitiera que se equivocó.

Cuando la canción terminó, Maxwell la atrajo para darle un beso en la mejilla antes de volver a su mesa, donde

esperaban los no invitados.
Al principio, cuando se sentaron con ellos, la conversación era amena, al menos entre Maxwell, Megan y la acompañante de James, quien había resultado ser hermana de una exnovia de Maxwell, obviamente él no dijo nada. Pero, poco a poco, el ambiente agradable empezó a estar tenso: James parecía buscar continuamente recuerdos del pasado entre él y su mejor amiga, rememorando momentos incómodos de la renovada Megan, ella, en cambio, trataba de evitar el contacto visual con él.

—Podíamos marcharnos... —sugirió la morena—. Tu amiga me encanta, y

Maxwell también. Pero no nos han invitado a su mesa y creo que prefieren estar solos...

James se puso de pie sin siquiera dudarlo y, tras agacharse y darle un beso a su amiga en el pelo, tiró de su americana para marcharse. Hizo un gesto de saludo al actor para no parecer maleducado —o más aun—, y justo después salió del restaurante con su despampanante cita.

—Siento mucho que esto haya terminado así.

—¿Por qué ibas sentirlo tú, Maxwell? Todo es culpa de James. No tendría que haber venido, no tendría que haberse sentado en la mesa de al lado,

no...

—Cuando me ha hablado tendría que haberle cortado. No tenía ni idea de quien era. ¿Nos vamos? ¿Te apetece pasear antes de volver a casa? —Ella asintió.

Se pusieron de pie casi a la vez. Maxwell cogió la rebeca del respaldo de su acompañante y sin dudarlo, se la puso alrededor de los hombros. Luego le ofreció un brazo que ella agarró y se acercaron al mostrador para pagar su cena antes de marcharse.

Caminaban despacio, en silencio, dejando que la brisa nocturna les bañase.

—Es por ese tipo, ¿verdad? Tu

amigo, James...

—¿El qué?

—Estás seria. Estás más seria de lo que te he visto en la mesa o de lo que te he visto antes.

—No es lo que te imaginas —replicó ella, tratando de elegir las palabras adecuadas para que él no malentendiera lo que quería decir—. James y yo nos conocemos desde que tengo uso de razón. Al principio salía solo con su hermana pero luego murieron mis padres, y después ella se mudó con sus tíos... James era como mi sombra, siempre estábamos juntos, y así fue que pasé a formar parte de su grupo. Es mi mejor amigo. Y al ser así cree tener

derecho de interferir en todos mis asuntos. —Hizo una pausa corta, como buscando con qué cambiar de tema.

—¿No esperabas que viniera acompañado por otra chica?

—No. Lo que no me esperaba era que me siguiera al restaurante, esa es la verdad. Y aun esperaba menos que su acompañante fuera más amable de lo que ha sido él —se le quebró la voz, así que se calló abruptamente antes de caer en algo más humillante, como echarse a llorar delante de aquel hombre.

—No te preocupes. Solo estaba sorprendido. Supongo que no se imaginaba que fuera verdad que tenías una cita. ¿Quieres volver a casa?

En realidad Megan no quería volver, se sentía cómoda con Maxwell, como si pudiera hablar cómodamente sin miedo a ser juzgada, pero asintió, estar sola tampoco le haría daño.

Acababan de llegar al apartamento de Rebecca y por alguna estúpida razón se sentía incapaz de tocarla, algo que nunca antes le había pasado. La muchacha se adentró al dormitorio quitándose el vestido a medida que se alejaba de él, pero no tuvo el efecto que había tenido otras veces y, sin pensarlo volvió al salón, donde James miraba al suelo con una expresión de confusión.

No había podido quitarse de la cabeza la imagen de Megan saliendo del

dormitorio como lo había hecho, no podía terminar de creer que realmente la chica a la que había visto ese día fuera su Megan y lo peor, no podía dejar de recordar la forma en la que ese tipo la había hecho sonreír, la forma en la que la había tocado o lo que estaría pasando por su cabeza cuando la dejase en casa.

—¿Megan? —Preguntó la morena. Se había vuelto a poner la ropa y él ni siquiera se había dado cuenta de que se la hubiera quitado.

—¿Cómo?

—Quien ocupa tus pensamientos. Me encanta el color de pelo que tiene y el vestido que llevaba. Y me mata de la envidia por verla con alguien tan

parecido al actor y pensar que quizás pasen la noche juntos.

—Es el actor. —Murmuró—. No quería llamar la atención. —Añadió—. Lo siento Becca. Tengo que irme.

—¿Me llamarás alguna vez? —Él no respondió con palabras, asintió con un sonido nasal mientras corría a la puerta. Se sentía el tío más estúpido del mundo, Megan era libre de salir con quien quisiera, de hecho eso era lo que habían apostado, que cambiaría, que tendría una cita y conseguiría novio, pero era superior a él el hecho de que no se hubieran visto en tantos días y que, de repente, ella no solo hubiera cambiado como lo había hecho, sino que saliera

con otro que no era él.

Llegó frente a la puerta de su amiga tan nervioso que le temblaban las piernas.

—¿Pero qué demonios te pasa? —Se preguntó al sacar la llave del contacto después de aparcar—. Ni siquiera te pusiste así cuando Emma dijo que tenía novio, o cuando dijo que se iba a casar.

No había llegado a la entrada cuando los vio acercarse. Ambos sonreían por algo y él se vio incapaz de dar un paso más. La observó detenidamente, ella ni siquiera se había percatado de que estaba cerca.

Cuando ellos entraron en el ascensor él subió por la escalera hasta el primer piso y al cruzar la puerta los vio

abrazados. Era un abrazo amistoso y duró solo un par de segundos, pero era un abrazo.

—Muchas gracias por hoy. Por todo.

—No me tienes que agradecer nada. —Maxwell pareció titubeante ante los ojos de James y se vio tentado de intervenir inmediatamente, pero el actor llevó las manos a sus hombros—. ¿Tienes planes para... no sé, quieres salir cualquier día de estos?

—En unos días es el aniversario de bodas de los padres de Emma. Pero si no has ocupado tu tiempo con nada mañana puedo invitarte a cenar, o a un café...

«*¿Pero qué...?*». Pensó James. ¿No tenía

planeado volver con él y con los chicos? De repente se sintió mareado, ¿y si por su culpa Megan ya no se sentía cómoda con ellos? ¿Y si ya no volvía a ir al club? ¿Y si...?

Antes de darse cuenta de que estaba perdido en sus desvaríos, encontró a Megan frente a él, con las manos en la cintura y una ceja arqueada. Aunque lo negase mil y una veces estaba preciosa.

—¿Qué haces aquí, James?

—¿Cómo? Nada. ¿Qué iba a hacer? —Ella ladeó la cabeza como pidiéndole que hablase. Era un gesto habitual que llevaba viendo en ella toda la vida, y nunca había tenido en él ese efecto, pero reaccionó antes de llegar a verse

estúpido—. ¿No me vas a invitar a entrar?

—¿Desde cuándo respetas las invitaciones? Entras cuando quieres —respondió apartándose de él y dirigiéndose a su apartamento. Entraron uno detrás del otro sin que él pudiera apartar la vista de su trasero, nunca antes la había visto vestida con nada así de ceñido—. ¿Puedo preguntarte por qué has venido al restaurante? —preguntó llenando un vaso de agua y llevándoselo luego después a los labios.

—Ya se lo he dicho a tu nuevo amiguito. Para supervisar la cita. Para asegurarme de que lo ibas a hacer bien.

—¿Y bien?

—Él estaba bien, pero tu... Ese atuendo no queda bien en ti. Sigo pensando que no eres sexy, ni...
Megan fue a su habitación mientras le escuchaba. No pretendía entrar en su juego, pero recordó los enormes pechos de Rebecca y las palabras de Maxwell «No todo en una mujer son pechos».
Buscando algo para ponerse cómoda notó que se abría la puerta.

—Y ese vestido... Cariño, tú no tienes una figura hecha para ese tipo de ropa.
Y esa fue la gota que colmó el vaso. ¿Que no tenía figura para ese tipo de ropa? No, tenía razón, tenía figura para no llevar nada y se lo demostraría.

De su mesita de noche sacó un mando a distancia diminuto y encendió el equipo de música, después se seleccionar la canción adecuada lo dejó caer sobre la alfombra. Iba a dejarle claro que se equivocaba. Iba a demostrarle lo femenina y sexy que podía llegar a ser si se lo proponía, así que, haciendo a un lado la vergüenza que pudiera sentir por actuar así delante de un hombre, se acercó a él lentamente y, con mirada seductora, llevó las manos a su torso. Suavemente metió los dedos bajo la ropa, acariciando su cintura clavando sus ojos en los de él y, cuando James sonrió nervioso, se apartó unos pasos, colocándose junto a la cama.

Tenía el corazón a mil por hora, y aun la ponía más nerviosa al ver la forma en la que James la miraba, pero no iba a detenerse, al menos no hasta demostrarle que se equivocaba.

La habitación tenía una iluminación apropiada, y la música también parecía la idónea para el momento. Bajó los hombros del vestido y tras moverlos de forma seductora dejó caer la prenda al suelo, quedando en ropa interior delante de él —justamente con el mismo conjunto con el que pensó en él noches atrás—. Elevó los brazos tocándose el pelo por detrás del cuello, movió las caderas al ritmo de la sensual música mientras lo miraba, luego se llevó la

melena por delante de su hombro derecho para estirarse sobre la cama y seguir en ella su pequeña y particular demostración de feminidad.
James no podía creer lo que estaba viendo, y tampoco lograba poner una expresión acorde a lo surrealista de la situación. Estaba preciosa. Estaba más bonita de lo que nunca imaginó que la vería. ¡Y también más desnuda! Trató de restar importancia a los locos pensamientos que se colaban en su cabeza mientras ella seguía con sus extremadamente sugerentes movimientos.
Lo miró perfilándose el labio superior con la lengua, rodó lentamente sobre la

manta de pelo mientras se acariciaba desde las caderas hasta la cintura con la yema de los dedos.
Era tan excitante que a duras penas lograba darse cuenta de que la diosa que jugaba a seducirle a un par de metros no era otra que su mejor amiga. No quería perder su amistad por nada del mundo, pero tampoco podía evitar pensar en lo excitante que era la mujer que se movía frente a sus ojos y lo tremendamente irresistible que le resultaba. Con la visión completamente nublada por el deseo se acercó despacio hasta ella con intención de besarla. Fue entonces, justo cuando se sentó a su lado, que se dio cuenta de que era Megan. Que era

Megan y que realmente había cambiado.

—¿Puedo saber qué es lo que pretendes? —Ella rió simpática en respuesta, rodando los ojos mientras se mordía el labio inferior, y aquello fue el detonante.

Buscó el borde del colchón tratando de ocultar lo que empezaba a notarse en sus pantalones. «Estúpido, estúpido, estúpido. Ella es Megan, solo es Megan». Se dijo James al ver que cada vez le costaba más ser dueño de sus pensamientos. Cuando Megan empezó a reír supo que aquello no había sido más que una sucia artimaña, quizás en venganza por haber dicho que ella no era una mujer normal. Pero por suerte,

supo actuar rápidamente. Agarró el borde de la manta y tiró de ella, cubriéndole la cabeza con una risa nerviosa.

—¿Crees ahora que pueda ser una mujer femenina? Por cómo me has mirado hace un momento... ¿crees que soy sexy?

—Creo que cualquiera de las mujeres frente a las que me desnudo cada noche sería más sexy y excitante que tú, aun si vistiera con un horrendo saco de patatas.

—¿Por eso ibas a besarme? —rió traviesa.

—No iba a besarte —mintió—. Solo quería ver hasta donde pretendías llegar con este jueguecito. Aunque admito que

esto ya es algo. Por lo menos no vas vestida como un chico.

—No voy vestida, por si no te has fijado. —Se había fijado, por supuesto que se había fijado. ¡Y de qué manera! —. Pero espera y verás. —Rodeó la cama situándose frente a él, se inclinó ligeramente para cogerle de las manos y antes de que pudiera preguntar qué era lo que estaba haciendo tiró de él para ponerle en pie, luego le guió hacia la puerta y le hizo salir del dormitorio para vestirse—. Ganaré esa maldita apuesta y haré que admitas delante de todos que te equivocaste conmigo.

James salió de la habitación con el pulso todavía agitado.

—Olvida lo de hace un momento —murmuró para sus adentros—. Por tu salud mental olvídalo... —repitió, sacudiendo la cabeza mientras iba a la cocina a por un vaso de agua fresca. No hacía ni diez minutos que se habían despedido, pero Maxwell se había quedado pensando en la expresión que había tenido todo el camino de vuelta a casa y no quería que pasase la noche pensando en James y en el trato que le había dado en el restaurante, así que después de ponerse cómodo llamó a su puerta, pero se sorprendió al ver que quien abría no era su renovada vecina sino el mismo tipo que le había hecho hacer semejante cambio.

—¿Tu? —preguntó James.

—Vaya. No sabía que estuviera acompañada.

—¿Qué quieres?

Megan salía del dormitorio y antes de que Maxwell pudiera decir nada James cerró la puerta, dejándolo con la palabra en la boca.

—¿Quién era?

—Nadie. Habrá sido el viento —respondió nervioso.

Pero la puerta sonó nuevamente y ella se acercó con una ceja arqueada, haciéndolo a un lado con una mano.

—¡Maxwell! ¿Qué pasa?

—Nada. Quería asegurarme de que estabas bien y proponerte ver una peli o

algo, pero veo que estás acompañada así que no molesto...

—Estoy bien. ¿Una peli...? —James estaba tras la puerta y sujetó su brazo por el codo, como pidiéndole que le dijera que no, pero ella aceptó, soltándose de él con un movimiento brusco.

Maxwell entró en el apartamento después de la invitación sabiendo perfectamente dónde estaba el salón, se sentó en el sofá cómodamente y James empezó nuevamente a sentirse enfermo por ver a su mejor amiga con ese tipo. Los miró un instante y sin decir una palabra se dio la vuelta y salió, cerrando la puerta de un sonoro golpe.

Ella resopló antes de ponerse en pie y correr tras él.

—James —le llamó, alzando la voz. Pero él solo la ignoró cruzando la calle y dirigiéndose a su coche. Ella cruzó sin mirar, haciendo que otro vehículo frenase repentinamente, pero él ni se inmutó, siguió hasta su deportivo negro —. ¿Puedo saber qué demonios te pasa? —gritó a varios metros de distancia. Él se dio la vuelta y se acercó a ella.

—Me pasa que no nos hemos visto en un montón de días, que no hemos hablado y que te echo de menos. Y hoy, que me atrevo a venir a verte pensando en el daño que pudiera haberte hecho con lo del otro día, llego y te encuentro

así de cambiada, te vas a cenar con otro y ahora... ¿No podías haberle dicho que no, que ya estabas conmigo?

—Él es quien me ha ayudado a ser la nueva yo, quien me ha ayudado a salir de la crisálida, a verme como una mujer.

—Al parecer no solo ha cambiado tu aspecto. Nunca antes me habías hecho a un lado como lo has hecho hoy, y veo que no soy tan importante en tu vida como lo eres tú en la mía.

James no dejó que dijera más. Volvió a su coche y tan pronto como arrancó el motor la dejó allí, perpleja.

—¿Pero qué le pasa ahora?

Capítulo 6 Día 7
Quiero de vuelta a la Megan de siempre

Hacía una semana que no veía a los chicos. Había salido con Emma un par de veces para acostumbrarse a su nuevo aspecto y para comprar un poco más de vestuario, pero no había dejado que ellos la vieran. Así que, aprovechando que aún tenía unas horas antes de ir al trabajo se arregló para ir al club.
Aun se sentía extraña por lo ocurrido dos días atrás en la cena con Maxwell y

después de ella, se sentía molesta con James por comportarse como un niño mimado, pero no iba a dejar que la incomodase más, ni con su presencia, ni con sus palabras ni con sus pataletas.
Tomó aire con fuerza al tirar de la puerta y lo soltó lentamente mientras se dirigía al salón.

—Disculpe, señorita. La puerta de entrada es a la vuelta de la esquina. No puede entrar por atrás.
Megan sonrió al ver que Gary no la reconocía.
Había podido comprobar por si misma lo diferente que podía verse una persona con un simple cambio en el pelo, y ella no había cambiado solo eso, su aspecto

no tenía nada que ver con el de una semana atrás. Ahora, sus vaqueros anchos se habían convertido en ajustados pantalones que marcaban cada curva de sus piernas, la camisa entallada y escotada delineaba su cintura y la forma de sus pechos. Llevaba las uñas pintadas, botines de tacón y hasta un bolso —algo que nunca antes había usado—.

—Es Megan —aclaró James de mala gana, con la mirada fija en ella—. Es Megan con un disfraz de mujer.

—Un disfraz que con gusto le quitaría... —dijo Randy acercándose a ella con los brazos extendidos—. Hola preciosa. —La abrazó con fuerza

mientras James y ella se miraban fijamente—. Te hemos echado de menos. Era verdad que podías conseguir cambiar.

—Ya he conseguido dos de mis tres objetivos.

—¿Has conseguido una cita?

—No debería llamar cita a salir a cenar con el guaperas de su vecino. —Espetó James.

—Oh, ¿y encima es guapo?

—Es muy guapo —aclaró ella.

—Entonces... ¿solo te falta conseguir el novio perfecto?

—Bueno...

Trató de fingir una sonrisa pícara para molestar a su amigo insinuando que ese

objetivo también estaba en camino.

—Ya sabes, James, ve abriendo tu caja fuerte. Parece que tu pequeña consentida ha ganado la apuesta.

—No la ha ganado. Su vecino no es nada más que eso. ¿Me equivoco?

—No, James. No te equivocas. ¿Pero sabes qué? Él no me ve como a su mascota. Me ve como una mujer y me trata como tal. Es muy atento conmigo y me hace reír. Si me pide que salga con él no me lo voy a pensar. A lo mejor incluso soy yo la que le pide salir. James carraspeó en respuesta. Se puso en pie tan pronto como TJ entró en el saloncito, después de su actuación, y se cubrió la cabeza con la capucha de la

sudadera que llevaba para salir a escena.

Los chicos la acompañaron al sofá como si fuera tan delicada como una mariposa y se sentaron cerca de ella, mirándola, llenándola de preguntas y halagos.

Megan sabía que las actuaciones de James duraban solo unos minutos, que se hacían un poco más largas cuando algo le molestaba o cuando estaba de mal humor por cualquier cosa, así que estuvo con sus amigos un poco más, pero lo justo como para que cuando James terminase su función no la encontrase allí. Y así fue.

Entraba sudoroso, con el pulso acelerado y la respiración entrecortada.

Su enfado con la nueva Megan le había hecho actuar de forma un poco más violenta que todas las anteriores, se había movido mucho más intensamente intentando sacarla de su cabeza. ¿Por qué demonios tenía que ser todo tan complicado?

Al atravesar las cortinas vio como sus amigos hablaban, no prestó atención a su tema de conversación pero se dio cuenta de que ella no estaba.

—Se ha marchado. Tiene que descansar un poco, esta noche trabaja. —Explicó Axel.

—¿He preguntado?

—No tengo ni idea de lo que te pasa últimamente. Ni de por qué estabas así

con Megan. Pero tómate lo que sea con un poco más de calma, aquí nadie tiene la culpa de lo que sea que tanto te molesta. —Dijo Gary al verlo resoplar.

—Déjalo. Está muerto de celos al ver que ahora su pequeña presta atención a otro guaperas.

James lanzó una mirada envenenada contra TJ, lo que provocó las risas en el grupo de amigos.

—¿Por qué no te vas a casa esta noche? —Dijo el jefe—. Últimamente no pareces tú y esta noche tampoco hay muchas clientas. Ellos pueden cubrir tus salidas con un espectáculo grupal o algo de eso, no sé, pero vete a casa. O mejor aún. Ve y habla con ella, arreglad

vuestras diferencias.

—No. Estoy bien.

—¿Cómo dices?

—Que estoy bien. Hablar con ella no solo no va a solucionar nada, quizás me ponga de peor humor del que estoy.

—Pues no hables con ella, me da igual lo que hagas. Pero hoy no quiero que salgas al escenario. Quiero que vayas a casa y que descanses y mañana te quiero de vuelta siendo el de siempre. No me importa lo que hagas ni con quien. ¡Largo!

Gary se puso más serio de lo que había estado antes con ellos y tras el gesto de sus amigos se marchó.

Hablar con Megan. Hablar con Megan

esa noche no entraba en sus planes, ni esa noche ni la siguiente ni probablemente la siguiente. Todavía estaba ofendido con ella por haberle hecho a un lado por ese tipo, y lo último que quería era volver a sentirse un cero a la izquierda. Cerró la puerta de su apartamento con un golpe seco, y caminó hacia el sofá pensando qué demonios iba a hacer hasta ir a dormir. Apenas eran las diez de la noche y él no solía estar fuera del club antes de las dos.

Megan estaba terminando de ponerse su uniforme cuando la sobresaltó un golpe seco en la puerta. No tenía ni idea de quien era pero justo seguido al golpe sonó como alguien pulsaba los números

de su cerradura. Un intento, y tiraban del pomo. Otro intento, y daban un golpe contra la puerta. Por un momento pensó en llamar a Maxwell para que le ayudase, pero quien hubiera estado probando con el código lo había acertado y se disponía a entrar.
Al abrirse la puerta James cayó de bruces contra el suelo.

—¡James! ¿Qué haces aquí?

—¿No puedo venir? ¿Me has prohibido la entrada a tu casa ahora que tienes novio?

—Maxwell no es mí... —resopló resignada. Discutir sobre eso con él no tenía sentido, lo conocía bien y sabía que insistiría con ello hasta que fuera

verdad, entonces se enfadaría por ser cierto—. ¿Por qué no estás en el club? Y ese olor a alcohol... ¿Has bebido?

—Necesito hablar contigo.

—Lo que necesitas es descansar un poco. Mírate, ni siquiera te tienes en pie.

—No importan mis pies. Importas tu... —James se abalanzó sobre ella torpemente.

—Oh, vamos por favor, James. Tengo que ir al hospital. ¿Y qué demonios es con lo que me has manchado la ropa, purpurina rosa? ¿Ni siquiera te has duchado al salir del club?

—No. Necesitaba verte. Necesito hablar contigo —hablaba torpemente y a

ratos de forma casi inentendible.

—Has bebido. ¿Has conducido hasta aquí en este estado? —Él levantó un hombro negando con la cabeza como confirmándolo con ese gesto—. Mi guardia hoy es hasta las siete. Ve a la habitación y duerme hasta que vuelva. James la agarró por la cintura y se la echó al hombro como si no pasase nada.

—James suéltame.

—Quiero hablar...

—Y hablaremos. Pero cuando vuelva. Cuando entró en la habitación frunció el ceño al recordar que no era la misma de antes, al recordar el numerito de demostración de feminidad que le había hecho días atrás. Un pensamiento

enfermizo cruzó su mente mientras se acercaba al borde del colchón. ¿Y si ese tipo y ella habían retozado en esa cama? ¿Y si no lo habían hecho pero era esa la intención del actorcillo? ¿Y si no era la intención de ese tipo pero ella tenía deseos de que fuera así?

—El otro día no lo dije pero tu habitación se ve diferente —dijo soltándola.

—Yo también lo soy. ¿No te has dado cuenta?

—Los vestidos no están hechos para ti. Quiero a la Megan de antes.

—La de antes no era la mujer de la que un hombre se enamoraría. Tú mismo lo dijiste sin titubear.

—Pero yo...

—Tú vas a callarte. Vas a estirarte en la cama y vas a dormir hasta que vuelva. Luego hablamos.

Cuando Megan le empujó por los hombros se dejó caer en la cama. Ahora la encontraba preciosa vestida con su uniforme de enfermera, algo de lo que nunca antes se había percatado.

Se fijó en como descolgaba el bolso del perchero y como salía del dormitorio, pero no se durmió. No podía pegar ojo sabiendo que Maxwell estaba tras la pared que tenía enfrente, y que todas las noches dormía a solo unos metros de ella.

Había bebido, y lo había hecho con la

intención de perder la consciencia, sin consciencia no se puede pensar y él necesitaba quitarse de la cabeza todo el asunto de Megan, pero ahora se encontraba ahí, en ese dormitorio en el que tantas veces había dormido con ella sin darse cuenta de que podía, no solo verse tan femenina como cualquier otra, sino deseable a ese nivel.

Caminó, mareado, por la habitación. Se acercó al armario y abrió las puertas con intención de curiosear entre sus cosas, pero colgado, en primer plano, había una prenda que reconoció inmediatamente: el vestido de la cena. Retrocedió un par de pasos y se sentó en el borde de la cama. Debía hacer algo

para recuperarla, y tenía que hacerlo antes de que fuera demasiado tarde.
Al tocarse el brazo donde lo había hecho ella antes de irse se vio la purpurina que había mencionado y sin pensar en otra cosa salió del apartamento.
No tenía ni idea de cómo lo había hecho, había salido media hora después de ella, sin embargo pasaban de las dos de la mañana, pero no importaba, acababa de llegar a su destino con un objetivo claro.
Atravesó las puertas de urgencias quejándose de un fuerte dolor en el brazo, diciendo que se había caído por una escalera y que se mareaba, así que, después de las preguntas pertinentes,

alguien se encargó de sacar una silla de ruedas y acompañarle a una de las cortinas libres para que un enfermero le atendiera.

—Buenas noches, señor Holden. —Saludó un tipo alto con gafas y un uniforme como el de Megan—. Viene porque se ha hecho daño en un brazo... James lo miró con una ceja arqueada. Creía haber pedido en el mostrador que la atendiera ella.

—¿Crees que vengo a urgencias por un brazo roto y quiero que me toque un tío sabiendo que mi novia está de guardia?

—No sé quién es su novia.

—Megan. Megan Lane.

El enfermero no dijo nada más. Se apartó de la camilla, echó las cortinas y se alejó de allí arrastrando las sandalias.

—Lane, alguien pregunta por ti en la siete —dijo asqueado el enfermero, dejando sobre su carpeta, la que contenía el informe médico del paciente nuevo—. A veces odio este trabajo.

—¿Quién es?

—Dice que es tu novio. Se queja de un brazo y va pasado de copas.

Un escalofrío recorrió la espalda de Megan al escuchar esas palabras. Justin no le había dicho gran cosa, pero alguien bebido preguntaba por ella en la sala de urgencias, por lo que era

evidente lo que pasaba. Se acercó a la cortina en la que esperaba el paciente que la reclamaba y ahí estaba él, James, rechazando ser tocado por otro enfermero que no fuera ella.

—¿Puedo saber qué haces aquí? —Preguntó con tono molesto.

—Megan... —sonrió como si hiciera una eternidad que no la veía.

—James estás borracho. Deberías haberte quedado en la cama. Si te duermes yo estaré allí antes de que te despiertes.

—¿Y dormir con ese tío al otro lado de la pared?

—Pues te hubieras ido a casa. Estás en mi trabajo. No puedo atender tus

tonterías aquí. Por favor vete, mañana hablamos.

James se levantó de la camilla tambaleante y sin mirarla se dirigió a la salida.

—¿Está bien?

—Lo que tiene no se lo puede solucionar el hospital sino unas cuantas horas de sueño.

James había salido de su apartamento dispuesto a hablar con ella y lo haría por las buenas o por las malas. Se sentó en los escalones de la entrada del hospital y esperaría a que ella saliera para hablar. Necesitaba acEmmar sus diferencias, necesitaba decirle que quería que todo fuera como antes, que

volviera a ser la que era y se olvidase de ese vecino suyo.
Todo había vuelto a la normalidad cuando James se marchó y, aunque algunas compañeras comentaron y bromearon acerca del noviazgo secreto de su pequeña mariposa, no habían tardado en volver a sus tareas. Pero la tranquilidad se esfumó en lo que dura un suspiro cuando uno de los pacientes se quejó por el servicio que se les daba a los enfermos en ese hospital, mencionando el pobre chico que estaba tirado en las escaleras de la entrada. Y Megan se temió lo peor cuando el médico le llamó a su despacho. Éste estaba tras su escritorio, terminando de

hablar con alguien sobre que se aseguraría de que no volviera a repetirse algo así y ella no supo donde esconderse cuando Donald señaló la silla frente a ál.

—Sé que nunca has tenido un solo problema. Que nunca has llegado tarde, que nadie se ha quejado de nada de lo que hayas hecho, ni nadie ha mencionado que hubieras hecho algo mal... Pero Lane lo de hoy es inaceptable. Ese amigo tuyo no solo ha montado un espectáculo en la sala de urgencias, luego se ha dormido en la entrada. Sé que no es culpa tuya, pero esto no puede volver a repetirse. Si tienes diferencias con ese chico

deberías solucionarlas entes o después del trabajo.

—Lo siento. —Se disculpó cabizbaja.

—No te disculpes. Simplemente no dejes que vuelva a pasar.

—Sé que nunca antes ha pasado algo así, pero... ¿Podría ir a casa? ¿Puedo ausentarme las tres horas que me quedan y recuperarlas en otro momento? No puedo dejarle ahí y si no le atiendo...

—Ve. No te preocupes. Pero asegúrate de que esto no vuelva a repetirse. Bastante tengo con Brenda y Josh y sus irresponsabilidades —sonrió, haciéndole un gesto amable para que saliera de su despacho.

Avergonzada era poco para poner en palabras como se sentía.
Fue al vestuario a por su bolso y salió con dirección a las escaleras para llevarse a James de la entrada del hospital.

—Levántate, nos vamos. —Pidió de mala gana. Se agachó a su lado y le ayudó a levantarse, tirando de uno de sus brazos y rodeándole por la cintura. Tenía el coche aparcado muy cerca de allí, por lo que en ese sentido estaba de suerte.

—Cariño...

—Y no me llames así otra vez. Una persona no llama cariño a otra después de haber hecho que pase la mayor

vergüenza de su vida —regañó—. James no quiero que vuelvas a venir a este hospital nunca, nunca, nunca. ¿Me oyes? Ni aunque te estés muriendo. Al menos no mientras yo esté aquí.

—Necesitaba hablar contigo.

—¿Es algo tan importante? ¿Tanto como para irrumpir así en mi apartamento? ¿Tanto como para seguirme al hospital? ¿Tan importante como para hacerte pasar por mi novio para llamar mi atención?

James apoyó la cabeza en el asiento y cerró los ojos mientras ella le ponía el cinturón de seguridad. Puede que él fuera un irresponsable y condujera en ese estado, pero ella no arrancaría

jamás el motor del coche si todos sus ocupantes llevaban debidamente asegurados sus cinturones.
En todo el tiempo que hacía que se conocía, y lo hacían desde que ambos tenían uso de razón, jamás se sintió tan enfadada con él. No entendía qué era lo que le molestaba tanto como para hacerla pasar esa vergüenza, como para montar ese numerito en su trabajo, en un sitio repleto de enfermos. Y ahora, que por fin estaba con él, como él quería, iba y se dormía en el asiento de su coche como si acabasen de salir de una fiesta y ella fuera su chofer particular.
Conducía de vuelta a casa pero creyó que dejar a James en su apartamento era

una mejor opción, sobre todo si por la mañana se encontraba con Maxwell.
Prácticamente lo arrastró hasta el ascensor y luego hasta la puerta. A diferencia de otras veces, no tenía apetencia alguna de entrar, y mucho menos de quedarse. James estaba irreconocible y, aunque le gustaba en cierto modo saber que era por ella, no estaba cómoda imaginando lo que le diría cuando despertase, quizás que ya no era su amiga, o que no era importante para él, algo parecido a lo que le había dicho la última vez.
Lo llevó hasta la cama, le quitó los zapatos y le cubrió con la sábana, pero justo cuando iba a alejarse, James la

sujetó por una muñeca y tiró de ella, haciéndola caer a su lado.

—Echo de menos esto —murmuró, mirándola con ojos somnolientos.

—Duérmete anda.

—Te marcharás si me duermo.

—James, no eres un niño y yo no soy tu madre. —La miró tan fijamente que no pudo evitar echarse a reír—. Está bien. Ya que estoy aquí... Pero duérmete. Prometo no marcharme hasta que se te haya pasado la borrachera.

Sin pensarlo, James estiró un brazo para atraerla y al tenerla cerca cerró los ojos para dormir.

La luz de la mañana entraba por la ventana a través de la cortina y al abrir

los ojos la encontró frente a él, dormida. Sonrió internamente al saber que había pasado la noche con él y no cerca de ese tipo. Analizó a Megan lentamente. No se había dado cuenta de que parte del cambio de su cara estaba en las cejas, ahora las tenía bien arregladas, algo que la hacía cambiar aunque fuera de forma sutil. Sabía que no era posible, pero su boca también parecía diferente y de eso sí que se dio cuenta al verla por primera vez después del cambio, cuando salió del dormitorio maquillada, y con los labios ligeramente pintados.
Cuando ella entreabrió los ojos él los cerró de inmediato, fingiendo que dormía plácidamente.

—Más te vale que tu excusa por lo de anoche sea buena, y que lo que tengas que decirme sea importante de verdad.
Megan pensaba que su amigo dormía. Así que antes de levantarse se inclinó sobre él y le besó en la mejilla como tantas otras veces. Odiaba sentirse enfadada con él, pero lo de la noche anterior la había molestado de verdad.
Había amanecido, probablemente hacía un par de horas, así que fue al baño, se lavó la cara y fue a la cocina para preparar café.
James se quedó en la cama, pensando en cómo decirle lo que quería sin que sonase violento, pero solo se le ocurría decírselo del mismo modo que lo

pensaba, aunque sonase tan extraño que ni él terminase de entenderlo.

Megan entró en la habitación con un par de tazas calientes sobre una pequeña bandeja que la señora Holden le había regalado al independizarse y se sorprendió al verlo sentado en la cama con las manos en la cabeza.

—¿Resaca?

—No, cariño. Ya sabes que yo no soy de los que tienen resaca.

—No. Es verdad. Tú eres de los que está perfecto en cualquier momento del día, aunque la noche anterior no se tuviera en pie e hiciera que alguien quisiera matarle —dijo mordaz mientras dejaba una de las tazas entre sus manos.

—¿Hice alguna tontería?

—Oh, no... A parte de meterte por la fuerza en mi apartamento a la hora más inoportuna del mundo, plantarte en el hospital y decir que era tu novia. O hacer que me regañase el médico... No. Eso me recuerda algo...

—Necesito a mi amiga de vuelta. Quiero que vuelvas a ser la Megan de siempre —Dijo antes de que ella exigiera saber lo que quería decirle.

—Soy la Megan de siempre, James. Yo no soy distinta porque haya cambiado mi forma de vestir o porque tú me veas distinta.

—Lo que quiero es que te olvides de tu vecino, que vengas al club todos los

días, que te quites ese disfraz. Te necesito.

—James.

—Me parece muy bien que me hayas querido demostrar que me equivocaba, y si tú quieres admito que he perdido esa apuesta delante de todo el mundo, pero...

—No sigas. No. No voy a volver a ser la de antes. No quiero mirarme en el espejo y ver que realmente estoy sola y que, como tú dijiste, nadie se enamoraría jamás de mí. Me gusta este cambio. Sigo siendo yo, pero con otro aspecto. Y me gusta. Me gusta mucho.

—Eres la mujer más inexperta del mundo y ese vecino tuyo quiere aprovecharse de ello.

—Entonces perfecto. Maxwell es el primer hombre que ha mostrado interés en mí y me ha ayudado desinteresadamente. Si quiere dar un paso adelante y empezar una relación no tengo mucho que pensar.

—Espero que no hables en serio.

—Y yo espero que no creas que voy a ser una mujer soltera toda mi vida. Cuando dijiste todo aquello sobre comportarme como una mujer pensaba como tú, que las relaciones no eran lo mío, que lo de tener citas no iba conmigo y... Tengo mucho que aprender, pero no quiero hacerlo sola. Y tampoco quiero acabar haciéndote de aguanta-velas toda la vida mientras te lo montas

con cualquiera en el asiento trasero de mi coche, o...

—¿Estás oyendo lo que dices?

—Si. Claro que sí. Lo medité mucho la noche de la apuesta. Analicé mi vida y lo que sería de ella si seguía como hasta ahora, y es esto lo que he decidido. Es lo mejor para mí.

James se puso en pie resoplando y se fue murmurando a la cocina, con la taza de café aun sin tomar.

La culpa era suya.

La culpa era completamente suya por provocar esa situación, por haberla tratado como si fuera un bicho raro. Tenía que arreglarlo, y tenía que hacerlo como fuera, por ella, por él y por una

amistad que él no podía darse el lujo de perder.
Pasaron varios días en los que Megan y James no se vieron. Ella temía continuamente que se presentase en sus guardias, que volviera a montar un número y volvieran a regañarla por ello, pero por suerte para ella James no volvió a ir. Él, sin embargo, pasó las noches deseando verla entrar en el saloncito, verla sentarse en el sofá con su habitual sonrisa y escucharla bromear con los chicos como siempre, pero no fue. Ni siquiera le llamó una sola vez.
Las horas en el club ya no pasaban bien, Megan no se movía de su pensamiento y cada vez que los chicos la nombraban o

se les ocurría mencionar al vecino sentía como le hervía la sangre.

Capítulo 7 Día 10
...aquí se acaba nuestra amistad

Aquella tarde pasó en un santiamén y la noche prometía ser mejor que genial. Emma había organizado una cena de parejas y, aunque habían dejado claro que entre ellos no había nada, Maxwell era el acompañante masculino de la renovada Megan.

La cena también fue agradable, bebieron un poco de vino, al menos Adam y Megan, cenaron algo que las dos chicas

se encargaron de cocinar y después de unas risas y unos recuerdos de los que los dos hombres no tenían conocimiento alguno, la pareja invitada se marchó.

—Lo he pasado en grande, Maxwell. Ojalá podamos repetir esto muchas más veces.

—Yo también lo he pasado muy bien. Me habría gustado verte correr con las cacas de perro en las manos enseñándoselas a todo el mundo.

—¡Qué vergüenza! Tenía cuatro años, Maxwell, no seas malo.

—Sí, lo que tú digas, pero debió ser graciosísimo.

Megan lo miró con un puchero gracioso como réplica por su afirmación, pero en

seguida empezó a reír.

—Algún día me contarás anécdotas de cuando eras pequeño.

—Algún día. Tengo reserva en un sitio, pero es una sorpresa así que necesito cubrirte los ojos.

—¿Una sorpresa? —Preguntó dubitativa—. No estoy muy segura de sí me gustan las sorpresas.

—Creo que esta te gustará.

Maxwell se quitó el pañuelo del cuello y se lo colocó sobre los ojos cuidadosamente. Al verla tan confiada le tentó, por un momento, besarla en los labios, pero cuando se acercó lo suficiente para rozar su boca con la de ella elevó la cara y la besó en la frente.

Ella sonrió y justo en ese instante se arrepintió de no haberlo hecho donde quería.

Puso las manos en sus hombros y la ayudó a subir en el Ferrari con sumo cuidado.

—Me da un poco de miedo.

—¿Miedo de mí?

—¿De ti? ¡No! Claro que de ti no... De lo que sea ese sitio.

—No te asustes. No es para tanto.

El sitio donde Maxwell la llevaba no estaba demasiado lejos del apartamento de Emma, sonaron un par de canciones en la radio, hablaron un par de minutos y estuvieron parados en un semáforo antes de llegar.

Al bajar del coche Maxwell tiró del pañuelo que cubría sus ojos y cuando Megan los abrió lo miró incrédula. ¿La llevaba a un local de *strippers*? ¿La llevaba al club de Gary? Alzó una ceja buscando las palabras para preguntar a su acompañante por qué iban a un sitio como ese, pero Maxwell supo rápido qué responder.

—Apuesto lo que quieras a que nunca has visto su espectáculo como cliente.

—Maxwell...

—Espera y verás la cara que pone. El portero se extrañó de verla a ella en la entrada principal, pero tras las acEmmaciones del actor les abrió la puerta.

Maxwell acompañó a Megan a una de las sillas más próximas al escenario. Ella era la única allí y le resultaba incómodo.

—Maxwell, no me siento cómoda aquí...

—Solo ve uno de sus bailecitos, que vea que tú también puedes ser como cualquier mujer para las que se desnuda.

—Pero es que yo...

—Cinco minutos.

Megan respiró resignada y se sentó cuando él empujó sus hombros hacia abajo. Realmente no quería estar ahí y, pese a la insistencia, deseó ponerse en pie y huir de allí. No le apetecía ver a James, y menos aun sabiendo que se

enfadaría, por verla ahí, por verla sola y por ver quién la acompañaba.
Cuando las luces bajaron y la música empezó a sonar, James salió a escena. Esperaba escuchar a su centenar de espectadoras habituales, pero en lugar de eso solo había una mujer. De pronto no supo si seguir bailando o no, pero Gary orquestaba como siempre el espectáculo y le instó a que siguiera, una o cien clientas, lo mismo daba.
Al fijarse detenidamente en la mujer se dio cuenta de que no era otra que su amiga de la infancia. Ella se removía en su asiento visiblemente incómoda y, al fijar la vista al fondo pudo ver a un hombre. Mientras trataba de recordar

qué movimientos seguían, se dio cuenta de que el hombre era Maxwell. ¿Cómo diablos no lo había sospechado?
No terminó su actuación. Ni siquiera había llegado a quitarse la camiseta. Saltó del escenario y puso la sudadera que se había quitado sobre las piernas de Megan mientras corría al fondo. James agarró la pechera de su camisa y lo llevó contra la pared con una violencia inusual en él.

—¿Puedo saber qué coño pretendes?

—¡James para! —gritó Megan corriendo hacia ellos para separarles.

—¿Y tú? ¿A qué demonios juegas tú, Megan? —la miró como si le diera asco su atuendo y devolvió la mirada al actor.

—¿Perdona? ¿Puedo saber qué te he hecho yo?

—Cambiar a mi amiga para convertirla en una sucia viciosa. Eso es lo que has hecho.

Megan se quedó bloqueada con esa afirmación. ¿Una sucia viciosa? Ella estaba ahí medio por la fuerza.

James empujó nuevamente a Maxwell, soltándolo y, sin responder a Megan se alejó de ellos, atravesando la cortinilla para entrar en el salón.

Lanzó la toalla contra el sofá y se llevó una mano al pelo, resoplando exasperado.

—Maldita sea.

—¿Qué ha pasado? —Preguntó TJ.

James no respondió. Se acercó a la mesa a por las llaves de su coche y salió por la puerta trasera.

—Lo siento mucho, Megan. No pensaba que fuera a reaccionar así. Pensaba que se sentiría intimidado o avergonzado.

—Por eso no quiero verle estos días. Él no es el James que yo conozco.
¿Estás bien?
Él asintió con la cabeza y sin decir nada corrió al saloncito en busca de su amigo, pero éste no estaba y el resto estaban estupefactos por la reacción que acababan de ver en él.

—¿La clienta VVIP eras tú? — Preguntó Axel.

—No sé si ha sido una genialidad o un golpe bajo —murmuró Randy.

—Ha sido cosa de Maxwell. No tenía ni idea de donde me traía —se justificó ella—. ¿Dónde está?

—Iba hecho una furia. Me imagino que se habrá ido a casa.

—Lo siento.

—¿Por qué te disculpas tú? Por tu cara estás tan contenta con esto como él.

Megan salió por el escenario con dirección a su acompañante con la intención de pedirle que le llevase a casa. Deseaba de verdad que aquello fuera una pesadilla. Quizás Maxwell no tenía malas intenciones con llevarla al club, pero se había torcido todo un poco

más de lo que ya estaba.

Pasaban las dos de la mañana cuando Maxwell la dejaba en su casa. Se suponía que se iría a dormir. Eso, al menos, era lo que le había dicho pero, tan pronto como escuchó que cerraba la puerta salió. Necesitaba ver a James y que le dijera qué le había pasado. No le gustó que reaccionase así con Maxwell, pero menos aun que la tratase así a ella.

Tocó el timbre varias veces, golpeó la puerta otras tantas hasta que al fin abrió.

—¿Qué haces tú aquí?

—¿Ahora no soy bienvenida a tu casa?

—Sabes que podría no estar solo, ¿no? De hecho no lo estoy.

—No me importa, James. Vas a contarme ahora mismo qué demonios ha pasado en el club esta noche, y te vas a disculpar por lo que me has dicho.

—No pienso disculparme.

—¿Estás seguro? —Él asintió con prepotencia—. Entonces... —Megan se coló en el apartamento de James, cogió el móvil de la mesa donde siempre lo dejaba y, sin pensarlo, eliminó su número de la agenda— ...aquí se acaba nuestra amistad. —Sentenció—. Si eres capaz de ofender también deberías ser capaz de disculparte. ¿Sucia viciosa? Eran raras las veces que la había visto tan enfadada como lo estaba en ese momento. Y aún más raras eran las

horribles ganas que tenía de besarla. Pero no se contuvo. Acortó la distancia entre ellos, sujetó sus muñecas con una mano, bloqueándolas detrás de su espalda, y con la otra mano la atrajo para besarla. Aunque ella se movía para separarse, él no la soltó, juntó sus bocas y la besó intensamente, hasta que Megan se defendió, mordiéndole el labio.

—Esto... —Negó con la cabeza, mirándolo con una mezcla de furia y confusión y salió del apartamento a toda prisa.

—Maldita sea...

Se tiró contra el sofá cubriéndose la cara con las manos y resoplando. ¿Qué demonios había hecho? Megan era su

amiga. La conocía de toda la vida y no podía dejarse llevar por lo que sentía. De hecho, ni él mismo sabía lo que sentía realmente. Relamió la parte en la que Megan le había mordido y al notarlo hinchado y con sabor ferroso se recostó sobre el respaldo.

Megan cerró la puerta de su apartamento con el corazón aún a cien por hora. No sabía cómo ni por qué, pero James la había besado. Se sentía confusa, nerviosa y asustada.

Se miró en el espejo con los ojos inundados. James la había besado, pero lo peor no era eso, sino darse cuenta de que tenía sentimientos por él que no debería tener. Acababa de darse cuenta

de que le gustaba que James se enfadase cuando hablaba de otro, que le gustaba la forma en la que le había mirado cuando le hizo el numerito después de la cena con Maxwell, que... Ese beso no tenía que haber sido, ellos eran los mejores amigos y en sus planes jamás había entrado dar un paso así con él, pero le aterraba y le gustaba a partes iguales.

Apoyó la frente en el espejo y cerró los ojos, dejando que las lágrimas rodasen por sus mejillas libremente.

De pronto un golpe en la puerta la sobresaltó, y se desataron unos nervios que no sabía que podía tener. Se acercó a la entrada con las piernas temblorosas.

Eran las tres de la mañana, solo podía ser James quien llamase a esa hora.
Llevó las manos al pomo sin saber qué decirle cuando lo tuviera de frente, pero tomó una respiración profunda y abrió decidida a enfrentarse a él.

—Maxwell...

—¿Estás bien? ¿Ha pasado algo? Te vi salir a toda prisa justo cuando iba al coche a por mí móvil.
Era el consuelo personificado que se presentaba nuevamente ante ella, así que no lo pensó, se acercó a él y rodeó su cuello con los brazos.

—¿Ha pasado algo? —Preguntó de nuevo.

—No lo sé.

El actor llevó las manos a su cintura y la apartó despacio, ella tenía los ojos llorosos y se la notaba nerviosa.

—Sabes que puedes confiar en mí si quieres, ¿verdad?

—He ido a casa de James. Iba a exigirle que se disculpase por lo que ha pasado en el club, sin embargo...

—¿Sin embargo? ¿Ha pasado algo? ¿Ha vuelto a decirte algo que te haya molestado?

—No ha sido lo que ha dicho... No sé si debería decirte esto a ti... —Maxwell enarcó una ceja. Eran vecinos, y creía que también amigos—. Me ha... Me... Se tocó los labios y el actor pudo adivinar fácilmente qué había pasado.

—¿Te ha gustado?

—¿Cómo?

—Te ha besado. ¿Te ha gustado?

—¿Qué pregunta es esa?

—Sé que aun con tu edad no has estado antes con un chico —Megan se ruborizó instantáneamente. ¿Qué diablos le hacía pensar que era virgen?

—Bueno... eso no es del todo cierto...

—¿James? —ella negó.

—Él no tiene que saber todo lo que hago... Fue en el primer curso de universidad, con un compañero. Ni siquiera recuerdo como se llamaba. Bebimos más de la cuenta, sonaba una canción sugerente... y yo que sé cómo pasó. Ni siquiera estoy segura de sí pasó

en realidad o lo imaginé por el alcohol.

—¿No sabes si eres virgen? —Maxwell trató de no echarse a reír para no avergonzarla aún más de lo que ya estaba, pero ella respondió sincera.

—No tuve los síntomas que se supone que debe haber, sangre, dolor... ya sabes. ¿Pero podemos cambiar de tema?

—¿Te ha gustado el beso? ¿Te gusta James?

—No lo sé, Maxwell. Nunca antes lo había pensado. He crecido con él.

—¿Te gusta? Es una pregunta sencilla.

—¿Por qué me preguntas eso? Maxwell estoy... estoy muy confundida ahora mismo. No sé si me ha gustado ese

beso, ni sé si...
En ese momento un millar de recuerdos cruzaron su mente en un segundo. Cuando jugaban a póker él siempre la dejaba ganar, y siempre lo supo y le gustó que lo hiciera. Cuando le decía que quería verla en el club esa noche, cuando le decía que era como su talismán de buena suerte, siempre le gustó eso. Siempre le gustó que pasase lo que pasase siempre estuviera alrededor suyo, y le gustaba estar siempre en su compañía. También recordó las veces que él se durmió apoyado a sus piernas, o las veces que fue ella quien se durmió apoyada en las de él. O las mañanas que despertaron

juntos en la cama de ella o de él. Nunca, jamás, en toda su vida, había habido un solo momento íntimo entre ellos. Ni siquiera, a pesar de ser amigos toda la vida, nunca habían ido a la playa o a la piscina juntos, así que él nunca la había visto en bikini, o en ropa interior mi ella había visto de él más de lo que debiera. Recordó la forma con la que le miró mientras le hacía el numerito de seducción y sí, podía admitir que le había gustado ese beso, y mucho, pero ni siquiera por un momento pensó en nada más allá de lo que pasó. ¿Le gustaba James? No. Si. No tenía ni idea. Pero aquel beso no lo había sentido solo en sus labios, sino en todo su cuerpo y eso

sí que no lo podía negar aunque quisiera, porque aún una hora después seguía temblando.

En lugar de dar una respuesta a la pregunta de Maxwell se llevó las manos a la cara y empezó a llorar.

—Supongo que eso es que sí.

—¿Y qué voy a hacer ahora?

—Seguir como hasta ahora. Como hombre puedo afirmar, sin miedo a equivocarme que, si ha reaccionado así es porque lo tienes al límite. Y no me refiero a la parte erótica, que seguro que también. Los hombres no somos un género que sea capaz de ocultar sentimientos. Si algo nos molesta se nota, si nos gusta también se nota y si

nos excita es difícil ocultarlo. Puedo ayudarte, si quieres.

—No, Maxwell. Esto es obra tuya —dijo tocándose el pelo, tocándose la ropa y señalándose la cabeza—. Solo hace doce días pero casi no puedo recordar a la antigua yo. Supongo que le evitaré todo lo que pueda hasta que hablar con él sea inevitable. Entonces quizás me haya olvidado de este asunto y todo vuelva a ser como antes.

—Espero que no hables en serio. Eres una mujer fuerte, afróntalo. No te escondas.

Cuando estuvo un poco más tranquila el actor se puso en pie para marcharse. Se sentía culpable por haberla llevado al

club en lo que pensó que sería algo divertido. Cualquier chica de las que conocía lo habría pasado en grande teniendo a un *stripper* como James desnudándose solo para ella, pero todo había salido mal, ¡Y hasta qué punto! Le dio un beso en la frente antes de que ella cerrase la puerta y le prometió que todo se volvería un poco más negro antes de relucir como el sol, y le prometió que, pasase lo que pasase estaría a su lado.

En toda la noche a duras penas había logrado pegar ojo. Cuanto más lo pensaba más difícil se le hacía asimilar lo del día anterior. Estaba realmente molesto con ella por verla como cliente

en el club, por ver que iba acompañada de aquel tipo y por presentarse en su apartamento exigiendo que se disculpase. Estaba molesto, molesto y muerto de miedo porque ese fuera realmente el final de su amistad, pero sobre todo por ese beso que le había dado en un arrebato y por lo que no debía haber sentido.

Aunque pudiera parecer una tontería dependía demasiado de ella, y de sus atenciones y sus cuidados, y le aterraba pensar que podría perderla.

Para Megan la noche no fue muy diferente. Maxwell se fue cuando le hizo creer que estaba más tranquila y se había ido a la cama sin poder quitarse

de la cabeza a James. No sabía por qué había actuado de esa forma en el club, pero aún peor, por qué diablos la había confundido así con aquel inesperado beso.

Capítulo 8 Día 14
Aléjate de mí

Cada año los padres de Emma y James celebraban su aniversario de boda con una entrañable fiesta familiar, una fiesta a la que, obligatoriamente, debía asistir Megan, a quien ellos veían como a una hija.

En esa ocasión Emma decidió celebrar aquella mini fiesta en su propia casa, donde su madre no tuviera que limpiar o cocinar, y donde pudieran guardar

algunos recuerdos de esas fiestas que siempre disfrutaban.
Durante los años anteriores Emma había estado ausente por vivir a varios miles de kilómetros, y esos años siempre fue Megan quien los colmó de atenciones y regalos.

—No sé qué es lo que pasa entre tú y mi hermano, pero no puedes faltar —reclamó Emma mientras salían de una perfumería.
Megan miró las bolsas de sus manos buscando un pretexto con el que librarse. Lo que menos le gustaba de todo ese cambio era la situación que se estaba dando entre ella y James. Lo difícil que estaba empezando a resultar

el hecho de encontrarse con él dondequiera que fuera, el imaginar que en cualquier momento la atacaría con frases hirientes o lo peor, con una escena como la de la última vez que se vieron.

No tenía ni la más remota idea con lo que excusarse, y poner como pretexto una guardia en el hospital a esas horas no colaba, pero entonces se fijó en el anillo de su amiga.

—Este año estaréis tú y Adam. No me echarán de menos.

—Tienes obligación moral. Has estado en esas fiestas desde que eras una niña y luego casi como una hija. Claro que te echarán de menos. Y no vas a

faltar. Puedes traer a Maxwell si quieres, si eso te va a hacer sentir más segura.

—Maxwell ya ha hecho demasiado por mí, Emma. No puedo pedirle esto también.

—Pues estás de suerte porque no tendrás que pedírselo. —Sonrió traviesa —. Ya lo he hecho yo por ti.

Megan resopló. Todos en aquella familia parecían disfrutar haciéndole las cosas difíciles, obligándola a hacer cosas que no quería.

Ir con Maxwell no era, en el fondo, una mala idea, sobre todo si James iba a estar allí, y empezaba a darle miedo depender demasiado de él. Pero

tampoco podía ir sola sabiendo que él estaría allí e imaginando que tendría que fingir que todo seguía igual que siempre para no tener que dar explicaciones a lo que había sucedido entre ellos unas noches atrás. Se detuvo frente a la vidriera de un escaparate mirándose los labios y recordando la sensación de haber sido besada de aquella manera. Sintió un escalofrío al recordar la forma en la que James la había asaltado, como sujetó sus manos en la espalda y el roce de sus labios. ¿Sería así como se sentían aquellas chicas que se acostaban con él?

—Acuérdate de estar allí a las siete. —Dijo Emma, sacándola de sus pensamientos. Megan parpadeó con

fuerza sacudiendo la cabeza levemente, como queriendo expulsar aquellos pensamientos—. No me importa si vienes sola o acompañada, pero no te perdonaré jamás si decides no venir al aniversario de mis padres.

—Allí estaré, ¿Vale?

Emma le había dicho que fuera con el actor, pero no pretendía ir con él, aunque ella ya se hubiera encargado de informarle de esa fiesta. Si le necesitaba a su lado para no enfrentar a James sería cada vez peor y llegaría un momento en el que dependería de él para cualquier cosa que fuera a hacer, como había pasado con James hasta hacía únicamente dos semanas.

Una hora antes de le hora acordada, Emma la llamó para recordarle que no podía faltar con el pretexto de aconsejarle modelito, algo muy típico de ella. Y siguiendo sus sugerencias sobre qué ponerse, eligió un vaquero ajustado con una camiseta de tirantes rosa pastel y una blusa blanca, los zapatos iban a juego con la camiseta y en cuanto al peinado optó por dejarlo suelto. Se maquilló como Emma le había enseñado y fue a casa de los Holden pensando en qué decirle a James si éste le decía algo.

—¿Tenías una invitada? —Preguntó la señora Holden a su hija—. Te pareces mucho a la novia de mi hijo.

—Mamá —dijo James, mirando a

Megan—. Ya sabes que no pienso eso de ella. Ella no es más que una buena amiga.

—Di lo que quieras —respondió la mujer, acercándose a Megan para abrazarla como si la conociera de toda la vida—. No es muy usual que mis hijos traigan invitados a una celebración tan personal, pero bienvenida.

Emma y Megan empezaron a reír sin que Laura supiera de qué.

—¡Oh Dios mío...! ¡Oh Dios mío! ¡Dios mío...! ¡Cariño ven! —gritó de pronto llevándose las manos a la boca y mirando a Megan de arriba a abajo con sorpresa.

Cuando el hombre llegó a la entrada

miró a la recién llegada, a su hija y a su mujer sin entender qué era lo que pasaba. Igual que ella no había reconocido a Megan, sin embargo no entendía por qué su mujer le había llamado tan alarmada.

—Buenas tardes, Jacob —saludó Megan con una sonrisa.

Él la miró tratando de recordar dónde diablos había visto antes a esa chica, pero de pronto se dio cuenta de que era ella. Casi como si hubiera sido un patrón a seguir, reaccionó igual que su mujer.

—¡Santo cielo! —exclamó acercándose a ella.

Tomó una de sus manos y la hizo girar

mientras ambos la miraban completamente asombrados.

—Estás preciosa —Dijo Laura apartando a su marido para abrazarla nuevamente, esta vez un poco emocionada—. Y este color de pelo...

—Eso fue idea de... ¿Maxwell? —preguntó frunciendo el ceño al verlo aparecer sonriente.

—Sabía que no le llamarías y le dije que viniera aquí directamente.

—¿Acaso preferías venir sola? —preguntó el actor.

—¿Qué me pierdo? —Laura no entendía nada.

—Él y Megan son vecinos, son amigos y espero que pronto sean algo

más —bromeó, haciendo que nuevamente Megan frunciera el ceño. Emma agarró el brazo de su madre y dejó a los dos invitados en la entrada para que hablasen a solas.

—¿Lo siento?

—No lo sientas Maxwell. Soy yo quien ha actuado mal. Emma me había pedido que viniera contigo pero no quería depender de ti con esto también. James los miraba desde las escaleras que daban al piso superior sin que ninguno de los dos se percatase de que estaba ahí. No entendía cómo demonios su amistad había llegado a ese punto, ellos habían sido vecinos durante al menos un par de meses y prácticamente

no habían hablado, no podía entender que se llevasen tan bien en solo dos semanas, y lo peor no era eso, sino poder ver las intenciones de ese tipo cada vez que la miraba.

Se recostó sobre los escalones para poder escuchar la conversación, pero su padre les llamó desde el jardín para enseñarles algo de su cuñado y resopló frustrado al ver como ambos se alejaban con una sonrisa cómplice.

Por un momento un pensamiento enfermizo cruzó su mente: ¿Y si Emma tenía razón y alguna vez pasaban a ser algo más que vecinos? Se puso en pie a toda prisa y también él fue al jardín, cruzó las puertas correderas y se sentó a

un lado como si con él no fuera la cosa. Adam y Jacob jugaban una partida de póker mientras Emma y Megan se situaban detrás de cada uno para dar pistas al otro sobre si debía ir o no con esa mano.

—A ver —empezó Adam minutos después mirando a su mujer—, Megan es más experta que tú. Cámbiate por ella.

Jacob se levantó deprisa y abrazó a la invitada para que se negase a ponerse con Adam. Ambos eran buenos con las miradas y ella prácticamente sólo debía alzar una ceja para que Jacob supiera si debía ir o no, todo lo contrario que Emma, que miraba las cartas sin

terminar de saber si la mano que tenía su padre era buena o no.

—¿Mejor sabes qué? Apuesto a que mi padre se muere por echar una partida con ella —rió, tirando del brazo de su marido y dejando la silla libre para Megan, quien no dudó en sentarse.

—Prepárate, Jacob. Yo no soy tan fácil como Adam. Las siguientes veinte manos las gano yo —rió.

—Ni lo sueñes. Las ganaré yo. ¿Qué te apuestas?

—Dedo... frente... —dijo haciendo un gesto con los dedos.

—¡Hecho! Pero prepárate, que por muy bonita que estés ahora no te voy a perdonar una.

—Lo mismo digo —respondió ella con aire de batalla.

Todos se echaron a reír al verlos.

De no saber que Megan y los Holden no tenían parentesco alguno, Maxwell habría pensado que eran padre e hija y en cierto modo se sintió mal al saber que ella no pudo disfrutar de esa forma con su padre.

—¡Has perdido otra vez! —gritó Megan emocionada, soltando las cartas sobre la mesa e inclinándose sobre ella para abrazar a Jacob. Todos sabían lo que venía después y estallaron en risas.

«*Céntrate. Con otra ropa, con maquillaje o con otro pelo es la misma de siempre...*». Pensó James al verla reír

mientras daba con los dedos en la frente de su padre. Se arrepentía de haberla ofendido en el club, y de haberla besado, pero sobre todo, por no poder quitársela de la cabeza. Hiciera lo que hiciera Megan se colaba a todas horas en sus pensamientos.

—Vas a gastarla si sigues mirándola así, tío —dijo Adam discretamente.

—¿Cómo?

—Megan.

—No la miraba a ella. Solo estaba pensando en algo —mintió.

—Son como niños. Míralos, lo pasan en grande.

—¿Es buena con el póker? —preguntó Maxwell a Laura mientras los

observaban desde la distancia. James se sentaba cerca de su madre y no dudó en anticiparse y responder por ella.

—Ha crecido conmigo. La mayor parte de su vida ha estado a mi lado y rodeada de la pandilla. Claro que es buena con el póker.

—Entiendo... —el actor sonrió sin que James supiera el motivo de ese gesto, pero Maxwell acababa de entender que, el que la hiciera verse tan cercana a él no era más que una forma de posesión, algo así como un "ella es mi amiga, aléjate de ella".

—Es maravilloso el cambio que ha dado —dijo la mujer sin más—. No sé qué le hizo cambiar así pero sus padres

estarían orgullosos de verla como a una mujer. ¡Santo cielo! No quería decirlo así —Exclamó espantada por haberlo dicho de aquella forma, pero Maxwell sonrió.

—Ya sé a lo que se refiere. Hace un par de meses que nos conocemos y siempre me pregunté cómo sería vestida con otra cosa. Hace un par de semanas la escuché llorar desconsoladamente en su apartamento —después de decir eso miró a James, quien la miraba inexpresivo—. Al parecer alguien a quien ella apreciaba de verdad le hizo daño con algo que dijo y Megan decidió hacer algo para arreglarlo. Pasamos una maravillosa tarde de compras su hija,

ella y yo, y...

—¿Alguien a quien ella apreciaba, dices? —Maxwell asintió y Laura miró a su hijo con el ceño fruncido, como si hubiera podido adivinar de quien se trataba.

James no quiso ni seguir escuchando ni ser sermoneado por su madre, así que se levantó y entró en la casa para perderlos de vista, sobre todo al actor, a quien cada vez soportaba menos.

La velada avanzaba entre risas y bromas, y pronto alguien pidió a Megan que hiciera el postre de fresas que tanto les gustaba. En realidad era una tontería, algo que podría hacer cualquiera pero que Megan preparaba con un toque

personal que nunca confesó a nadie.

—Ve con ella... —dijo Emma al ver que Maxwell miraba en dirección a la cocina.

—No yo...

—¡Vamos! Seguro que agradece un poco de ayuda.

El actor se levantó con una sonrisa y fue con Megan.

—Que bien huele... —murmuró poniéndose la mano en la espalda a modo de aviso de que estaba ahí.

James corrió a la cocina tan pronto como vio que Maxwell entraba con ella. No soportaba verlos juntos, pero tampoco podía dejar de hacerlo. Debía evitar a toda costa que ese tipo hiciera

algo indebido. Se apoyó en el marco de la puerta de forma silenciosa y los observó mientras estaban de espaldas.

—¿No sabías que mi mousse de fresa es famoso en todo el mundo? —bromeó con una risa nerviosa.

—¿En qué te ayudo?

Años atrás era él quien le ayudaba a preparar su delicioso mousse, pero ahora todo era distinto. Ella era distinta, su acompañante era distinto y lo más importante: sus sentimientos.

—Puedes... Puedes sentarte y mirar. A lo mejor aprendes a hacerlo y puedes sorprender con una habilidad distinta a tu futura mujer.

No podía. No podía ver como se

comportaba así de amable con él, como era la maldita Megan de siempre pero con otro tipo. Debía controlar que no se propasase con ella, pero le resultaba terriblemente molesto verlos tan cercanos. Así que salió al jardín con su padre y su cuñado.

Emma y su madre habían aparecido ahí justo cuando James se marchaba y, contrario a lo que había hecho él, ellas entraron en la cocina.

—¿Y bien...? ¿Qué piensa nuestro famoso actor de nuestra querida Megan? —preguntó la señora Holden

—Que es una chica alucinante. Es fuerte, es sensata, es una excelente compañía, y es muy guapa.

—¡Ya vale! ¡Me vais a poner colorada!

—Sabes que todos lo pensamos.

—Pues prefiero que solo lo penséis. Si lo decís de esa manera...

—Sigue siendo la niña tímida de siempre. —Se acercó y la abrazó con fuerza—. El hombre que consiga tu corazón será muy afortunado —le dijo la mujer, habiendo tomado su cara entre las manos.

—Gracias, Laura. Pero ahora necesito que salgáis. Los tres. Necesito darle mi toque al postre.

Colocó las manos en sus espaldas y guió tanto a su vecino como a su amiga y a su madre hacia afuera. Su toque era

realmente una tontería, pero era algo que había visto hacer a su madre cuando era pequeña y no había podido olvidarlo.
Como prometía por el olor y por el aspecto, el mousse de Megan estaba delicioso, y tardó un santiamén en desaparecer de los vasitos. Durante los siguientes treinta minutos, el famoso toque secreto de Megan se convirtió en todo un debate. Jacob decía que era vainilla, Laura decía que había caramelizado el azúcar, Emma decía que llevaba licor... Y Megan no quiso que la interrogasen como hacían siempre, así que agarró la mano de Maxwell y entraron en la casa.
Megan le mostró algunas fotografías de

cuando eran pequeños, incluso en una de ellas aparecían sus padres.

—No he visto fotografías en tu apartamento...

—Ni las verás. Quizás soy rara en ese sentido, pero no quiero tener fragmentos del pasado decorando el sitio en el que planeo mi futuro.

—¿Ni siquiera una foto de tus padres?

—Maxwell, tener una fotografía de ellos cerca significa recordarles, y recordarles no sería nada malo si ellos aún estuvieran aquí. Se fueron, y yo nunca me olvidaré de ellos, pero necesito mirar hacia el futuro, no hacia el pasado.

—Me gusta mucho esa manera de pensar. Creo que tienes razón en lo de lo de los fragmentos del pasado. Es como si fueran cadenas impidiéndote avanzar.

—¡Sí! ¡Exactamente así es como lo siento!

Ambos se miraron y sonrieron ante ese momento en el que sus pensamientos iban en la misma dirección.

Siguieron viendo fotos hasta que Maxwell se detuvo en una en particular: La boda de Emma y Adam.

—En la agencia me han insinuado que ya va siendo hora de que me case.

—¿Qué te cases? ¿Sales con alguien?

—Últimamente estoy viendo a alguien... —dijo Maxwell, poniéndose

serio—, ¿has pensado...?
James, que llevaba rato sin quitarles el ojo de encima, sintió como una oleada de pánico se apropiaba de su cuerpo. Aquel tipo estaba a punto de proponerle algo, a ella, a su Megan, y lo peor era que, o no se estaba dando cuenta, o estaba siguiéndole el juego. No podía permitirlo, no podía permitir que terminase todo de esa manera.

—Hola.

Megan se giró. James se colocó a su lado.

—¡James!

—Llevas casi cuatro horas con ella, supongo que no te importará que te robe a Megan un momento, ¿me equivoco?

—Bueno, yo… estaba hablando con ella.

Megan abrió los ojos de par en par al notar como James rozaba su cintura con los dedos.

—Solo serán un par de minutos.

—Seguro que puede esperar —dijo ella frunciendo el ceño.

—Claro, adelante. —Maxwell la miró y asintió, como si supiera de lo que quería hablar con ella.

James agarró su brazo por el codo y tiró de ella hacia el pasillo. Megan miró a Maxwell y murmuró una disculpa que el actor aceptó con una sonrisa radiante.

—¿Qué estás haciendo, James? Suéltame.

—No. Tengo que hablar contigo, y tengo que hacerlo ahora mismo. —Espetó James—. Con mis padres y la alcahueta de mi hermana no puedo hacerlo aquí y necesito hablar contigo en privado. Dónde... por aquí, ven. —Indicó, y abrió la puerta, llevándola consigo al callejón que había entre la casa de Emma y la de sus vecinos.

Megan se sentía frustrada.

—Será mejor que sea algo importante, me has traído prácticamente a rastras —se quejó ella al detenerse, mirando a su alrededor la oscuridad que los rodeaba.

El aire parecía soplar con más fuerza ahí que en el jardín.

—¿Te has dado cuenta de lo que ese tipo estaba a punto de decirte? —Recriminó James, empujándola hacia la pared de su hermana—. Tienes suerte de que estuviera por allí.

—¿Cómo dices? —replicó ella con estupor.

—Ya me has oído. Ese tipo estaba a punto de tirarte los trastos —dijo James, con un tono que ella no alcanzó a identificar—. Se las sabe todas. Tú no habrías sabido negarte a ese montón de mentiras sobre su agencia y esas cosas.

—¿Y cómo diablos sabes que iban a ser mentiras? —Preguntó Megan cruzando los brazos a la altura de su pecho, pero James se encogió de

hombros—. Muy bien, de acuerdo, puede que quisiera «tirarme los trastos», ¿y qué? No me parecería mal si lo hiciera.

—¿Estás hablando en serio? —Replicó James, apretando los dientes—. Esta sí que es buena, ¿yo me comporto como un loco posesivo por protegerte y lo único que se te ocurre decir es que no te parecería mal si lo hiciera?

—¿Protegerme? —Preguntó ella, con un gesto de incredulidad—. ¡Vamos, por favor! Protegerme... Soy una mujer adulta, por si no te has dado cuenta. Soy perfectamente capaz de tratar con un hombre que tiene en mente algo más que un beso forzado.

—¿De verdad? —Replicó James con sarcasmo—. Tiene gracia. Ahora mismo creo recordar a cierta mujer «adulta» temblando como una niña después de ser besada por un tío. —Dijo, con los ojos inyectados en sangre—. ¿O son imaginaciones mías?

—Vale, quizás me falta un poco de práctica, pero estoy convencida de que Maxwell podría ayudarme con eso como lo hizo con mi metamorfosis.

—Y una mierda, Megan —gruñó James—. No importa lo que digas, no sabes dónde te estás metiendo. Estás mal de la cabeza, ¡ni siquiera conoces a este tío!

—¡Claro que lo conozco!

—¿Después de dos semanas? —preguntó James, dando un paso adelante, altivo—. Entonces dime, ¿cuál es su comida favorita? ¿Y su película favorita? ¿Y su música preferida? Megan se acercó a él enaltecida, acortando aún más la distancia que les separaba.

—Maxwell no es como tú, ¿sabes? Él no tiene nada que ver contigo. —Dijo tocando su hombro con un dedo—. Maxwell no es un loco de los coches, ni es un fanático del nudismo, ni piensa solo en el... —Se interrumpió para no seguir por ese camino—. Su comida favorita es la *fideoua*. Su película favorita es *Tangled* y su música

preferida es…
James frunció el ceño, pero rápidamente la interrumpió:
—¿Y en la cama? ¿Qué tal es en la cama?
Megan se quedó helada por aquella pregunta.
—¡¿Cómo dices?!
—Oh, claro… ahí no puedes compararnos —dijo James con una sonrisa astuta—. Aunque puede que te dé una idea de lo que prefiero, así tendrás dónde comparar cuando ese tipo decida ir al grano.
Antes de que pudiera moverse, James tomó su cara entre las manos y la bloqueó con su cuerpo besándola

violentamente. Con esfuerzo sobrehumano, Megan se separó de él, empujándolo hacia atrás.

—¡Cómo te atreves! —exclamó dándole un bofetón, con la respiración entrecortada y acusándolo con la mirada.

James ignoró el golpe, había sido tan suave como una caricia, como si no quisiera hacerle daño, solo avisarle. También a él le costaba respirar, pero poco a poco lograba controlarse y no dejarse llevar para no volver a repetir lo mismo.

—En tu vida, y escúchame bien, James, en tu vida vuelvas a hacer eso. Me importa una mierda que te pueda la

fiera de tus pantalones. —Dijo, apretando los dientes. Su voz vibró de la misma forma en la que lo hizo tras su primer beso—. Cuando quiera besar a alguien, no lo haré por rabia, o por frustración, o por lo que sea. Cuando quiera besar a alguien será porque lo deseo, pura y llanamente. ¿Te queda claro?

—Queda claro, sí.

—Mejor. —Respondió Megan, y sin decir nada más llevó las manos a su cara, se puso de puntillas y tras cerrar los ojos le besó apasionadamente.

Si pensaba que podía controlar las sensaciones que le provocaba el contacto de sus labios en los suyos, se

equivocaba.
Pensó, vagamente, que estaba intentando dejarle claro lo que acababa de decir, pero en aquel momento solo podía aferrarse al hecho de que necesitaba sentir su boca, sus brazos, su cuerpo entero. James se quedó completamente petrificado y sin poder reaccionar durante unos segundos. «Cuando quiera besar a alguien será porque lo deseo». Repitió él mentalmente. Luego respondió con un abrazo, tomándola por la cintura, estrechándose contra ella. Trazó con la lengua el perfil de los labios de Megan y luego la deslizó dentro de su boca, para saborearla. Aun sabía a las fresas de su delicioso

mousse. Megan sintió como si un rayo de calor, pasión y excitación la atravesara de arriba a abajo. No podía pensar en nada, solo podía dejarse llevar. James la empujó contra la pared, llevó las manos a sus nalgas y las apretó, elevándola. Megan se aferró a sus hombros y separó las piernas para rodearle con ellas. James le acarició la cintura por debajo de la ropa, poco a poco, dulcemente, haciéndole sentir las yemas de sus dedos, como si trazaran una senda de fuego que aumentaba su pasión.

—Megan —susurró él, con la respiración entrecortada, bordeando con besos su mandíbula y bajando por su

cuello lentamente. Ella se apretó aún más contra él para sentir su presión en los senos.

—James —respondió ella, guiándolo de vuelta hacia sus labios.

El nuevo beso fue largo, dulce, cálido, pero no menos apasionado. Metían y sacaban la lengua en sus bocas, en una insinuación de lo que ambos deseaban hacer.

—¿James, Megan, estáis ahí?

Megan dio un respingo mientras él la soltaba y se separaba de ella, retrocediendo hasta la pared del vecino a unos metros de ella. Emma se asomó, con curiosidad.

—¿Estáis bien? ¿Ha pasado algo?

—Volvemos en un momento —dijo él, moviendo una manos para que su hermana viera donde estaban—. Estoy contándole algo que me ha pasado en el club esta tarde —mintió. Su voz era ronca, casi ahogada.

—Tranquilos. Es solo que hace un rato que no se os ve y Adam pensaba que os habíais marchado —dijo Emma, y volvió a entrar en casa.

Megan lo miró con un brillo en los ojos.

—James, deberíamos hablar sin interrupciones.

—Esto no tiene sentido —dijo él, negando con la cabeza pero volviendo a su lado y besándola de nuevo sin dejar de hablar—. ¿Y si vuelve Emma? ¿Y si

pasa algún otro vecino? ¿Qué vamos a decir?

—¿Qué tal decirles que en la oscuridad y la intimidad de este callejón hemos encontrado el sitio perfecto para hacer el amor? —dijo ella, y se echó a reír, aunque dejó de hacerlo al darse cuenta de que era eso precisamente lo que acabarían haciendo si no se detenían a tiempo. Sin embargo, tuvo una nueva idea: ¿y qué? ¿Qué importaba ya nada? Ella lo quería, ambos lo querían, sino no habrían llegado a ese punto; y buscó de nuevo sus labios. James, sin embargo, se separó de ella y retrocedió.

—Lo siento. No... No puedo hacer esto. Esto no tiene sentido.

Ese rechazo fue para ella como un jarro de agua fría. Como si él hubiera estado sujetando su mano para que no cayera por el precipicio pero de repente la soltase.

—¿Hacer qué? —preguntó ella.

—Esto. Es una estupidez —respondió él—. Solo somos amigos. No estamos liados, ni... —Acortó los centímetros que separaban sus bocas y volvió a besarla—. Cariño, esto no lleva a ninguna parte.

—Oh si... —murmuró ella, devolviéndole el beso—. Una estupidez.

—Si lo dejamos así, como está, estoy seguro de que con el tiempo olvidaremos todo esto —dijo y la besó

de nuevo, larga y pausadamente.

—Con el tiempo... —respondió ella cuando pudo, sin saber muy bien por qué le seguía la corriente.

Luego, James se separó unos pasos, y se apoyó nuevamente contra la pared del frente.

—Vale. —Soltó de pronto después de tomar una bocanada de aire. Luego cerró los ojos y al cabo de unos segundos volvió a hablar—: Ya está. Decidido. Aléjate de mí. Entre tú y Maxwell parece estar empezando algo. Yo no tenía que haber llegado tan lejos, pero no he podido evitarlo. Supongo que el querer protegerte siempre me ha llevado a actuar de esta forma. Pero te juro que

no va a volver a repetirse y que en cuanto volvamos adentro me olvidaré de todo lo que ha pasado.

—James, ¿puedo saber de qué demonios estás hablando?

—Es fácil, cariño. He estado confundido con este cambio tuyo y durante muchos días no he podido pensar en otra cosa. Pero esto no puede ser. Así no vamos a ninguna parte. Eres mi mejor amiga y quiero que siga siendo así. Así que, por favor, por el bien de los dos, mantente lejos de mí.

Y con estas palabras, se dio la vuelta y se dirigió a la entrada de la casa y dejándola completamente sola en aquel callejón oscuro.

Megan se apoyó en la pared con los ojos cerrados. Respiró profundamente antes de analizar lo que acababa de pasar. Pasaron diez minutos hasta que reuniera fuerzas para entrar, no por Emma, o por Adam, o por Laura, Jacob o Maxwell... Sino por James. Últimamente era él quien peores ratos le hacía pasar y aquel acababa de ser uno de ellos.

—No sé. No tengo ni idea. —Murmuraba Jacob—. Megan, ¿Qué es eso que le ha pasado en el club? ¿Es serio?

—No lo sé. Iba a contármelo cuando ha aparecido Emma —disimuló—. Pero no debía serlo porque ha terminado contándome la aventurita que tuvo hace

unos días con una amiga de pechos enormes.

—¿Rebecca? —preguntó Maxwell con los ojos de par en par, ella asintió.

—Debería empezar a tratarte como a una mujer, no como a uno más de sus amigotes —dijo Jacob.

—No os preocupéis. Estoy acostumbrada a sus aventuritas —sonrió, aunque de un modo extraño del que el actor se percató—. Ya se ha hecho tarde. Creo que debería marcharme.

—Nos ha encantado verte así —dijo Jacob acercándose para abrazarla. Su mujer asintió con la cabeza antes de apartarlo y ser ella quien la estrujaba

entre los brazos.

—Tus padres estarían orgullosos de ver este cambio.

—Vamos, mamá. ¡No la entretengáis más! —Se quejó Emma apartando a sus padres con una sonrisa y guiándola hacia la entrada—. ¿Quedamos mañana? —Megan asintió y después de una leve despedida se alejó de ella.

Maxwell y ella habían llegado por separado, aun así, al ver como se alejaba sin más fue tras ella.

Caminó al lado suyo en completo silencio, entendiendo que lo que necesitaba era asumir lo que fuera que hubiera pasado entre ellos.

Al pasar cerca del Ferrari de Maxwell

Megan se giró para mirarle, pretendiendo que él se quedase ahí mientras ella volvía a pie. Su apartamento quedaba un poco lejos, pero ir a pie podría ayudarle a quitarse de la cabeza al maldito de James. Pero cuando se alejó del deportivo, el actor volvió a ir detrás de ella. La sujetó por los hombros y la guió hacia el deportivo. Abrió la puerta de copiloto y la obligó a subir, agachándose a su lado para ajustarle el cinturón de seguridad mientras ella lo miraba.

—No voy a preguntarte qué ha pasado porque puedo hacerme una idea, por la cara con la que ha vuelto él y por la tuya. ¿Estás bien?

—No, Maxwell. No estoy bien. Odio que me hagan sentir estúpida. —Megan esperó que le preguntase el motivo por el que la había hecho sentir así, pero al ver que no se interesaba bajó del coche.

—¡Hey! —Exclamó corriendo a su lado y frenándola de un brazo.

—Déjame, Maxwell. Ni siquiera te interesa.

—¡Claro que me interesa! Es solo que no quería hacerte recordar algo que te hace sentir mal...

Llevó una mano a su nuca y la pegó a su hombro para abrazarla. Podía saber perfectamente como se sentía no solo porque hubiera actuado escenas así, sino porque él mismo se había sentido así

años atrás.
Agarró una de sus manos con firmeza y la llevó de vuelta al coche. No iba a dejar que volviera a pie, por la hora, por su estado, y porque no le daba la gana.
Cerca de su apartamento había un local famoso por su ambiente tranquilo. Aun no era demasiado tarde y pensó que podría ayudarle a despejarse de lo que fuera que había pasado entre ellos, así que, tan pronto como aparcaron en su edificio sujetó su mano y tiró de ella encaminándose hacia allí. Megan parecía haberle leído el pensamiento con respecto a ir a alguna parte y no dijo nada, solo dejó que la guiase.

A diferencia de otros sitios famosos, en este no había que esperar cola ni había que pasar el visto bueno del gorila de la entrada. Al abrir la puerta Megan miró el local con una sonrisa leve: Era un sitio realmente tranquilo, la música Chill out sonaba de forma que permitía hablar sin gritar. La iluminación era oscura, con luces negras que hacían que las bebidas parecieran fluorescentes.

—Nunca había entrado aquí.

—Yo tampoco. Lo conocí por una compañera de la agencia y supe por internet que estaba así de cerca.

Se adentraron hasta una de las mesas vacías y el camarero no tardó en ir a cogerles la orden.

—No te pregunté antes porque no quería molestarte. No sabía que te enfadarías por eso.

—Supongo que en ese momento aún estaba demasiado confundida.

—¿Y después de media hora ya estás bien? ¿Quieres contarme qué es lo que ha pasado?

—Es fácil. James me ha... Nos hemos besado. Te juro que nunca había sentido nada como eso. Pero luego me ha dicho que me aleje de él, que solo somos amigos y que quiere que todo vuelva a ser como antes y que...

—James es un tipo muy guapo, y parece ser muy simpático y agradable, pero no es un chico listo en absoluto.

¿Pensaba que después de decirte eso irías corriendo con él moviendo la cola como hacías antes?

—¿Me estás llamando perro? —Preguntó con los ojos abiertos de par en par.

—No. Yo no he dicho eso. Pero creo que vuestra amistad bien podría ser como la de un hombre y su mascota, bailando al son que él marca, haciéndole caso aunque no te apetezca, siguiéndolo dondequiera que vaya. Dime, ¿he dicho algo que no fuera así? —La comparación era un tanto extraña, pero tenía razón. Siempre había sido exactamente así con James, hasta el punto en que dependía completamente de

él—. No estaba comparándote con un perro, sino el símil que hay entre vuestra relación y...

—Relación... —murmuró bebiendo de un sorbo su delicioso coctel de fresa, el segundo desde que habían llegado.

Maxwell siguió hablando acerca de lo que le parecía James y su relación. Y en algún momento de la conversación perdió el hilo de lo que hablaba. Sabía que decía algo, pero no era capaz de entender sus palabras. Lo miraba como si estuviera atendiendo a lo que le decía pero pensando en lo que había sucedido en aquel callejón.

Odiaba que James la hubiera besado días atrás, pero lo de esa noche era

imperdonable. Era imperdonable que la hubiera hecho sentir de ese modo, era imperdonable que la hubiera besado como lo había hecho y que luego la apartase como si nada. Era imperdonable que le hubiera hecho darse cuenta de que había sentimientos en ella que ni siquiera conocía. Pero parte de culpa también era de ella, por no haberse marchado cuando la arrastró al callejón, por haberse ofrecido tan voluntaria a aquellos besos y por no haberle callado de otra forma cuando empezó a hablar acerca de alejarse. Llevaba demasiadas copas y por más que Maxwell tratase de frenarla, la única cosa que consiguió hacer para que

se detuviese fue ponerla en pie y obligarla a salir del local. Ocho copas podían no ser mucho para otras personas, pero Megan no parecía poder caminar más de dos pasos sin tropezar consigo misma, así que el actor se agachó para que subiera en su espalda, pero ella se negó, y terminó cogiéndola en brazos.

—No vas a poder entrar —murmuraba tocándole la mejilla con la punta de la nariz—. Uno cero cero siete cuatro dos y tecla verde—dijo. Maxwell supo rápidamente a qué se refería.

—Si eres capaz de recordar la contraseña de la cerradura, deberías recordar cómo se camina. Pesas un

poco, ¿lo sabes?

—Uno cero cero siete cuatro dos y tecla verde.

—Sí, creo que me ha quedado claro.

—Uno cero cero siete cuatro dos y tecla verde.

—Me pregunto si serías capaz de decirme con esa facilidad tu número de teléfono —sonrió.

Al llegar a la puerta de su apartamento Maxwell iba con la lengua fuera. Aunque en las películas siempre parece muy sencillo, llevar en brazos durante quince minutos a una chica de cincuenta y pico kilos le había dejado agotado y con los codos adoloridos. La dejó en pie, apoyada en el marco de la puerta y

tras introducir el código que tantas veces había repetido desde que habían salido del local la llevó al dormitorio. La dejó con cuidado encima de la cama y le quitó los zapatos, dejándolos a un lado.

—Buenas noches, Megan.

—¡No te vayas! —Exclamó, sujetándose a una de sus manos y mirándolo con ojos suplicantes.

—Yo no soy James. No voy a quedarme y a dormir a tu lado como si fueras un mueble. —No sabía por qué estaba molesto pero tomó aire y lo soltó lentamente—. ¿Por qué no descansas y mañana vamos a algún sitio para que te despejes?

—¿Puedes quedarte solo hasta que me duerma? —preguntó—. Odio estar sola. Odio que todo el mundo tenga a alguien a su lado menos yo.

—No puedo. Lo siento, Megan. Creo que deberíais hablar James y tú. No me gusta, y me gusta aún menos como te trata, y todavía me resulta más desagradable ver como dependéis uno del otro de esa manera y que, aun siendo así os hagáis daño de esa forma. Deberías hablar con él.

—Me ha pedido que me aleje. No pienso acercarme a él aunque me lo ruegue. Ya no —hizo un puchero, se cruzó de brazos y se giró, dándole la espalda.

—Creo que has bebido demasiado. Duérmete, anda. Me iré cuando te duermas.

Maxwell no era como James, y estaba lejos de parecerse, por lo que, en cuanto se dio cuenta de que estaba durmiendo se acercó a ella, le dio un beso en la mejilla y se marchó, apagando la luz al salir.

Megan le gustaba, no estaba enamorado de ella pero le gustaba, le gustaba su compañía, lo fácil que resultaba hablar con ella y saber que, aun estando herida, era capaz de ser amable con otros.

Sonrió al cerrar la puerta y pensar en lo mucho que le gustaría tenerla siempre cerca.

Capítulo 9 Día 21
Te echo de menos

Una semana, ese era el tiempo que había pasado desde su último encuentro. Megan había pasado un par de días con el recuerdo del incidente de ese callejón cada vez que cerraba los ojos, pero había decidido hacer a un lado todo lo relacionado con James, total, había sido él quien le pidió en más de una ocasión que se alejase de él. Lo sentía, y mucho, porque realmente le echaba de menos, porque se había dado cuenta de que no

solo le gustaba sino de que le quería, pero sobre todo, porque sus días no eran nada sin él alrededor como siempre.
Pero no había más remedio, ella no pretendía dar marcha atrás en su situación y, si él no quería asimilarlo, no podía hacer nada.
James había pasado por un infierno de semana. Había sido difícil olvidar su primer beso, pero aquello era muy distinto. Ahí no había besos que borrar, sino sentimientos reales, el hecho de que sentía algo por ella más grande de lo que estaba dispuesto a reconocer, y no era dependencia como le diría Emma, él dependía de ella, eso lo sabía cualquiera que les conociera. Esos días

había decidido llevar a cabo la petición de mantenerla alejada, pero eso incluía no solo alejarla físicamente, sino mentalmente, algo de lo que era completamente incapaz.

Aquella mañana Maxwell había salido a correr como tantas otras; se había colocado su gorra, sus gafas de sol y su ropa cómoda para ello. Llegando al paseo marítimo un coche empezó a llamar su atención con toques de claxon. Siempre ignoraba, en la medida de lo posible, a todos aquellos que le llamaban, fuera como fuese, pero le resultó familiar quien conducía aquel coche.

—Vaya, vaya. Pero a quién tenemos

aquí... —se detuvo, quitándose las gafas y sonriendo.

La chica que había en el coche no solo era colega de profesión, además habían estado saliendo una temporada a espaldas de sus agencias. Pese a haber roto, seguían siendo muy buenos amigos.

—No sabía si eras tú. No sabía que estabas en Los Ángeles. Pensaba que estarías rodando la nueva película.

—No he confirmado aún. ¿Me dirás qué haces aquí?

—Estoy de vacaciones. Sube.

Maxwell no lo dudó, rodeó el coche y se sentó en el asiento de copiloto después de que la chica quitase su bolso, su móvil y la cámara de fotos.

La miró de reojo unos segundos y, sin poder evitarlo, una sonrisa se dibujó en su cara.

—¿Tengo algo? —la chica se llevó una mano a la mejilla sin apartar la mirada de la carretera.

—No es nada. Es que he ayudado a una amiga a cambiar su estilo y acabo de acordarme que también te ayudé a ti.

—¿A una amiga? —Victory sonó un tanto celosa y Maxwell sonrió.

—Una amiga. —Aclaró—. Llevábamos siendo vecinos más de dos meses y nunca habíamos hablado, pero hace tres semanas la escuché llorar a través de la pared y no pude evitar ir a preguntarle.

—¿Y te encontraste a una chica que necesitaba un nuevo estilo de peinado?

—¿Nuevo estilo de peinado? Lo que necesitaba era una metamorfosis. Un cambio completo de los pies a la cabeza. —La muchacha lo miró un segundo con el ceño fruncido, como si Megan hubiera sido un esperpento y él se hubiera empeñado en cambiarla—. En realidad ella ya era preciosa antes del cambio: rubia, unos ojos azules alucinantes, buena figura y con una cara... Pero era un auténtico desastre con la ropa. Vestía como un chico, con prendas no solo pasadas de moda, sino grandes y gastadas. Su pelo era una calamidad, ni siquiera sabía cómo usar

un pintalabios... Al parecer ha estado toda su vida con su pandilla de amigos, todo chicos, e hizo una apuesta con uno de ellos.

—¿Una apuesta? ¿Has conseguido cambiar su estilo aunque fuera un poco?

—En una sola tarde. Ella no era como tú, que te pensaste mil y una veces cualquier cosa que te sugerí. Ella era reacia a tacones o a vaqueros ajustados, pero se enamoró de sí misma en cuanto se encontró en el reflejo. Y tenías que ver la cara de su amigo cuando la vio en el restaurante al que la llevé. Me miraba como si me quisiera matar. —Se detuvo antes de seguir al ver hacia donde le llevaba.

La muchacha aparcó el coche frente a los jardines de una mansión y bajaron de él mientras Maxwell miraba boquiabierto el caserón. No es que él no pudiera permitirse uno así, incluso podría tener una docena de mansiones como esa, pero le sorprendió que Victory pasase sus vacaciones en una casa tan poco discreta, sobre todo siendo que él estaba pasando su tiempo de descanso en un apartamento tan sencillo como era.

—Ésta noche hay una fiesta. No he invitado a mucha gente, apenas vendrán treinta personas, pero te quiero aquí. Ya tengo acompañante, porque no sabía que estabas pasando tus vacaciones en Los

Angeles, pero trae a tu amiguita. Quiero conocerla.

—No sé si querrá.

—Usa tu persuasión —sonrió, abriendo la verja de la entrada e invitándolo a entrar.

Al llegar de vuelta a su apartamento llamó a la puerta de Megan. Tenía la certeza de que no iba a querer ir, y de que tendría que pedírselo como un favor o como compensación por haberle ayudado con su cambio, pero después del segundo toque, alguien puso una mano en su hombro. Megan llegaba del hospital con una sonrisa en la cara.

—¡Me has pillado! —Exclamó—. ¿Y esa sonrisa? ¿Ha pasado algo bueno?

—Bueno no, ¡buenísimo! Mañana empiezan mis vacaciones. ¡Un mes! —Maxwell enarcó una ceja—. Si. Ya sé que te parece ridículo. Pero no todo el mundo puede tener las vacaciones que tienes tú.

—¿Quieres celebrarlo?

—¿Celebrarlo? ¿Celebrarlo cómo?

—Una amiga da una fiesta ésta noche y estamos invitados. ¿Te apetece ir?

—¿Estamos? ¿Tú y yo?

—Estamos. Tú y yo. Dime, ¿Qué me dices? Además habrá muchos famosos.

—No sé... Necesito dormir. Y querría no sé si mi atuendo sería el adecuado...

—¿Eso es que te apetece? —Ella asintió con la cabeza—. La fiesta

empieza a las diez, es la una. Tienes tiempo de dormir lo que necesites y de arreglarte. Esta invitación es cosa mía. De tu vestido me encargo yo. —Antes de que Megan dijera algo para replicar Maxwell llevó una mano frente a su boca—. Tranquila. Jamás escogería algo que te avergonzase, ni nada que te hiciera sentir incómoda. Tú encárgate de descansar y de tu peinado.

A duras penas había logrado pegar ojo. Pensaba en que tendría todo un mes de vacaciones y, en que su relación con James no estaba en buenos términos como para pretender pasarlas con él como todos los años anteriores. Se levantó y se volvió a acostar mil veces,

dándole vueltas al mismo asunto, pero decidió dejar que las cosas tomasen el rumbo que tuvieran que tomar, sin torturarse con ello.

Llegando la hora a la que supuso debía vestirse, se dio una ducha fría para despejarse y se sentó en el escritorio de su habitación, donde Emma había puesto un espejo con luces para que se maquillase. Miró su reflejo durante unos minutos sonriendo como una tonta al imaginarse acompañando a Maxwell a una fiesta de famosos. Pero pronto sonó la puerta.

—¿Aun no te has arreglado?

—Mi acompañante se encarga del vestido. Se supone que es lo esencial,

¿no?

—¿Y tú maquillaje? ¿Y el peinado?

—¿No voy bien así? —Megan se había colocado unas pestañas postizas, se había pintado los ojos con colores muy claros y también los labios, éstos de un rosa pálido que había rematado con un toque de brillo que quedaba tan sutil como perfecto. No se había hecho un peinado especial, simplemente lo había dejado suelto, con sus ondas naturales bien marcadas gracias a la espuma.

—Mentiría si dijera que no... —Maxwell le ofreció una caja de cartón gruesa y de tamaño medio—. No sé si tu maquillaje necesitará retoque.

—Hmmm... Veamos...

Megan tomó el empaquetado entre las manos y caminó por el pasillo hasta el salón, haciendo un gesto a Maxwell para que la siguiera.

Abrió la caja con un poco de miedo. Vale que Maxwell había elegido casi todo su armario, y que prácticamente nada de lo que había en él era para avergonzarse por usarlo, de hecho todo lo que había le hacía sentir una mujer femenina y deseable. Pero se trataba de ir a una fiesta de famosos, y ese tipo de fiestas era para llevar modelitos raros, nidos de pájaro en la cabeza o peceras en las plataformas de las botas. Esperó algo estrambótico, algo como un vestido

de colores psicodélicos con tubos hinchables, o un vestido que pareciera papel con recortes de periódico o algo así.

—Vamos. ¿A qué esperas?

—No sé si estoy preparada...

—¿Que no...? —Maxwell estalló en risas, arrastrándola con él—. Vamos ábrelo. Estoy convencido de que te va a encantar.

Megan levantó la tapa de la caja mirando el contenido de reojo y, al terminar de quitarla, frunció el ceño con una expresión de duda. Lo que había en el interior era algo hecho con tela de saco: marrón, de esparto, con hilos gruesos y áspero.

Maxwell trató de contener la risa tanto como pudo, pero aquello era superior a él. Sin poderlo evitar volvió a reír a carcajadas, sujetándose el estómago con una mano y cubriéndose la cara con la otra.

—¿Esto era lo que me iba a gustar? Maxwell no podía más. Corrió a la entrada y salió del apartamento a punto de morirse de un ataque de risa. En la tienda había imaginado una estampa de lo más graciosa, pero aquello era muchísimo mejor. Se apoyó en la puerta para intentar respirar. Le dolían las mejillas de tanto reír y sus ojos no dejaban de llorar por la misma causa. Cuando logró tranquilizarse entró de

nuevo en el apartamento de Megan, dirigiéndose ésta vez al dormitorio, donde sabía que estaría ella, pero al asomarse por la puerta lo que encontró no fue a una chica dubitativa con un saco de patatas en las manos, lo que había era una preciosa mujer enfundada en un fino vestido de seda con un escote de vértigo en la espalda.

—Estás preciosa —dijo apoyándose en el marco.

—Oh, ¿Ya se te ha pasado el ataque de risa?

—Es que no te imaginas lo graciosa que estabas.

—El vestido es... Maxwell vas a tener que quedarte siempre en el

apartamento de al lado. Voy a necesitarte el resto de mi vida como estilista. —Sonrió—. Pero esta espalda descubierta me obliga a ir sin...

—¿Sujetador? —Interrumpió—. Ya lo sé. Pero también es una experiencia nueva. Apuesto a que nunca has salido de casa vestida únicamente con dos prendas.

—¿Dos prendas?

—Vestido... ropa interior... Porque llevas ropa interior, ¿no?

—¿Tengo que llevarla? —bromeó Megan. Ésta vez fue ella quien empezó a reír por la cara que había puesto Maxwell—. ¡Claro que llevo ropa interior!

Después de unos minutos, cuando ambos comprobaron que Megan iba completamente perfecta, el actor ofreció un brazo a su vecina y tomaron rumbo a esa fiesta de famosos que Megan nunca olvidaría.

❤❤❤

—¿Sabes de lo que me he enterado? —Preguntó Axel sentándose al lado de James en el pub en el que pasaban una tarde de lo más aburrida. Éste simplemente lo ignoró—. Tiene que ver con Megan. O al menos con ese vecino suyo.

—Vamos Axel. No hay nada de ese tipo que pueda interesarme.

—Ya... Hasta que te lo cuente.

¿Conoces a Victory Harrelson? Esa diosa de la sensualidad que...

—Sí. Sé quién es —interrumpió James.

—Pues resulta que esta noche celebra una fiesta en la mansión en la que está de vacaciones. ¿Y a que no sabes quién está invitado?

—¿Él?

—Él. Pero Victory nunca le pediría que fuera solo... Megan va a ir a esa fiesta. He estado viendo la lista de invitados hace un rato y Maxwell llevará acompañante.

—¿Ponía en esa lista que Megan iba a ir?

—No. Pero te quejabas hace unos

días de lo unidos que parecen estar. ¿No te parece que él no llevaría a otra teniéndola a ella a escasos metros de su casa? Te he conseguido un pase de invitado. Puedes ir y mirar, y si ella no aparece pues simplemente te marchas y ya está. Si está puedes hablar con ella. No dices que la echas de menos, pero ya no eres el mismo de antes.

—Ir a una fiesta a la que no he sido invitado...

—Solo vas a verla. Tampoco es que te vayas a mudar a allí.

James se quedó pensativo durante unos instantes, pero luego sonrió y colocó una mano en el hombro de su amigo, apretándolo con los dedos con

camaradería.

—Gracias, tío. Ya me dirás cómo haces esas cosas.

—Es fácil... Me tiré a la organizadora de la fiesta. A veces quedamos. Todos los eventos importantes de la costa oeste los organiza ella, no ha sido difícil. Pero date prisa, la fiesta empieza a las nueve y no te dejarán pasar si vas después de las diez. —dijo Axel, empujando a su amigo por los hombros para que fuera a vestirse.

Victory adoraba las mariposas desde que era una niña, eso era bien sabido por cualquiera y no era un secreto, así que, uno de sus requisitos para los asistentes a sus fiestas, debía ser que

llevasen una mariposa. No importaba si la llevaban en la ropa, o si era un tatuaje, o si era una decoración del pelo o un broche, pero debía haber tantas mariposas como invitados.
Usualmente en las fiestas de la actriz siempre estaba su maquilladora, la misma mujer que se encargaba de los retoques en su maquillaje y, como no podía ser de otra forma, también se encargaba de solucionar con maquillaje cualquier falta de este insecto entre los invitados. Cuando la maquilladora vio entrar a Megan sonrió: su cara parecía hecha para lucir una de las más bonitas que habría entre los asistentes.

—¿Y tú mariposa? —Preguntó

Victory a Maxwell con una sonrisa.
Maxwell levantó la manga de su camisa y le mostró el dibujo que había en el dial de su reloj—. Es el que yo te regalé... —sonrió triste. Realmente le quería, aunque les obligasen a romper, aunque hubiera pasado tiempo desde aquello—. ¿Y tú mariposa? —preguntó a Megan, que desconocía totalmente que hubiera que llevar nada de eso.

—Ella no sabía nada. Pero tienes a Kendra, seguro que puede hacer un trabajo...

Antes de que ninguno de los tres dijera nada, la maquilladora agarró el brazo de Megan y tiró de ella hasta uno de los baños de la planta baja.

—Me he fijado en ti desde que has llegado. Tienes una cara perfecta.

—¿Gracias?

—En mis cincuenta y tres años he maquillado a cientos de chicas, modelos, actrices, presentadoras... he hecho maquillajes para sets completos de videoclips pero ninguna de todas ellas me inspiraba como tú.

Kendra sujetó su cara por la barbilla y la giró de lado a lado deleitándose con la curva de sus mejillas, con la línea de sus ojos... Acto seguido y sin preguntarle nada, la sentó sobre la tapa del inodoro y desplegó su inmenso maletín de maquillajes. Empezó limpiándole la cara con unas toallitas

desmaquillantes, acto seguido empezó con su arte, aplicando la base, luego el maquillaje. Maquilló sus ojos, sus labios y, con todo hecho, tomó un lápiz de pegamento de *body art* y empezó a trazar líneas alrededor de su ojo izquierdo. Luego, con un pincel aplicó unos polvos de color negro que retiró con un pincel más suave, luego decoró con un poco de mica nacarada y, cuando al fin terminó, Megan tenía una preciosa mariposa de terciopelo negro perlado que simulaba medio antifaz de encaje.

—Oh, Dios mío... ¡Me encanta! —exclamó llevando los dedos al maquillaje.

—Luego, si lo quitas con cuidado,

saldrá de una sola pieza y podrás ponerlo en cualquier lugar como recuerdo. —Sonrió la mujer.

—Me encanta, de verdad.

Después de cerrar el maletín y dejarlo a un lado, Kendra sujetó el brazo de Megan y salieron del baño, llamando la atención inmediatamente de la anfitriona y de Maxwell, quien sonrió ampliamente al verla.

Cuando James llegó a la entrada no esperó una seguridad tan fuerte, al menos había una docena de guardaespaldas custodiando la entrada, con sus elegantes pero distintivos trajes, con sus gafas oscuras y sus pinganillos en las orejas. Nadie en su sano juicio

podría atreverse a negar lo que eran. Se acercó a uno de ellos, el que tenía la carpeta con los nombres de los invitados y, temiendo que fuera una mala jugada de Axel, le dijo su nombre.

—Tú has sido añadido a última hora... —le dijo escudriñándolo. James iba bien vestido, bien perfumado y muy elegante, incluso había caído en llevar algo con mariposas, lo que le daba aún más veracidad el hecho de haber sido invitado.

—Estaba de viaje y no sabía si podría llegar a tiempo, por eso es que no me han incluido hasta esta tarde.

—Aquí tienes tu pase. —Dijo el hombre, ofreciéndole una tarjeta de

plástico en la que aparecía su nombre sobre una franja azul en la que ponía las siglas VIP en letras blancas.

—Gracias.

Entró tras la señal, guardándose el pase para no llevarlo en las manos y bajó los escalones hasta el salón. No esperaba encontrarla como lo hizo. La había visto con un vestido de coctel, largo, ajustado y arrebatadoramente sexy, pero aquello distaba mucho de lo que habría podido imaginar. Estaba seguro de que ese vestido era cosa de Maxwell, y no cabía la menor duda de que ese hombre sabía elegir lo que mejor le quedaba. Megan no solo iba completamente preciosa, llamaba la atención de todo hombre que

pasase cerca de ella, y no dudaba de por lo que era: Megan era realmente preciosa.

Se recreó en aquella imagen de su mejor amiga riendo felizmente y sintió como algo se le encogía en el pecho. La había tenido delante toda su vida y lo único que apreció de ella fue su amistad. Para él era mucho más importante que ninguna otra cosa, pero, en lugar de reconocer que se había equivocado con ella y que era capaz de lograr cuanto se propusiera, lo que había hecho había sido ridiculizarla. Era su mejor amiga y la estaba perdiendo por su propia culpa.

Terminó de bajar hasta el salón, tomó una copa de la bandeja que los

camareros iban ofreciendo a los invitados y, acto seguido, caminó a un rincón desde donde pudiera mirarla sin parecer un depravado.

Megan sonreía emocionada cada vez que Maxwell se acercaba a ella con alguien distinto, sonreía de esa forma que sólo había hecho con él. Tenía que admitir que ese tipo había hecho un trabajo excelente con ella. Se comportaba completamente como una mujer, incluso sus movimientos eran tan delicados como los de una mariposa. Por un momento se preguntó si siempre había sido así y no se había dado cuenta de ello.

Había estado tan perdido en sus

pensamientos que, cuando se dio cuenta, tenía a Maxwell mirándolo fijamente desde el otro extremo del salón. Aunque quisiera ya no podía pretender pasar desapercibido, de forma que se acercó a ellos atravesando el salón por el medio.

—No sabíamos que tenías pase VIP.

Megan miró manteniendo la sonrisa hasta que vio a quién hablaba Maxwell. Tan pronto como sus ojos se encontraron la expresión de la muchacha cambió radicalmente.

—Hola, cariño.

—¿Qué haces tú aquí, James?

El *stripper* sacó el pase del bolsillo de la camisa y lo movió delante de sus narices antes de devolverlo a su sitio.

—Es lo que tiene el tener contactos. Solo hay que saber mover los hilos adecuadamente.

Los tres permanecieron unos segundos en silencio, James con la mirada fija en la de ella y Maxwell escudriñándolo de abajo a arriba. Había sido toda una sorpresa que James se presentase allí, sobre todo sin haber sido invitado por nadie.

Algunas personas se acercaban a hablar con Maxwell y, aunque Megan sonreía cada vez que les presentaban, se sentía incómoda por la presencia de James. Podría estar en la fiesta, pero ¿por qué diablos tenía que haberse unido a ellos como si se lo hubieran pedido?

Cerca de una hora después de que James llegase, Maxwell estaba hablando con una mujer alta de ojos rasgados, James ofreció una mano a su amiga para que invitarla a bailar, pero Megan trató de ignorarle lo que pudo. La mujer que hablaba con Maxwell sonreía como si le gustase la idea de verlos bailar, por lo que se vio en la obligación de aceptar la invitación aun a pesar de no gustarle la idea. James sujetó su mano delicadamente y caminó con ella al centro de la pista.

—No esperaba que también vinieras a fiestas como esta. Tu novio no se aburre.

—Maxwell no es mi novio...

—No, es verdad, solo estás acumulando experiencias con él. —interrumpió llevando las manos a su espalda para pegarla a él.

Megan puso las manos detrás de su nuca y dejó que James la guiase.

Ambos trataban de evitar el contacto visual, él porque odiaba que su amiga pasase más tiempo con el actor que con él, ella porque estaba harta de lo que había pasado con James últimamente.

James aspiraba su perfume intentando encontrar en él algún resto del aroma familiar que siempre desprendía su amiga, pero solo encontró notas profundas y femeninas que inspiraban a hacerle el amor en medio de la pista.

—¿Recuerdas de cuando te invité al baile de fin de curso cuando teníamos dieciséis años?

—Recuerdo que me dejaste plantada para ir a liarte con Tanya Rood. ¿Me dirás qué haces aquí?

—Bailar contigo. Creía que te habías dado cuenta —dijo tratando de ser gracioso por la obviedad, pero Megan enarcó una ceja—. Axel lo ha arreglado para que pudiera venir a verte.

—¿A verme? ¿A mí? —se detuvo al escuchar la respuesta, pero él llevó las manos a sus caderas y le obligó a moverse.

—Te echo de menos.

—Fuiste tú quien me pidió que me

alejase de ti. Quien me hizo a un lado. ¿Ahora me echas tanto de menos como para colarte en una fiesta ajena solo para verme?

—Después de este baile me marcho. No te preocupes, no voy a darte la noche. Solo quería verte.

Aunque ninguno de los dos quisiera admitirlo, estar juntos de esa manera les ponía nerviosos y eso era algo que nunca les había pasado, sobre todo a él, quien tenía chica nueva noche si, noche también. Habían dormido en la misma cama un centenar de veces, Megan había tocado su piel un millar de veces en el club, ambos se habían besado las mejillas tantas veces desde que se

conocían que nadie podría haberlo contado, pero nunca habían bailado juntos, nunca habían estado como en ese momento y, del mismo modo que ninguno quería que esa canción terminase, también deseaban que lo hiciera cuanto antes.

De pronto su baile se vio interrumpido por una mano de piel oscura.

—¿Me permites que siga yo? Me gusta especialmente esta canción.

James se detuvo con el ceño fruncido, pero al mirarla ella sonreía aliviada con dirección al actor. Sin decir una palabra la soltó y se alejó de ella con intención de marcharse.

Se dirigía a toda prisa hacia la entrada

cuando escuchó su nombre.

—¡Espera! —repitió la voz tras él.

No tenía intención de detenerse, no quería ver a su amiga estando así de confundido, pero unas suaves manos lo detuvieron sujetándole por el antebrazo.

—Ahora no, Cariño.

—No te has olvidado de mí, ¿no, James Holden?

—¿Becca?

—La misma —sonrió.

—Becca...

Rebecca. Aquello le cogió desprevenido. La última persona que pensaba encontrar en una fiesta como aquella era a Rebecca.

La muchacha se acercó a él para

rodearle con los brazos y darle un beso en la mejilla.

—Cuando te he visto con Megan no sabía si eras tú. Tu amiga está en boca de todos esta noche.

—Qué bien... —musitó—. Becca, tengo que irme.

—¿Por qué no te quedas? Podemos bailar, podemos...

—Lo siento. No puedo quedarme.

James desvió la mirada por encima de la barandilla, hacia la muchedumbre que había en el salón de la fiesta y vio a Megan con las manos de ese tipo en su cintura mientras reía como si le hubiera contado el mejor de los chistes. Sin decir una sola palabra más se dio la

vuelta y se alejó.
Al pasar por delante del hombre de seguridad que le había dado entrada, le dejó la tarjeta con el pase sobre la carpeta, luego siguió caminando sin más.
Odiaba que Megan le hiciera sentir como lo estaba haciendo en ese preciso instante y odiaba aún más que la fiesta siguiera sin él, no por no estar presente, sino por lo que pudiera suceder no estando él.

Capítulo 10 Día 22
Si no fuera ella

Estaba sentado en el sofá, con los pies sobre la mesa y la espalda reposando en el respaldo. Toqueteaba el móvil sin saber qué hacer, pero entonces la imagen de la mano de Maxwell colándose entre ellos y apartando a Megan de él le hizo pensar de nuevo en ella. Abrió la aplicación de los mensajes y se puso a escribir lo que pensaba, plasmando sus sentimientos con cada palabra que escribía. Escribirlo en un móvil no era

la manera adecuada de hacerlo, pero tampoco podía decirle lo que sentía porque era consciente de que esos sentimientos no tenían sentido entre ellos.

« Dios, Megan, no te imaginas cuánto te echo de menos. Te echo tanto de menos que voy a volverme loco. Pienso tanto en ti que ocupas todo mi día y ya no puedo concentrarme en nada que no sean esos labios que he tenido la suerte de besar o esos ojos con los que sería capaz de perder la cordura o lo preciosa que eres. Sé que soy un idiota,

Megan, pero ojalá puedas perdonarme algún día porque sin ti los días ya no son días y las noches son solo una tortura »

No era un desahogo total, pero algo era algo. Fingió pulsar el botón de enviar y se imaginó que ella lo leía y sonreía mirando la pantalla de su móvil, pero de pronto se le heló la sangre.

—Mierda, mierda, mierda. Oh mierda... —exclamaba buscando una forma de eliminar ese mensaje. Apagó el teléfono, lo volvió a encender... nada, por más que hiciera el mensaje había sido enviado y se levantó más nervioso de lo que había estado en mucho tiempo.

¿Y ahora qué? Si lo leía podría malinterpretar a lo que se refería, o peor, que entendiera el mensaje tal como era. La necesitaba en su vida fuera como fuese, pero no tenía intención de decírselo, ni con un mensaje ni con uno así.

Caminó nervioso por el salón, pensando qué decirle si llamaba, inventando una excusa creíble para que no hiciera caso a lo que había escrito, pero pasaron los minutos y no hubo llamada, ni tampoco mensaje. Quizás no lo leería, no era la primera vez que pasaba, en ese sentido era un desastre y...

Había sido una noche fantástica, a pesar de la extraña intrusión de James lo había

pasado realmente bien. Había conocido a un montón de famosos, y había intercambiado números con Victory y con dos actrices con las que había tenido la suerte de conectar muy bien pero, cerca de las tres de la madrugada, Maxwell y ella iban en el Ferrari rojo de vuelta a casa.

—Lo he pasado como nunca. —Sonrió, cerrando los ojos y apoyando la cabeza en el asiento.

—Yo también lo he pasado bien —sonrió.

Fueron en silencio durante unos minutos, pero el actor tenía algo que contarle y, aunque buscó el momento adecuado, no lo encontró, así que empezó a hablar.

—Tengo algo que decirte —Dijo Maxwell un tanto más serio que de costumbre. Megan asintió para indicarle que le oía—. Me marcho en unos días.

—¿Que te vas? ¿Por qué?

—He aceptado un papel que llevaba semanas postergando. No me apetece marcharme pero ya sabes...

—Trabajo.

—Trabajo —confirmó él—. Me encantaría que vinieras conmigo. Sé lo que estás pasando con ese amigo tuyo y creo que te vendría bien un cambio de aires.

Megan le miró un segundo antes de fijar la vista al frente. ¿Cómo diablos iba a mudarse si no había sido capaz de

arreglar las cosas con James? Se arrepentiría toda la vida de ello.

—No sé...

—No tenía que haber dicho nada. Lo siento. Solo pensé que sería buena idea.

—No lo sientas. De haber tenido una situación distinta... Pero está Emma, y ese bebé... Y además están los chicos y...

De repente sintió su teléfono vibrar dentro del bolso en miniatura que llevaba y lo cogió para ver quién le mandaba un mensaje a esas horas, temiendo que hubiera pasado algo. Había borrado el número de James el día que la llamó sucia viciosa, aun así, lo conocía tan bien que no necesitaba un

nombre en la pantalla para saber que ese mensaje era suyo. Lo abrió conteniendo la respiración, imaginando, en un segundo, las miles de posibilidades. Terminó de leer el mensaje estrujando el aparato entre los dedos y apretando los dientes con fuerza. Definitivamente James era alguien a quien dar de comer a parte.

Durante el resto del trayecto Maxwell no volvió a mencionar nada acerca de su partida ni de la invitación a irse con él, de repente se había quedado seria y temió que se enfadase con él por una propuesta tan inapropiada. Tratando de distraerla de lo que fuera que le molestaba le recordó la preciosa

mariposa que Kendra le había hecho en la cara.

—Me dio un poco de miedo cuando me agarró y tiró de mí de esa forma... —sonrió un tanto forzada, sosteniendo aún el móvil entre las manos.

—Es un poco impulsiva, pero tiene unas manos que valen oro.

—No sé cómo es su trabajo como maquilladora, pero la mariposa que me ha hecho es alucinante. Casi me pongo a llorar cuando la he visto.

—Cuando encuentra una cara que le gusta parece que su inspiración se despierta. —Rió.

Acababan de llegar y Maxwell se alegró de hacerlo en buenos términos y no con

Megan enfadada con él por pedirle que se fuera con él.

Bajó del deportivo y lo rodeó a toda prisa para abrirle la puerta como todo un caballero.

—Gracias —sonrió—. ¿Te importa subir sin mí? Hay un sitio al que necesito ir.

—¿Ahora? ¿Necesitas que te lleve?

—No. En realidad no es nada. Volveré en seguida —explicó—. Lo he pasado realmente bien, Maxwell. —Le dijo, acercándose a él para besar su mejilla—. Buenas noches.

—Buenas noches, Megan. Y ten cuidado, por favor. Es tarde.

—No pasará nada. Tranquilo. —

Sonrió antes de alejarse.

Caminó, con los pies destrozados por los tacones, durante más de media hora solo para exigir una respuesta al porqué de ese mensaje, y no se iría de allí sin una respuesta.

El recepcionista del apartamento de James la conocía de siempre y la dejó subir sin preguntas y, al llegar al piso en cuestión llamó a la puerta con tres sonoros golpes. Estaba molesta y quería que lo supiera antes incluso de verle la cara.

—Megan...

Ella alzó la mano con el teléfono en ella.

—¿Puedes decirme qué significa eso? ¿De qué coño vas, James? Me insultas,

me besas por la fuerza, te niegas a escuchar como Maxwell me pide que salgamos y vuelves a besarme, luego me pides que me aleje de ti, te cuelas en una fiesta solo para verme ¿y ahora esto?

—Lo he enviado por error, ¿vale?

—Oh, vaya, esta sí que es buena. Así que... ¿ahora escribes mensajes con contenidos como ese y no los envías? James analizó su atuendo pero trató de mantener distraída su imaginación al darse cuenta de que se le marcaban los pechos a través del vestido. Megan se adentró en el apartamento y se sentó en el borde del sofá, cruzándose de brazos y piernas.

—¿Qué haces?

—Sentarme. ¿No lo ves? Acabo de venir de una fiesta, tengo los pies destrozados. Tengo frio y no pienso irme de aquí hasta que no aclaremos de una vez qué es lo que te pasa.

—¿Quieres un café? —preguntó como si tal cosa.

—No, James, no quiero un café, quiero hablar. Quiero acEmmar nuestras diferencias, saber qué es lo que pasa.

Al ver que se alejaba hacia la cocina corrió tras él, dejando los zapatos junto al sofá.

—Así estás mejor —dijo mirando su altura y fijándose en sus pies. Pero con eso no la disuadió de exigirle que hablasen—. ¿Lo has pasado bien en esa

fiesta?

—¿De verdad vas a ser así? —Preguntó, metiéndose por debajo de su brazo y quedando frente a él a escasos centímetros—. ¿De verdad vas a ignorarme?

James cerró los ojos con fuerza, apretando el borde de la puerta del mueble como si con eso pudiera descargar adrenalina.

—Por favor, Megan...

—Empieza a asustarme. ¿Qué es lo que está tan mal que ya no puedes estar cerca de mí? —Preguntó apoyando con suavidad una mano en su antebrazo.

—¿Es que no te das cuenta de cuanto te deseo? —Gruñó, sujetando su cara

entre las manos y mirándole directamente a los ojos—. No puedo evitarlo. No puedo... Dios, Megan, te deseo tanto que me voy a volver loco.
—Ella lo miraba con los ojos de par en par—. Y ahora tengo que verte con ese modelito...
De pronto sus palabras se vieron silenciadas con un beso. Megan había sujetado su cara entre las manos, se había puesto de puntillas y había unido sus bocas como deseaba hacer desde hacía días. James ya no quiso contenerse, le atrajo por la cintura pegándola a su cuerpo y profundizó el beso con toda la pasión contenida.
—Dime que me deseas como yo a ti

—murmuró en sus labios—. Porque yo te deseo como un loco.

Megan sonrió sin poder articular una respuesta. Cada palabra que James le murmuraba era para ella como una bajada en una enorme montaña rusa. Nada podía compararse a lo que le hacía sentir. Asintió con la cabeza mientras rodeaba su cuello en busca de otro beso. James acarició su cintura y descendió por las caderas hasta sus muslos, luego llevó las manos a su trasero y apretándolo la elevó del suelo, sentándola en el mármol de la cocina. Ella aspiró con fuerza, haciendo que se separase un momento para ver.

—Frio —sonrió.

—Tengo solución para eso.

Se coló entre sus piernas y le pidió que le rodease mientras él la cogía. Sin dejar de besarla caminó con ella hacia el salón, pero antes de que la soltase en el sofá ella le pidió que no lo hiciera ahí, de forma que se dirigió a la cama, y ella tenía razón, ahí estarían más cómodos.

Se sentó en el borde del colchón con ella aun rodeándole con los brazos y las piernas.

—Nunca me imaginé que esto pudiera ser posible —murmuró mientras le acariciaba los hombros y luego besaba donde habían rozado sus dedos.

—¿Qué cambiase así? ¿Qué me

desearas? ¿O que estuviéramos a punto de hacer el amor en la misma cama en la que hemos dormido juntos un centenar de veces en estos años?

—Todo.

Esta vez su voz sonó más ronca y sus ojos hablaban por él.

Megan llevó las manos a sus hombros y le empujó hacia atrás, seguía sentada sobre él, por lo que en ese momento mandaba ella. Él cerró los ojos cuando sus manos empezaron a acariciarle la cintura y a perfilarle los músculos tensos de los abdominales, pero tomó aire con fuerza cuando ella llevó las manos al borde de su pantalón deportivo.

—No tan deprisa, cariño. Yo ya voy sin camiseta, lo justo es que estuviéramos en igualdad de condiciones.

—Supongo que no hablas en serio... —él se cruzó de brazos y ladeó la cabeza—. Bien, entonces dame un pantalón. Tú tienes las piernas tapadas y yo desnudas. —sonrió, acariciándose su propio muslo.

—No. Igualaremos rápido. —Rió. Se incorporó con ella aun sobre sus piernas y tiró despacio del vestido hacia arriba, recreándose en esa imagen con la que llevaba días fantaseando. Lo único que le quedaba era un precioso bóxer de encaje del mismo color del vestido.

Había visto a cientos de mujeres en ropa interior, algunas arrebatadoramente sexys, otras no tanto, pero ninguna provocaba en él esa sensación. Solo con verlo, con verla a ella con esa prenda, sentía como si su propia ropa interior le oprimiera.

—¿Qué pasa? —Megan seguía con los brazos en alto esperando a que terminase de quitarle el vestido.

—Ahora lo verás.

La mantuvo presa de su propio vestido mientras la pegaba contra su sexo y mordía uno de sus pezones. Estaban duros y firmes, no sabía si por la excitación del momento, si por el frío que decía tener al llegar o por una

mezcla de las dos. Megan reía y se movía tratando de liberarse de las ataduras de la prenda, pero James volvió a moverse, la estiró en la cama, quedando entre sus piernas y se presionó aún más contra su entrepierna. Podía sentirla cálida a través del pantalón y si no se separaba un poco, terminaría por perder el control antes de tiempo. Presionó un poco más fuerte antes de apartarse un poco, quitarle el vestido y tirarlo en el suelo al lado de la cama.

—Uff —gimió ella con la respiración entrecortada—. No vuelvas a hacer eso.

—¿Por qué? —sonrió, llevando los dedos a esa misma zona caliente a la que se moría por entrar.

—Porque es tan peligroso como si yo hago así.

En un movimiento rápido metió las manos bajo su ropa y sujetó firmemente su masculinidad, arrancándole un gemido que silenció con un beso mientras sonreía.

—Dios, cariño. Se supone que eres inexperta. —Logró articular cuando ella se apartó.

—En la práctica puede que sí, pero tengo imaginación... —se ruborizó instantáneamente. Llevaba fantaseando con cosas como esa desde el primer beso que se dieron.

James llevó una mano a su nuca para profundizar el beso y con la otra

apretujó sus pechos. No eran grandes ni pequeños, tenían el tamaño perfecto para sus manos. Megan siguió manoseándole hasta que él la detuvo sujetando su muñeca con fuerza y conteniendo la respiración un par de segundos para controlar lo que venía casi irrefrenable.

—Vale —sonrió ella. Pero James la miró serio y con la mirada oscurecida. Sin decir una sola palabra se apartó de ella, se quitó la ropa, y de la mesilla de noche sacó un preservativo que se enfundó tan ágilmente como cabía esperar de alguien como él. Se acercó a Megan nuevamente y, apartando hacia un lado su ropa interior entró en ella. No

pidió permiso, pues sabía que ella lo quería tanto como él, y su respuesta fue exactamente la que imaginó que sería, Megan se dejó caer hacia atrás, curvando la espalda y abriendo aún más las piernas. Por un instante James se sorprendió al darse cuenta de que ella no era virgen como pensaba y, mientras la envestía con entradas rápidas y profundas, se sintió celoso porque otro hubiera estado así con ella.

—Espera —pidió ella con la voz entre cortada, frenándole por los hombros—. James, espera un segundo. —James se detuvo al escucharla—. Se me clava la... —dijo con esfuerzo, moviéndose debajo de él para quitarse

las braguitas. Acto seguido volvió a separar las piernas, a rodearle con ellas y a dejarle entrar para que terminase libremente.

Él la miró un instante con una sonrisa. Nunca una chica le había hecho detenerse por algo así. Antes de volver a entrar en ella se inclinó y la besó, metiendo la lengua en su boca y saboreándola antes de hacerla gemir con una embestida tan placentera que le hizo cerrar los ojos y entregarse a lo que ambos estaban sintiendo.

El torbellino de placer no duró mucho más. El pequeño jueguecito preliminar había hecho estragos en el deseo que uno tenía por el otro.

James se dejó caer sobre ella con la respiración agitada, con el corazón a cien por hora y con el cuerpo sudoroso. Hundió la cara en el hueco de su hombro y lo mordió, haciéndola sonreír.

—Ha sido mágico —dijo ella pensando en voz alta.

—No, cariño. Ha sido sexo. Y prepárate, porque esto solo ha sido el desfogue inicial. Tengo mucho para dar esta noche.

Megan se echó a reír pero al notar su voz ahogada se dejó caer a un lado de la cama. Se apoyó sobre uno de sus codos y la contempló. Contrario a lo que podría pensarse de una chica inexperta como era ella, que sintiera vergüenza

por ver como un hombre la observa desnuda, ella solo sonrió al notar como la recorría con la mirada. Acto seguido se inclinó hacia ella y mordisqueó uno de sus pezones antes de subir a su boca, trazando una senda de besos que parecía querer prender una nueva chispa de las llamas de la pasión que parecían querer consumirles por completo esa noche.

Estaba exhausto. Había tenido el mejor sexo de su vida —que ya era decir—, y jamás hubiera pensado por un solo instante que su mejor experiencia sería con ella.

Megan yacía boca abajo, completamente desnuda, con el pelo revuelto y respirando pausadamente. James la miró

con una sonrisa, recreándose en la piel de su espalda, que empezaba a brillar con los primeros rayos de sol de la mañana. Fue en ese momento que entendió la gravedad del asunto: Se había acostado con ella, con Megan, con su mejor amiga... Había cometido el error de su vida por dejarse llevar por un sentimiento absurdo que nunca debió existir entre ellos. Ella era la mujer de su vida, y eso tenía que terminar. Le colocó el pelo, haciéndola sonreír y suspirar, luego se inclinó para besarle en la cabeza antes de levantarse e ir a la ducha.

Acababa de abrir el grifo cuando se dio cuenta de que, con lo que iba a hacer, la

perdería para siempre. Apoyó la espalda en las baldosas grises de la pared, completamente vencido por sus pensamientos pero entonces, la puerta de la mampara de cristal se abrió. Al mirar la encontró desnuda delante de él, con la cabeza ladeada y más bonita de lo que la había visto nunca.

Megan sonreía ignorando lo que James había estado pensando.

—Podías habérmelo dicho. Habría venido contigo.

Dio un par de pasos metiéndose en la ducha y se acercó a él en busca de un beso, beso que James no dudó en devolver.

La pegó contra su cuerpo en un abrazo y,

cuando se supo con fuerzas, la apartó para terminar de ducharse.

—Buenos días.

—Buenos días, cariño. —respondió él, vertiendo un poco de champú sobre su colorida melena.

«*Si tan solo no fuera ella*» pensó, lamentándose por su penosa suerte. Aquel habría sido el amanecer perfecto si la chica que había en la ducha con él no hubiera sido Megan.

La contemplaba vestida con su ropa, con el pelo mal atado y, aunque su expresión ya no era, ni de lejos, la de antes, parecían haber vuelto atrás en el tiempo.

—¿Qué? —Preguntó, escondiéndose detrás de su taza de café.

—¿A qué hora entras hoy?

—¿No te lo dije? ¡Estoy de vacaciones! Hoy es mi primer día.

Aquello era un problema para él. Si la tenía más tiempo frente a él, flaquearía en su decisión, y tampoco podía buscar la excusa de verla después del trabajo porque no iría.

Megan se puso en pie, rodeó la mesa y llevó las manos, calientes por haber sujetado la taza de café, a sus mejillas, luego se inclinó y después de rozar su nariz con la suya le besó.

Nunca, por mucho que hubiera tratado de imaginar la relación perfecta, nunca habría llegado a acercarse a eso. Y mucho menos con Megan. Cerró los ojos

con fuerza y devolvió el beso sabiendo que ese era el último que se darían.

—Buenos días —dijo ella con una sonrisa, pero él no respondió. Miró a su plato afligido y luego a ella.

—¿Puedes sentarte? Necesito decirte algo —Megan frunció el ceño con una expresión simpática por lo grave que parecía pero obedeció—. No volvamos a vernos hasta que no te llame. —Pidió con una expresión sombría.

—¿Es una broma?

—No. No lo es. Esto no está bien. No puedo estar contigo aunque...

—James, eso tenías que haberlo pensado antes de haberte acostado conmigo, ¿no crees?

Se miraron a los ojos mientras ella se controlaba para no mandarlo al cuerno. Buscaba las palabras adecuadas para intentar hacerle entrar en razón, al menos para intentar arreglar lo suyo. Entendía que le dijera que no quería acostarse con ella nunca más porque, aunque ella le quisiera, podía ser que él no sintiera del todo igual, y podía entenderlo, ¿pero que no volvieran a verse?

—Lo siento, cariño.

—No vuelvas a llamarme así —advirtió, señalándole con el dedo y con una mirada furibunda—. Maxwell me pidió anoche que fuera con él a Nueva York y le dije que no pensando que

podrían arreglarse las cosas entre nosotros... Ahora veo que me equivoqué.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Acaso te irías con ese tipo?

—Ese tipo se llama Maxwell, ya lo sabes. Y sí. Por lo menos él no me ha usado y hecho a un lado por cobarde.

—No es cobardía, Megan, y lo sabes.

—No. Tienes razón, sé que no es cobardía, es lo que hacéis siempre. Os acostáis con una chica y al día siguiente ya no os interesa. Es solo que pensaba que lo nuestro era diferente.

—Es diferente, y por eso no puedo estar contigo. Te quiero. Te quiero más de lo que pueda querer a mi propia familia. Llevas toda mi vida conmigo,

me conoces mejor que nadie y aun así me soportas. No puedo estar contigo porque no quiero hacerte daño.

—Pues tienes una forma extraña de no querer hacerlo a la persona que te importa tanto, ¿no te parece? Te acostaste conmigo, me dijiste lo mucho que me deseabas pero por la mañana solo se te ocurre decirme que no volvamos a vernos, que no quieres verme hasta que no estés preparado. Después de pasar la noche conmigo vas y me sueltas esto...

James la miraba horrorizado, ella tenía razón, y no solo eso, estaba furiosa. Lo que más miedo le daba era saber que la había perdido para siempre y que no

podía hacer más que meter la pata cada vez que intentaba arreglarlo.

—¿Sabes qué? Ya estoy harta de tus ahora sí y ahora no. Estoy harta de que me alejes y me provoques, de que... Lo siento. Y sé que me voy a arrepentir porque yo no soy como tú, pero ahora soy yo la que no quiere verte. No vuelvas a llamarme.

Se puso en pie retirando la silla con las piernas y, después de recoger su plato y su taza de la mesa, fue al dormitorio a cambiarse.

No lo miró al salir, ni dijo una sola palabra como despedida, solo cerró la puerta y se marchó.

Permaneció unos minutos en el mismo

sitio, inmóvil, mirando al vacío que Megan había dejado frente a él, tratando de asimilar lo que acababa de hacer. La había perdido. Estaba seguro de que no volverían a encontrarse de forma voluntaria, que no volvería a dirigirle la palabra y que nunca volvería a ser como antes.

Se levantó de la mesa repitiendo los mismos pasos que ella, pero en lugar de ir al dormitorio se sentó en el sofá, llevándose las manos a la cabeza y apoyándose en el respaldo.

—James, qué has hecho... —murmuró.

No supo cómo demonios había llegado. No se había dado cuenta de nada desde

su «No volvamos a vernos» y ahora se encontraba frente a su apartamento. Tecleó el código de la cerradura pero en ese mismo instante lo cambió. Ya no quería que James entrase cuando le viniera en gana. Cerró la puerta de un sonoro golpe y caminó por el pasillo con los brazos caídos a los lados. Lo odiaba. No había lugar a dudas. Nunca nadie la había hecho sentirse tan usada, tan poca cosa. Ella era la única que no había pasado por su cama y lo había estado intentando hasta conseguirlo. Ahora ya no valía nada y la desechaba como si no tuviera sentimientos.

Pese a haberse duchado con él volvió a meterse en la ducha. Necesitaba quitarse

su aroma de la piel y frotar, cuanto fuera posible, para borrar de ella la marca indeleble que James había grabado en ella con besos y caricias.

No iba a llorar. No iba a dejarse vencer por él, por mucho que las palabras «No volvamos a vernos» le dolieran en el alma.

Después de una hora, y un poco más tranquila, decidió llamar a la puerta de al lado, una puerta a la que había llamado solo una vez: el día de su metamorfosis.

Eran las diez de la mañana y dio por sentado que, igual que ella estaba despierta y levantada, él también lo estaría, pero abrió un Maxwell con

expresión somnolienta y los ojos entrecerrados.

—¿Otra vez con esa expresión? —Preguntó apoyándose en el marco y mirándola de soslayo.

—Ayer te dije que no podía ir a Nueva York contigo por mi trabajo, por Emma... ¿Aún se mantiene en pie la oferta?

—Solo si me cuentas por qué quieres dejarlo todo para irte a otra ciudad conmigo.

—Odio a James. Odio que juegue conmigo como si fuera una más de su lista, odio que...

—Que juegue contigo...

—Anoche, cuando te dije que tenía

que ir con Emma en realidad iba a casa de James. Necesitaba que me dijera qué demonios le pasaba conmigo, pero terminamos...

—Ya veo... —Maxwell sonó disgustado, como si no le gustase la idea de verla con otro, pero su expresión volvió de inmediato a ser la de siempre.

—Me dijo que me deseaba, que... y ahora me dice que ha sido un error, que no puede seguir viéndome hasta que no esté preparado... Tú eres hombre, me usó, ¿no? Eso es lo que se le dice a una mala amante, ¿no? Lo que se le dice a alguien para quitártelo de encima...

—¿Por qué no llamas a Emma y te desahogas con ella? Es una chica, creo

que ella podrá entender mejor cómo te sientes.

—¿Y decirle que estoy así de frustrada porque me acosté con su hermano? —Maxwell la miró unos segundos antes de apartarse e invitarla a entrar en su apartamento.

Capítulo 11 Día 27
Esto es un adiós

Después de lo sucedido esa noche Megan lo había arreglado todo para su mudanza. Estar en la misma ciudad que James le rompía el corazón. Saber que a pocos kilómetros de ella se desnudaba cada noche para decenas de mujeres y que probablemente cada una de esas noches se llevase a una de ellas a su cama, le hacía sentir terriblemente celosa. Marcharse con Maxwell era una muy buena opción, y su hospital no le

había puesto pegas a la hora del traslado.
Emma había tomado bastante mal el hecho de que Megan se mudase. Aún faltaban unos meses para que naciera su bebé y Megan no podía faltar en su vida, pero aceptó que quisiera pasar una temporada fuera de la ciudad porque, no solo nunca había ido de viaje, sino que nunca había salido de Los Angeles. No era muy partidaria de celebrar nada con esa tropa de chiflados que habían pasado la adolescencia con ella, pero eran sus amigos y ella no era quien para impedirles pasar la última noche juntos, por lo que, organizó una pequeña e íntima fiesta en la playa. No dijo a nadie

quienes iban, de forma que nadie se negó a ir.

Y así, la última tarde de Megan en Los Angeles empezó en aquella preciosa playa.

—Me encanta, Emma. Me encanta que celebremos mi mudanza los cuatro solos —dijo Megan, echando un brazo por encima de Adam y otro por encima de Maxwell.

—¿Solos? —Preguntó una voz tras ellos—. ¿Nosotros no somos bienvenidos?

Megan se giró de inmediato tras reconocer la voz de Randy. Su mirada se iluminó al ver a sus amigos, a los que extrañaba enormemente por culpa del

estúpido de James.

—Y te vas... Nos abandona la musa del club para irse con... —TJ fijó la vista en Maxwell—. Joder, ¡pues es guapo! Si —exclamó TJ, haciendo que todos rieran por la ocurrencia. Se acercó a ella y la rodeó por la cintura en un abrazo, estrechándola con fuerza—. Ya te lo dijimos la última vez, pero estás preciosa.

—¡Gracias!

Su sonrisa se esfumó cuando vio a James detrás de Randy y de Axel. Le tentó el pedirle que se marchase, pero no le apetecía discutir ese último día en la ciudad.

Montaron el círculo de toallas en las que

se sentarían, trajeron de los coches las neveras con las bebidas y Adam fue a por la leña que habían comprado esa mañana para la ocasión.

Pese a que Emma pretendía que fuera una celebración nocturna, habían llegado demasiado pronto y el sol pegaba con fuerza.

Con total naturalidad Megan se quitó el pantalón y la camiseta, quedando en ropa interior y corriendo al agua ante la sorprendida mirada de sus amigos, quienes no tardaron en imitarla, todos menos James y Maxwell.

—¿Tu no vas con ellos? —Preguntó Maxwell con un tono suave.

—Mi hermana y mi cuñado me

necesitan aquí —respondió el *stripper* moviendo de sitio las neveras con las bebidas solo para disimular.

—Puedes ir con ellos —dijo Adam —. En realidad hemos terminado hace rato. Yo me quedo con ella, pero vosotros podéis ir con el resto de los chicos.

—Con el resto de los chicos y con Megan —corrigió Emma, dejando claro que ella no era uno más, sino una chica. Maxwell no dijo nada, guiñó un ojo a Emma y, tras quitarse la camiseta se acercó a ellos a la orilla.

Sin poderlo evitar James analizó el cuerpo de Maxwell: delgado pero no demasiado, con los músculos definidos

pero no marcados y con los glúteos apretados, lo que hacía que el pantalón de lino blanco que llevaba le quedase mejor que bien.

—¿Celoso? —le empujó Emma.

—¿De quién? ¿De ese tío?

—Bueno hay que admitir que, tu eres más musculitos y él tiene mejor culo, pero ninguno me supera —dijo Adam posando ridículamente y estallando en risas justo después.

Adam no tenía un cuerpo definido, era delgado, pero ni se marcaban sus abdominales ni musculo alguno de sus brazos. Además su piel era blanca como la leche.

—Tendrá mejor culo, y un cuerpo

mejor formado. Y también tendrá dinero y fama, y todo lo que tú quieras, pero no tiene nada que pueda envidiar —dijo con desdén.

—Tiene a Megan. —Añadió Emma con intención de molestarle.

James no quiso escuchar ni una palabra más de la boca de su hermana. Estaba harto de escucharla mencionar a Megan cada vez que se le ocurría decir algo. Era plenamente consciente de ella, no podría dejar de serlo aunque no hubiera ido a la playa con ellos, y no necesitaba a la bocazas de Emma mencionándola como si no hubiera más tema de conversación.

Se quitó la camiseta, se quitó los

pantalones y, con su bóxer ajustado de color turquesa corrió hacia el agua, pasando por al lado de todos y alejándose a nado de ellos como si pretendiera llegar a China.
Hacía rato que estaba sola en el agua. Permanecía estirada en la colchoneta con los ojos cerrados y con una expresión de tranquilidad tal, que James sintió como la rabia le consumía por dentro. ¿Cómo demonios podía haberlo estropeado todo de aquel modo? Ella no había hecho nada malo, solo dejarse llevar por la situación, pero él, en lugar de aceptar que la quería le había hecho daño.
—Si sigues mirándola así ya no podrás

seguir negando que la quieres.

—¿A qué te refieres? —miró a Randy fingiendo que le había ofendido el comentario.

—Es única, y todos la queremos con locura, pero se nota que es diferente para ti. No me importa cuántas veces digas que no.

—Randy tiene razón. —dijo TJ dando una sonora palmada en la espalda desnuda de James. Antes de que pudiera decir nada para quejarse éste se giró hacia el actor—. ¿Los negros os quemáis con el sol?

Emma se cubrió la boca con las manos, abriendo los ojos de par en par por la inoportuna pregunta del amigo de su

hermano.

—Joder, tío, eso no se pregunta.

Maxwell empezó a reír por la cara que habían puesto todos, pero TJ seguía mirándolo como si realmente estuviera curioso por saber la respuesta.

—¿Has probado de ponerte al sol con una camiseta blanca y una negra? —el *stripper* asintió con la cabeza dudando en si sabía la respuesta—. La negra se calienta mucho más.

—¿Eso quiere decir que te pones caliente antes?

Ahora todos estallaron en risas por la nueva pregunta atrayendo la atención de Megan, quien se acercó a ellos con el agua resbalando por su piel.

James trató de hacer como que no la había dado cuenta que ella estaba allí, pero ver cómo miraba a Maxwell fue superior a él. Sin hacer caso a la conversación e ignorándola por completo se puso en pie y corrió hacia el agua siendo él quien ocupaba ahora la colchoneta.

Salvo los dos hermanos, el resto estaban sentados en la arena, cerca de la orilla, contemplando la puesta de sol en silencio, bebiendo de sus latas de cerveza y sonriendo cuando se miraban entre sí.

—¿Te das cuenta de que la estás perdiendo? —dijo Emma en voz baja.

—Por favor, Emma. Déjame.

—Como no hagas algo...

—¿Y qué quieres que haga? —Preguntó de mala gana—. La cagué al acostarme con ella. Y aun la cagué más cuando le dije que no era más que un error y que no volviéramos a vernos. Emma abrió los ojos como platos y miró a su hermano con expresión de sorpresa.

—¡¿Que qué?! —Exclamó incrédula —. ¿Qué te acostaste con ella? ¿Con Megan? —Preguntó casi en un grito. Por suerte, Megan no se había enterado y seguía riendo con los chicos en lo que estaba siendo una preciosa puesta de sol.

—La cagué, ¿vale? lo sé.

—Es que no se puede ser más tonto.

A quién se le ocurre decirle a la chica de la que estás enamorado que acostarse con ella ha sido un error y que no se vuelva a acercar. Por favor. Si yo hubiera sido Megan te habría mandado al cuerno y no te habría dirigido la palabra jamás. —Ambos se quedaron mirándola en silencio—. Se acostó contigo... la muy puñetera se lo tenía bien guardado. Sé que te quiere, porque eso no puede ocultarse aunque trate de fingir que no, pero debe estar muy dolida contigo y aun así te trata como si nada.

—No me hagas sentir más culpable, ¿vale? —dijo desviando la mirada hacia ellos y dando un largo sorbo de su

cerveza.

—Quizás por lo que le dijiste es que decidió aceptar la propuesta de Maxwell y mudarse con él a Nueva York. Habla con ella antes de que sea tarde, porque si conoce a otro allí la perderás para siempre. La conoces tan bien o mejor que yo.

James hizo caso omiso a las palabras de su hermana. ¿Qué podía decirle, que estaba enamorado de ella desde no sabía cuándo? ¿Qué la había querido toda su vida pero se dejaba seducir por cualquiera? ¿Qué...? No. La quería y se lo había dicho, aunque fuera de forma sutil y disimulada, y por nada del mundo querría que se fuera, pero le había hecho

daño y un «no volvamos a vernos» no había sido lo mejor que hubiera podido decirle. Quizás no tendría con Maxwell la relación de la que ella presumía, lo sabía, pero con él estaría mejor, de eso no tenía dudas.

Ya estaba anocheciendo, el cielo aún tenía trazas anaranjadas de las nubes, pero no faltaba mucho para que se volviera negro por completo.

Megan se había puesto el pantalón, pero aún seguía sin ponerse la camiseta, hacía algo de brisa pero estaban preparando el fuego de la hoguera y ni siquiera pensó en taparse. Adam cubrió los hombros de su mujer con un pañuelo para que no cogiera frio y Maxwell

decidió hacer lo mismo con Megan. Cogió una de las toallas que había detrás de ellos y se la puso por encima, haciendo que ésta le agradeciera con una sonrisa. James intentó no irritarse con aquello, pero ya tenía bastante de ellos, de ella, del estúpido actorcillo y de esa pantomima de mejores amigos que tenían entre los dos. Se levantó, dejó caer la lata de cerveza y se fue hasta el aparcamiento para, simplemente perderlos de vista.

Megan no dudó en soltar la toalla y correr tras él ante la atenta mirada de sus amigos.

—¿Puede saberse qué te pasa? —Preguntó dándole alcance.

—Ahora mismo prefiero estar solo, así que, ¿por qué no vuelves con tu amiguito y me dejas tranquilo?

—No hay quien te entienda, ¿lo sabes?

—Ya. Pobre James... —dijo abriendo la puerta de su coche para sentarse en los asientos traseros, pero ella agarró su antebrazo para frenarle.

James reaccionó por acto impulso y sin pensar en lo que hacía la acorraló contra el coche y presionó su cuerpo contra el suyo.

—Te odio —le dijo rozando sus labios con los de ella—. Te odio por irte con... —se detuvo cuando la tela mojada de su sujetador rozó la piel de

su pecho.

—Yo también te odio. Pero solo cuando te comportas así. Todo habría sido más fácil si no me hubieras hecho a un lado después de esa noche.

—¿Y qué pretendías? Somos amigos, Megan. No quiero perderte, pero empezar una relación solo hubiera complicado más las cosas. Si mañana tenemos una diferencia, si discutimos por algo...

—Eso es solo una excusa. Nunca has tenido una relación seria y te da miedo empezar una con alguien que te conoce como yo lo hago.

—Puede que tengas razón, pero digas lo que digas no va a hacerme cambiar de

opinión —dijo apartándose de ella—. Por favor vete. Déjame solo.

Megan buscó algo con lo que seguir ahí, con él, pero James no parecía querer lo mismo, por el contrario parecía tener prisa por irse y perderla de vista.

—James, mañana me voy a Nueva York.

—Si. Me ha quedado bastante claro que te vas. De ahí esta fiesta de despedida, ¿no?

—¿Y no puedes simplemente tragarte ese genio tuyo y quedarte con nosotros hasta el final?

—No.

—Vale. —Concluyó, dando un paso atrás y separándose de él—. Entiendo

que te vas, ¿no? —Él asintió sin mirarla —. ¿Vendrás a despedirme al aeropuerto?

—No.

—Está bien... Entonces supongo que esto es un adiós... James, no sé cuándo volveré, si es que lo hago.

—Haz lo que te dé la gana, Megan. No te he preguntado. ¿Me has oído hacerlo?

Ella elevó las manos como en son de paz y se apartó otro par de pasos del coche, viendo, incrédula, como James subía en el asiento de conductor y arrancaba para marcharse. Se sintió terriblemente tentada de subir en el lado del copiloto y exigirle que acEmmase

sus sentimientos de una vez antes de que fuera tarde, pero no hizo nada. Contuvo las lágrimas todo lo que pudo y, minutos después, cuando se vio con fuerzas, fingió una sonrisa y caminó rápidamente hacia sus amigos, quienes quemaban nubes en la hoguera.

—¿Y mi hermano?

—Se ha ido. —respondió, sentándose entre Axel y Randy.

—¿Habéis acEmmado algo?

—No había nada que acEmmar. Solo nos hemos despedido.

—¿Sabes que te vamos a echar de menos? —dijo Randy mirándola fijamente.

—¿Sabes que yo también os extrañaré

a vosotros? Como loca —su sonrisa desapareció lentamente al recordar como James le decía que la deseaba como un loco solo para luego decirle que estar con ella había sido un error.
Por un momento todos se quedaron en silencio mirando el fuego crepitante.
Se marchaba. Era verdad que se marchaba. ¡Y con ese tipo!
Condujo de forma rápida y agresiva hasta llegar, quince minutos más tarde, a su apartamento. Lanzó las llaves contra la mesa y fue directo al año para limpiarse la sal de la cara. Pero se detuvo tan pronto como se aclaró con agua y alzó la mirada hacia el espejo.

—Eres idiota, James. —Le dijo a su

reflejo—. Eres idiota y vas a necesitar perderla para darte cuenta de cuánto. —Apretó las manos alrededor de la porcelana del lavabo—. Puede que este sea el último día que puedas verla y terminas así las cosas...

Se miró a los ojos unos instantes y fijándose en la ducha, a sus espaldas, recordó verla con una sonrisa, completamente desnuda y entrando con él. En ese momento le pudo el impulso de ir nuevamente a la playa. Quizás no arregEmma las cosas con ella, le había hecho daño y era consciente de ello, pero al menos podría pasar a su lado unas horas más, quizás las últimas que pudiera estar cerca de ella.

Sin siquiera detenerse a secarse el agua de la cara, corrió por las llaves y volvió al coche al que no debía haber subido. Condujo a toda velocidad sin saber muy bien qué iba a decir como excusa si le preguntaban por qué se había marchado, pero no le preocupó nada salvo estar con ella un poco más.

Estaban todos en silencio, mirando al fuego cuando él llegó. La miró mientras se acercaba pensando en que ojalá no la hubiera menospreciado un mes atrás cuando Randy mencionó al repartidor.

—¡Tío! Megan dijo que te habías marchado.

—Y lo hice —dijo mirándola a ella y desviando la atención a su amigo—.

Tenía algo que hacer, pero ya estoy libre y pensé en volver un rato más. ¿Qué hacéis?

Axel y Randy se levantaron con una sonrisa cómplice y se acercaron con disimulo a la nevera. Tramaban algo y solo Megan se dio cuenta de ello.

—¡No! —exclamó al ver como fijaban la vista en ella y se ponían a reír.

—¿Qué pasa? —Preguntó Emma.

—Me quieren... —sin terminar la frase se puso en pie y empezó a correr por la arena para alejarse de ellos. No era una noche especialmente fría, pero no quería que la mojasen.

Al jueguecito de Axel y Randy se unió TJ, quien instó a Maxwell a que se

uniera a ellos.

—¿Tú no te apuntas? —preguntó Emma con una sonrisa de medio lado y una ceja arqueada.

James pareció pensarlo, pero se quitó la ropa, lanzándosela a su hermana a la cara y arrancó a correr detrás de Megan.

—¿Pero por qué yo? —preguntó entre jadeos.

—Porque hoy eres la protagonista de la fiesta.

—¡Pero a la protagonista se le dan premios no remojones!

Antes de que pudiera decir una palabra más alguien la embistió, haciéndola caer sobre la arena y cayendo sobre ella.

—¡Auch! —se quejó ella—. No

jugamos un partido de rugby...

—Lo siento. Corría tanto que no he podido parar.

—Eres el actor más rápido que he conocido —rió.

James se detuvo al verlos en la arena, pero decidió hacer a un lado sus celos y corrió hacia ellos. Tan pronto como Maxwell la ayudó a ponerse en pie él la cogió por la cintura, se la llevó al hombro y corrió con ella hacia el agua.

—¡James no! —repetía sin parar en un murmullo. Sabía que no iba a detenerse y que terminarían completamente empapados si es que no se ahogaba, porque la velocidad con la que iba James era como para que

empezasen a volar en cualquier momento.

De pronto sintió un golpe frio que rodeó todo su cuerpo y un segundo más tarde emergía del agua tomando aire con fuerza por la impresión.

—Te he dicho que te parases... —dijo mirando a su alrededor—. James. ¿James? —Volvió a girarse para mirar a su alrededor, pero no verlo empezó a ponerla nerviosa—. ¿Daw...?

No pudo terminar de hacer la pregunta. Unas manos la agarraron fuertemente por los tobillos y la sumergieron nuevamente. Ella pataleó y volvió a emerger, tosiendo por haberse atragantado.

James iba hacia la orilla riendo y ella no dudó en ir a por él. Tan pronto como le dio alcance le empujó hacia atrás, pero éste fue rápido y antes de caer contra el agua sujetó una de sus muñecas, llevándosela con él.

Ambos se echaron a reír, pero tan pronto como se dieron cuenta de que tenían los dedos entrelazados, se soltaron y fueron de vuelta a la hoguera sin decir una palabra.

Emma los miraba con una sonrisa. Venían empapados, por lo que era obvio quién había ganado esa batalla. Las palabras «La cagué al acostarme con ella» resonaron en su cabeza. En realidad era extraño que no lo hubieran

hecho antes. Se conocían desde que Megan nació y habían crecido juntos. Su relación se había estrechado aún más cuando sus padres murieron y todavía más cuando ella se fue a Miami y la dejó sola con él, eran el apoyo del otro y habría sido normal que hubieran querido probar sus primeras experiencias con el otro, sobre todo cuando Megan había sido de siempre la pupila de su hermano.

—¿Qué te pasa? —Susurró Adam acariciándole la espalda.

—Nada. Es solo que me da pena que terminen así...

—No des nada por sentado antes de tiempo. Megan aún no se ha ido.

Laméntate cuando te llame desde Nueva York y te diga que se ha casado con Maxwell o con cualquier otro. Aun así tampoco todo estaría acabado.
Acuérdate que yo estuve enamorado de ti aun cuando salías con ese musculitos.
—Emma sonrió y abrazó a su marido, suspirando.
Todos los miraron con una sonrisa.
Pasaba de la una cuando una patrulla se detuvo cerca de ellos para decirles que no podían acampar en la playa. Por más que dijeran que solo estaban celebrando una despedida, la policía les invitó a marcharse, por lo que no les quedó más remedio que dar por acabada aquella fiesta de despedida que ninguno quería

que terminase.

—¿Vendréis al aeropuerto? —Preguntó Megan—. No puedo irme sin veros una última vez. —Miró a James, dándole a entender que eso iba por él, pero éste solo se dio la vuelta y se metió en su coche.

—Nosotros te prohibimos que subas a ese avión sin despedirte de nosotros —dijo Axel abrazándose a ella. TJ y Randy hicieron lo mismo.

—El vuelo es a las ocho. ¡No os olvidéis!

Megan se despidió de ellos con una sonrisa triste y conteniendo las lágrimas.

—¿Estás segura de que es lo que quieres? —Preguntó Maxwell al

arrancar el coche—. No tienes que pasar por esto si no quieres.

—¿Has visto a James? —Prefiero no verle más antes que estar así con él. Quiero ir contigo, de verdad. —Sonrió.

Saludó nuevamente a sus amigos y se alejaron de allí.

Capítulo 12 Día 28
Ya no quiero ser tu amiga

Hacía poco menos de una hora que se había despedido de Emma, Adam y los chicos. Incluso los Holden habían ido a despedirla. Habían ido todos menos él, dejándole una espina clavada en el corazón que jamás sanaría. Ni siquiera había podido hacer a un lado ese estúpido orgullo suyo para despedir a la que había sido su mejor amiga. Odiaba que la hiciera sentir de ese modo, pero

ese cúmulo de sentimientos eran los que le habían llevado a estar donde estaba en ese momento: en la cola de embarque, con una pequeña bolsa de mano en una mano y los billetes para su nueva vida en la otra.

—¿Puedo preguntarte algo? —preguntó Maxwell esperando en la cola. Ella asintió—. ¿Estás cien por cien segura de esto? Quiero decir, alejarte de tu vida, de tus amigos, de ese bebé al que consideras tu sobrino... Megan, Nueva York no es como Los Angeles. En las calles reina el ruido, y las prisas...

—Lo dices de una forma que parece que no quisieras que fuera —dijo dando un paso y avanzando con la cola.

—Claro que quiero. Solo quiero que estés segura.

—No estoy segura, pero creo que es lo mejor.

—Yo creo que lo mejor sería que te presentases delante de ese estúpido y le dijeras lo que hay aquí —dijo tocando su pecho con los dedos índice y corazón.

—Lo intenté ayer.

—¿Le dijiste que estás enamorada de él? —Preguntó dando un paso con la cola—. ¿Le dijiste que te importaba un cuerno todo lo demás y que solo podías verlo a él y pasar el día pensando en él? —Megan tragó con fuerza antes de avanzar un poco más—. Yo no puedo quedarme por trabajo, pero tú no tienes

que hacer esto. No sin haberlo intentado todo.

Esta vez la cola avanzó sin que ella diera un paso más. Maxwell hizo pasar a los que estaban tras ellos. Llevó la mano al bolsillo del pantalón y sacó la llave del Ferrari, acto seguido tomó las manos de ella entre las suyas y dejó la llave en ellas, cerrándolas con fuerza mientras se acercaba a ella y la rodeaba en un abrazo.

—He llegado a apreciarte como a una verdadera amiga, y puedo apostarme el cuello sin temor a perderlo, que habría terminado enamorándome de ti. Pero no puedo llevarte conmigo a Nueva York sabiendo que toda tu familia se queda

aquí, que... —Hizo una pausa para tomar aire—. Quédate con mi coche, como recuerdo por lo último que hice por tu metamorfosis. Ahora ve y arregla las cosas con él. Si no lo consigues es que es más estúpido de lo que parece, entonces te esperaré en Nueva York dispuesto a ser el hombre que te mereces.

—Maxwell... —Megan tenía un nudo en la garganta que casi no le dejaba hablar.

—No digas nada. Odio las despedidas. —Sonrió tratando de no parecer triste por la situación—. Tengo tu móvil, te llamo cuando llegue. Ahora ve.

La cola había avanzado hasta no quedar nadie más que ellos para embarcar. Y sin añadir nada más Maxwell sujetó su cabeza por la nuca y la besó en la frente. Luego se giró y, dejándola ahí, sola, se acercó a las azafatas para que cogieran su billete.

—Maxwell —el actor se detuvo justo antes de atravesar las puertas del túnel —, gracias.

Con una simple sonrisa como respuesta se alejó, seguido de la azafata.

Ahora era el momento de la verdad. Haría caso a lo que Maxwell le había pedido: intentaría arreglar las cosas con James aunque fuera la última vez que lo hiciera.

Aquella podía ser, sin lugar a dudas, la situación más rara que estaba viviendo: había pedido un traslado a Nueva York que le habían aprobado sorprendentemente rápido, había empaquetado lo indispensable para que una compañía de mudanzas le llevase sus cuatro bultos y se había despedido de todos hacía no más de una hora (de todos menos de James), ahora iba con dirección al Ferrari de Maxwell con un nudo en la garganta que apenas le dejaba respirar y con los ojos tan llenos de lágrimas que casi no veía donde ponía los pies.

Apretaba la llave entre sus dedos arrepintiéndose por no haber subido a

ese avión, no porque no quisiera a James, sino por miedo a ser rechazada nuevamente, porque esa sería la última vez que le insistiera.

Tan pronto como se sentó en el asiento de conductor un enorme avión pasó por encima de ella, tan bajo que casi podía ver las ventanillas, e imaginando que estaba sentado en su asiento tan solo como lo estaba ella se derrumbó.

Odiaba las despedidas igual que él, pero era lo que habían hecho, despedirse, quizás para nunca más saber uno del otro y, al encontrar su reflejo en el espejo de la visera, recordó la primera vez que llamó a su puerta.

—Nunca podré pagarte por lo que has

hecho por mí, Maxwell —murmuró, llorando desconsolada.

Casi una hora después, un poco más tranquila y con el cielo oscurecido por la noche decidió que ese era el momento de la verdad, de ir a por esa respuesta que cambiaría las cosas para siempre: Si James le decía que no quería volver a verla, o que no podían estar juntos o que... definitivamente no volvería a verlo, tomaría el próximo vuelo a Nueva York y se olvidaría de él. En cambio, si le decía que sentía como ella... Si fuera así sería la mujer más feliz del mundo.

Le aterraban las dos posibilidades.

Ya era su turno. La música empezó a sonar y salió al escenario como un

autómata. Haría el espectáculo al que estaba acostumbrado sin pensar en nada más, sin pensar en ella.

Odiaba que Maxwell hubiera ganado. Que él se quedase con su mejor amiga y con la única mujer que le entendía de verdad. A esa hora ambos debían estar juntos en un avión, alejándose a cientos de kilómetros por hora de él. Pero lo merecía, por cobarde, por no saber cómo reconocer que estaba tan enamorado de ella que ni siquiera hubiera una palabra que se acercase a describir cuánto.

Megan había despedido a Maxwell en el aeropuerto. Había sido gracias a él que ella ahora se veía como una mujer de

verdad. Había descubierto, gracias a él, su lado femenino, su lado sensual, su lado romántico y su deseo de ser amada de verdad.

Condujo sabiendo donde ir y dirigiéndose hacia allí sin prisa pero sin pausa. Esperó a que Goudy le diera paso para entrar y se sentó en un lugar alejado del escenario, donde sabía que, en la oscuridad de aquel local él no iba a poder verla, y esperó, pacientemente, a que James saliera a escena.

La luz intermitente se había encendido y la sala se llenó de gritos femeninos. El Dios del erotismo hacía su entrada por uno de los laterales, caminando despacio y con una sudadera ancha con

capucha. La música empezó a sonar y con ella dio comienzo el espectáculo. James había repetido tantas veces el mismo show que podía hacerlo por completo sin siquiera tener la mente en lo que hacía. Se movía de forma provocadora mientras se deshacía de la sudadera. Siguió contorneándose mientras llevaba las manos al borde de la camiseta para quitársela, pero entonces, en un instante sus ojos se encontraron con los de ella. Megan no hizo ademán de moverse, siguió mirándolo de brazos cruzados, pero él sintió como le daba un vuelco el corazón.

No se había ido.

¡No se había ido con Maxwell!
En ese momento no le importaron las otras mujeres del local, ni le importó lo que Gary pudiera decirle por interrumpir el espectáculo a la mitad. Bajó del escenario con la mirada fija en ella y se acercó con el corazón a punto de salírsele del pecho.

—Pensaba que te ibas con Maxwell —dijo fingiendo seguir molesto con ella cuando en realidad estaba tan feliz que no cabía en sí mismo.

—¿Hubieras preferido que lo hubiera hecho?

—No.

—Quiero que escuches lo que tengo que decir y que te enteres bien. James, te

quiero. No sé cuánto hace pero estoy enamorada de ti. Lo que pasó hace unos días fue lo mejor que me podía pasar, pero la cagaste cuando me dijiste que solo querías ser mi amigo.

—Megan...

—No. Espera que termine de hablar. Ya no quiero ser tu amiga. No me conformo con que tú te acuestes con otras y yo tenga que irme a dormir sola todas las noches. James, te quiero, y ya no me conformo con ser solo tu amiga, quiero ser algo más que solo eso, quiero ser mucho más.

—Megan...

—Sé que tú sientes igual, y que crees que perderás a tu mejor amiga, pero no

es así. Conozco lo mejor y lo peor de ti y aun así te quiero como lo hago...

—¿Quieres dejarme hablar? —Dijo alzando un poco la voz por encima de la de ella. Ella pegó los labios y se los mordió—. Perdón por gritar, pero ahora es mi turno. Estaba aterrorizado cuando empezó esta apuesta. Tenía tanto miedo de que realmente empezases a cambiar que pasé noches sin poder dormir. Luego supe por qué. Eras la anti-mujer, te comportabas como nosotros, venías siempre con nosotros y eras nuestra pequeña protegida, pero decidiste salir de la crisálida y convertirte en la preciosidad que tengo delante. Creo que contigo todos han cambiado un poco,

pero sobre todo yo. —Megan le miró apretando todavía más los brazos contra su pecho, acentuando más su escote sin darse cuenta—. Como no dejes de hacer eso tendré que llevarte ahora mismo a la «S-Room» —murmuró mirándole los pechos—. Megan, sabes igual que yo lo que siento por ti, y por si no lo sabes, tampoco yo me conformo con ser solo tu amigo, también quiero más, mucho más.

—¿Y qué propones que hagamos para solucionarlo?

—Que me des una oportunidad, para demostrarte que te quiero, para compensarte por todos los malos ratos que te he hecho pasar. —Megan lo miró con los ojos entrecerrados y una leve

sonrisa en los labios—. Dejaré este trabajo si hace falta.

—No. No, no, y no. Te encanta ser lo que eres, lo disfrutas y te encanta, y a mí también.

—¿Y entonces? ¿Qué sugieres?

—Nada. Si tratando con este montón de chicas cada noche has podido enamorarte de mí... creo que con eso me basta. Solo necesito que sigas pensando en mi como tu mejor amiga y que...

—No puedo pensar en ti solo como mi mejor amiga, cariño. Me he vuelto loco pensando si te habrías acostado con ese vecino tuyo, sobre todo la otra noche al descubrir que yo no era el primero. Me he vuelto loco imaginando si algún

compañero tuyo de urgencias se habría fijado en ti, o lo peor, que tú estuvieras interesada en otro.
Las palabras estaban de más en lo que ambos sentían por el otro y James decidió actuar. Llevó las manos a los lados de su cara, acariciando sus pómulos con los pulgares, luego la atrajo para besarla.
El público del club estalló en aplausos y gritos de emoción. Las clientas parecían más emocionadas por verlo besarse con Megan que por verlo desnudarse delante de ellas, y empezaron a echar sobre ellos aquellos billetes que, de otra manera, hubieran terminado en la goma de su ropa interior.

Cuando los chicos escucharon el griterío fuera pensaban que habría pasado algo con James, esa tarde se le veía afligido y no parecía muy emocionado con la actuación. Se asomaron por la cortina solo para encontrarse que no había nadie en el escenario y que todo el público se arremolinaba alrededor de lo que ellos pensaron que era solo James. Corrieron hacia allí tan deprisa como pudieron y, al llegar al montón de gente, vieron a Megan, a Megan y a James besándose como si nada les importase.

Quizás no era eso para lo que habían ido las clientas: para ver a uno de sus *strippers* favoritos confesándose a una chica y besándola, pero sin lugar a

dudas, eso era mucho más divertido.
La música siguió sonando, la noche siguió avanzando y el resto de las estrellas del club bailaron con ellas, las tocaron, las hicieron contornearse sensualmente al ritmo de la música... Y cuando dieron las tres de la mañana, se marchó la última clienta.
James observó a Megan apoyado en la puerta de la «S-Room» con una mirada traviesa en los ojos.

—Tú eres la única que no ha pasado por aquí...

—Ah no, señor Holden. A mí no me vas a meter en esa habitación. A mí no me vas a tratar otra vez como a una de tus chicas de un solo uso.

James se acercó a ella, la abrazó y hundió la cara en su cuello antes de morderlo suavemente.

—Creo que te he dejado claro hace un rato que tú no eras para mí alguien como lo que describes —susurró, besando justo después donde había mordido.

—Pues entonces sé un caballero. Llévame a casa, pídeme una cita y, si antes de que termine el mes crees que estás completamente enamorado de mí, pídeme salir y sé el novio perfecto que necesito para ganar esa apuesta.

—Oh, Dios. ¡Es verdad! La apuesta termina...

—En cuarenta y ocho horas —sonrió

Megan escurriéndose de entre sus brazos y dirigiéndose a la puerta trasera por la que tantas y tantas veces entró a lo largo de esos años.

—Un momento —gritó Gary—. ¿Qué va a pasar ahora? ¿Qué va a pasar con tus actuaciones?

—Dame unos días. Tengo mucho que recuperar. Luego... Luego prepárate, puede que le dé un pequeño giro a mis actuaciones.

—No. Nada de giros. Nada de cosas raras, ¿me oyes? Éste es mi local, este es mí...

Ninguno de los dos escuchó nada de lo que siguió mascullando Gary. Ambos habían salido corriendo de allí, ella con

dirección al coche y James con dirección a esa mujer que había logrado poner su vida patas arriba, volviéndole loco, demostrándole que era mucho más que una mujer de la que los hombres se enamorarían.

Capítulo 13 Día 29
Una torpe primera cita

Pese a haberse confesado horas atrás, habían pasado la noche solos, él en su cama y ella en la de ella. Tal como Megan pidió se comportó como todo un caballero y la llevó a casa. Y en realidad eso era lo apropiado porque, a pesar de haberse acostado con ella, quería hacer las cosas bien, y eso implicaba tomarse las cosas con calma, no hacer el amor con ella como si no

hubiera un mañana. La besó dulcemente frente a la puerta de su apartamento, buscando en su interior el autocontrol que necesitaba para no comportarse como un animal en celo, y después de decirle mil veces que la quería, se marchó, dejándola con una sonrisa en los labios y con el corazón acelerado.

Megan a duras penas podía creer que fuera cierto. Se pellizcó en las mejillas varias veces para despertar de ese sueño. Pero era real. James le quería y ella no podía ser más feliz por ello.

La mañana llegó terriblemente despacio para ambos, pero James no pretendía perder más tiempo con ella. Acarició las sábanas con una sonrisa en los labios

recordando la noche que pasaron juntos, sabiendo que pasarían muchas más de la misma forma, y salió de la cama de un salto. Se vistió más deprisa que nunca y buscó las llaves de su coche. Era obvio que no pretendía desayunar solo, ni dejar que ella lo hiciera sola tampoco. Condujo hasta una famosa cafetería que había no muy lejos de su apartamento y después de pedir café para dos se dirigió al apartamento de Megan.

A pesar de haber confesado sus sentimientos, no le había pedido que salieran, creía que estaba de más, sobre todo cuando para él ella lo era todo.

A diferencia de las otras veces que había estado en casa de Megan, no

introdujo el código y se metió son más, ésta vez llamó a la puerta, esperando pacientemente en el rellano. Estaba tan ansioso por verla que le temblaban las piernas.

Cuando la puerta se abrió encontró a una Megan cuyos ojos brillaban como el océano en invierno y cuya sonrisa le hacía querer besarla hasta el fin de los tiempos.

—Buenos días, cariño —murmuró mirándola a los ojos.

—James... —suspiró su nombre, mordiéndose el labio inferior y ladeando la cabeza.

«*Dios, contrólate*...». Pensó James sonriendo como un tonto.

Megan dio un paso atrás y se apartó de la entrada para que pudiera pasar.

—No me puedo quedar mucho tiempo. Hay algo que tengo que hacer hoy.

En realidad era algo que había pensado mucho durante toda la noche, algo que ni siquiera se atrevía a decir en voz alta por miedo a pensar que estaba loco. Fueron muchas las veces que tomaron café en casa de uno o del otro, sobre todo después de dormir bajo el mismo techo esa noche. Pero aquella mañana era distinta para ambos, ella no se había ido con Maxwell y él se había atrevido a admitir sus propios sentimientos. Ahora, pese a todo, se sentían tímidos,

como si todo lo sucedido no hubiera pasado en realidad y ambos tuvieran miedo de no hacerlo bien.

James estiró un brazo por encima de la mesa y sujetó su mano derecha.

—¿Tienes algo que hacer esta noche? —Ella negó con la cabeza—. ¿Quieres que vayamos a cenar?

—¿Cómo una cita?

—Como nuestra primera cita —sonrió—. Hace veinticinco años que nos conocemos y nunca te he llevado a cenar apropiadamente. ¿Eh? ¿Qué me dices? ¿Quieres ir a cenar conmigo?

—James, iría a cualquier parte contigo —confesó, ajustando aún más el agarre de sus manos y escondiendo la

cara tras la otra mano.

—No te escondas. Quiero verte siempre.

En realidad Megan también tenía cosas que hacer ese día. No iría a Nueva York, Maxwell tenía razón cuando le dijo que se quedase y que intentase arreglar las cosas, había arreglado las cosas confesando sus sentimientos como debía haber hecho días atrás, pero, aunque tarde, ya estaba hecho, y ahora tenía que anular la mudanza, y el traslado de hospital. Tenía que dejar las cosas como estaban hacía una semana.

Esa era la vigésimo novena noche desde que hicieron aquella apuesta que había puesto en la cuerda floja su amistad. Era

la vigésimo novena noche desde que Megan había cambiado y la vigésimo novena noche desde que su mundo se había puesto patas arriba por una mujer, aunque no fuera una mujer cualquiera, sino ella.

Pasó todo el día organizando unos asuntos que para él eran de vital importancia y ahora iba, nuevamente, camino del apartamento de Megan.

Había planeado llevarla a cenar, y eso era algo que le ponía especialmente nervioso. Había salido en infinidad de citas con cientos de mujeres, pero nunca con alguien que le hubiera hecho enloquecer de esa manera, nunca con alguien a quien le aterrase perder o

alguien a quien quisiera más que a nadie en el mundo. Se había vestido para la ocasión, pero ahora se veía a sí mismo mirándose en el espejo del portal de su cita con los nervios haciéndole temblar las manos. Era Megan, y la conocía desde que tenía uso de razón, pero precisamente porque era ella.

Llamó a la puerta con el pulso completamente acelerado. Cuando Megan abrió, vestida con un precioso vestido negro de cuello alto que le hacía verse aún más bonita, sintió que se le paraba el corazón.

—Buenas noches, señorita —dijo con una sonrisa, ofreciéndole una rosa roja que había comprado y que llevaba rato

manoseando.

—Qué bonita...

—No tanto como tú... —se acercó a ella, llevó una mano a su cintura y la atrajo para abrazarla.

Había algo distinto en ella y no tardó en darse cuenta de lo que era.

—¿Ahora vuelves a ser rubia?

—Me encantaba aquel color de pelo, pero ahora soy más yo.

—No podría estar más de acuerdo. —Se acercó para besarla, sonriendo al notar sus propios sentimientos arremolinándose en el estómago—. ¿Vamos?

—¿Dónde vamos a cenar?

—En un rato lo sabrás.

Salieron rodeándose con los brazos, como si no pudieran separarse más de lo necesario.

La primera vez que James la vio, vestida con ese aspecto terriblemente seductor, iba con Maxwell al hotel Hilton.

Aquella fue también la primera vez que se sintió celoso de otro hombre, por lo que creyó que llevarla a ese mismo hotel podría ser algo especial. Ésta vez no habrían otra chica y otro chico con ellos, estarían solo ellos dos.

Megan sonrió al ver donde se detenían.

—¿Aquí?

—Aquí —respondió, poniendo una mano en su espalda y guiándola hasta el mostrador.

Fueron hasta su mesa tras la indicación de la recepcionista y, como todo un caballero, James retiró su silla para invitarla a sentarse, pero, tan pronto como Megan lo hizo, se colocó al lado suyo, le ofreció una mano y sonrió. La hizo levantarse y salir de allí a toda prisa.

—¿Y esto? —Preguntó dubitativa.

—Esto es que me lo he pensado mejor. Nunca he sido así, y sé que no es el tipo de hombre que tú esperas que sea. —ella sonrió en respuesta.

—Entonces...

—Iremos a por unas hamburguesas y a un sitio mejor, más despejado y más íntimo.

Dicho y hecho. Subieron en el coche de James y condujeron hasta una hamburguesería, luego se dirigieron a las afueras, con dirección al famoso cartel de Hollywood.

Prácticamente no había coches, por lo que el ambiente era aún más íntimo y solitario del que esperó.

Megan dejó los zapatos en el coche y corrió, descalza, hasta la baranda, contemplando las luces de la ciudad desde allí.

—Es precioso. ¿Puedes creer que nunca he estado aquí?

—¿Puedes creer que siempre he querido traerte?

—¿Y por qué nunca lo has hecho? —

preguntó ella mirándolo.

—No lo sé. Pero me encanta que haya sido en nuestra primera cita. —Llevó una mano a su mejilla y la atrajo—. Esta noche estás preciosa. —dijo, besándola.

Parecía mentira que fueran los mejores amigos, que lo conocieran casi todo el uno del otro y que, a pesar de ello, no supieran cómo actuar como pareja.

Permanecieron un rato asomados, ella apoyada en la barandilla, él rodeándola por la espalda y besándola en el cuello de vez en cuando, luego regresaron al coche.

Cuando James llevó la mano derecha al contacto para arrancar el motor, Megan le detuvo, moviéndose en su asiento

para, acto seguido pasar una pierna por encima de él y quedar sentada en su regazo. Antes de que dijera una sola palabra tomó su cara entre las manos y se acercó para besarle. James llevó una mano a su trasero y la acercó aún más, pero el vestido le impedía separar más las piernas y el señor experto supo rápido qué hacer para remediarlo.
La apartó despacio, con una sonrisa traviesa y, con un gesto, le pidió que volviera a su asiento, luego salió del coche, echando su asiento hacia adelante y sentándose en la parte trasera, luego, con un nuevo gesto le pidió que fuera con él, y así lo hizo, colándose entre los asientos de conductor y copiloto volvió

a colocarse sobre él. Ésta vez James se encargó de subir ligeramente la falda del vestido para que no hiciera tope alguno. La contempló ahí, sentada sobre él, con las manos en sus hombros mientras él acariciaba sus muslos con los dedos. Ambos podían adivinar, sin mucha dificultad lo que quería el otro y no tardó demasiado en notarse la excitación en sus cuerpos.

—No quiero ser una más en tu coche, pero no sé si pueda evitarlo. —Murmuró rozando sus labios con los de él.

—Te parecerá mentira, pero en este coche nunca...

—No te creo. —Interrumpió apartándose para mirarle a la cara—.

Conozco al gran James Holden. Y al pequeño también —susurró antes de echarse a reír.

—Pues déjame decirte, listilla, que no lo sabes todo. Por cierto, no sabía que no eras virgen. No puedes imaginar las ganas que me dieron de matar al... —empezó, haciéndola reír al ver que empezaba a comportarse como el James de siempre.

—Déjame decirte, listillo, que tampoco tú lo sabes todo.

James llevó una mano detrás de su cuello y la acercó para besarla otra vez. Poco a poco, las caricias y los besos fueron subiendo la temperatura. Cada vez parecían más urgentes, más

demandantes. La ropa sobraba y James no tardó en subir su vestido para quitarle la ropa interior, pero no llegó a alcanzar el elástico de sus braguitas cuando su teléfono empezó a sonar. No tenía intención alguna de responder, pero conocía la melodía.

—Lo odio... —murmuró—. Tendría que haber dejado el teléfono en casa.

—¿Gary?

—Gary. —Confirmó. Apoyando la cara en su pecho—. Espera, voy a ver qué quiere.

—No has ido a trabajar. Es obvio lo que quiere —rió.

En efecto, podría perdonar su ausencia cuando no había demasiadas clientas,

durante ese mes había faltado un par de veces y no había pasado nada, pero la noche anterior no hubo espectáculo como tal y ese día tenía el club completamente lleno, aunque quisiera no podía prescindir de él. Ni de él ni de ninguno de los chicos.

—Ven conmigo. Quédate hasta que termine —pidió—. Esta noche... Aunque no hagamos nada quiero estar contigo, poder verte cuando te busque.

Megan sonrió y asintió con la cabeza. Iría, se quedaría sentada en el sofá del saloncito y sería, un poco, como en los viejos tiempos.

Capítulo 14 Día 30
El final de una apuesta

Tan solo faltaba solo una hora para el final de aquella apuesta y James no podía creer lo que estaba a punto de hacer.

❤❤❤

El día anterior:
Le había costado lo impronunciable separarse de Megan, pero había pasado gran parte de la noche debatiéndose con ello y debía hacerlo.

Llamó a la puerta de su hermana con el corazón a cien por hora, ni siquiera entendía por qué estaba tan nervioso por ver a su hermana, sin embargo ahí estaba, con el dedo en el botón del timbre y sin puntería para presionarlo debidamente.

—¿Desde cuándo nos visitas por la cara?

—Solo vengo a por algo. —Su hermana alzó una ceja mientras le hacía pasar.

—¿Qué podría ser? ¿Te has quedado sin condones? —rió por la ocurrencia, pero no tuvo el mismo efecto en él.

—¿Recuerdas el anillo de bodas de la abuela? —Esta vez Emma frunció el

ceño—. No lo estás usando y lo necesito. La abuela siempre pensó que debía tenerlo Megan. Preferí que te lo diera a ti antes que defraudarla, pero ahora...

—¿A quién pretendes dárselo? —Inquirió, pero James no respondió a la pregunta, por el contrario carraspeó con cierto nerviosismo—. ¡Oh Dios mío! ¿No se fue? —gritó.

Ni siquiera esperó por la respuesta de su hermano. Empezó a correr como loca por la casa exclamando lo feliz que era de que Megan no se hubiera ido y, antes de que su hermano le recordase por lo que estaba ahí, corrió al dormitorio, donde guardaba la preciosa joya.

Era un anillo sencillo: un aro de platino rodeado de pequeñísimos diamantes, nada del otro mundo.

—Quiero estar delante cuando lo hagas —dijo Emma mientras soltaba la sortija entre los dedos de su hermano.

—No sé si voy a ser capaz. —Confesó—. En mis veintisiete años, jamás había pensado en hacer algo así...

—¡Y va a ser con Megan! Ojalá sus padres pudieran ver esto.

—¿Siempre tienes que decir cosas que me pongan más nervioso?

—Eres un histérico, James. Pero dime, ¿Cuándo va a ser?

—Si soy capaz de hacerlo, será mañana por la noche, en el club. Mañana

es cuando termina la apuesta —sonrió levemente.

❤❤❤

Después de haber pasado toda la noche y todo el día juntos decidió llevarla al club. Quizás no era la mejor idea para la segunda cita de una pareja que acaba de empezar, pero aquella apuesta había empezado en el Olimpvs y deseaba que terminase también allí.

Megan no tenía ni idea de los planes de James, pensaba que era una salida más, por lo que no se vistió con nada especial: unos vaqueros ceñidos, una camiseta de tirantes de color rosa y unos zapatos de tacón a juego. Jamás hubiera imaginado que le gustaría vestir así, con

prendas que delineasen su cuerpo a la perfección. Pero le gustaba, y aun le gustaba más la forma en la que James la miraba.

Lejos de lo que imaginó, James la llevó al club. No le resultaba raro, ya que prácticamente a diario había estado yendo allí, pero ese era el día de descanso de los chicos y le extrañó que Gary abriera solo para que fueran ellos.

Se subió al escenario contorneándose al ritmo de la música, levantándose el pelo y sonriendo por los aplausos de sus amigos. Ella no iba a desnudarse como hacían ellos, pero se estaba divirtiendo como nunca. Axel subió con ella, poniendo las manos en su cintura

mientras ella se movía. James la miraba embobado, con los ojos llenos de estrellas y con una sonrisa sutil en los labios. Pronto se animó TJ y Megan puso las manos en los pechos de sus amigos mientras se agachaba trazando círculos con las caderas.

—Es increíble que la chica del escenario se escondiera debajo de nuestra Megan —dijo Randy con una sonrisa.

—Lo que es increíble es que esa chica del escenario pueda haberse enamorado de alguien como yo...

—Siempre lo ha estado. Igual que siempre lo has estado tú de ella.

—Siempre ha sido especial para mí,

pero no ha sido hasta ahora que me he dado cuenta de lo mucho que me importa. Adoro este trabajo, pero esto se ha terminado para mí. No puedo perderla.

—Yo creo que es la mejor elección que podías hacer. Ahora ve a por ella antes de que esos dos la manoseen demasiado.

James subió al escenario echando de allí a sus dos amigos. Axel y TJ se bajaron de allí replicando, pero los dejaron a solas. Le ofreció una mano que ella no dudó en tomar, la hizo girar sobre sus pies como si fuera una bailarina y acto seguido la pegó a su pecho mientras llevaba los labios a los suyos.

—¿Tan sexy estaba que no has podido resistirte? —Bromeó Megan, pero él solo puso una mueca que imitaba a una sonrisa—. ¿Pasa algo?

James la miró, negando sutilmente con la cabeza y, sin darle una respuesta se llevó una mano al bolsillo lateral de su pantalón y se agachó, poniendo una rodilla en el suelo. Alzó las manos, ofreciéndole el anillo de su abuela con un canuto con cinco billetes de mil dólares enroscado en el medio.

—Has ganado la apuesta. Lograste cambiar tu aspecto, conseguiste una cita y, si me lo permites, quiero ser el novio perfecto.

De repente Megan se asustó. Miró hacia

los chicos, encontrando también a Emma acompañada de su marido. Ni siquiera se había dado cuenta de que estuvieran allí. Emma estaba secándose las lágrimas por ver a su hermano declarándose a una chica, pero más aún por ver que esa chica es Megan.
Megan estaba tan impactada que los miraba a todos sin saber qué responder. Eso no era lo que ella pretendía, ni siquiera se había planteado la idea de que un hombre pudiera ofrecerle un anillo alguna vez. Todos en el salón asentían con la cabeza efusivamente, como animándole a que dijera que sí. Lo miró repentinamente asustada y, ante la falta de respuesta, James se puso de pie

sujetando sus manos entre las suyas.

—¿Qué me dices, cariño? ¿Quieres ser tan mía como yo soy tuyo?

No sabía cómo lo había hecho, pero le había puesto el anillo en el dedo de pedida sin que se percatase.

—Yo...

Cuando se dio cuenta de que él estaba tan nervioso que incluso temblaba, rodeó su cuello con los brazos y le abrazó.

—Te quiero, James. Y sí, claro que quiero. Sería la más feliz del mundo siendo también tuya.

Él suspiró aliviado. Tenía la certeza de que le quería, pero no estaba tan seguro sobre la respuesta a su extraña

propuesta de matrimonio.
Ni en sus sueños más locos habría imaginado jamás que haría algo como aquello, sin embargo lo había hecho, y no podía estar más contento con el resultado, sobre todo porque, si realmente la hubiera perdido, si Megan no hubiera seguido intentándolo a pesar de sus negativas y sus rechazos y se hubiera marchado a Nueva York con Maxwell, su vida se habría convertido en un infierno.
La apartó poniendo las manos en su cintura, luego sujetó su cara y la besó.
Randy se acercó a las cortinas con una sonrisa y las cerró, dándoles la intimidad que merecían.

La celebración en el club no duró demasiado, Emma se sentía agotada por culpa del embarazo y Adam la llevó a casa temprano, Axel, TJ y Randy preferían darles espacio para que recuperasen el tiempo perdido, por lo que se marcharon dejándoles solos en el sofá del saloncito del Club.

—¿Te apetece hacer algo? — Preguntó él mirándola con serenidad.

«*¿Cómo demonios no te he visto antes?*». Le preguntó mentalmente. Sabía que era absurdo pensar en el tiempo pasado, pero cuando se fijaba en sus ojos, en sus labios o en la forma perfecta de su cara le resultaba completamente incomprensible no

haberse dado cuenta antes de que Megan era preciosa.

—¿Por qué me miras así? —Preguntó ella arqueando una ceja.

—Porque me hace feliz contemplarte. ¿No puedo mirarte? —Megan sonrió en respuesta y se desplazó sobre el asiento, acercándose un poco más para poder besarle.

—Vayamos a casa, no importa si a la tuya o a la mía. Pidamos unas pizzas y veamos una peli, como en los viejos tiempos —sugirió.

—¿Puedo elegir peli?

—Ehm... No. Creo que no. Te conozco y elegirías algo porno o... —James se echó a reír estrechándola en un

abrazo.

—Iba a elegir algo que te gustase a ti, pero una porno no me parece mala idea...

Ella golpeó sus costillas con un codo antes de incorporarse y dejarlo riendo en el sofá.

En todo el trayecto al apartamento de Megan, ella no pudo dejar de mirar su mano, el dedo en el que James había puesto un anillo. Inevitablemente sus ojos se llenaron de lágrimas.

❤❤❤

Tenía seis años cuando Brianna, la abuela de James y Emma la sentó sobre su regazo después de que se cayera en el jardín de los Holden y se hiciera daño

en una rodilla. La mujer abrazó con fuerza a la pequeña Megan.

—No llores, cariño —le dijo con un tono cálido y amable—. Esto te pasará muchas veces. De pequeños nunca nos fijamos en las cosas que nos pueden hacer daño y de mayores tenemos tanto cuidado de no herirnos con nada que nos olvidamos de vivir a lo grande. Disfruta cada cosa de la vida, incluso esto.

—No lo entiendo. ¿Si me duele como lo voy a disfrutar?—La mujer se echó a reír.

—Lo entenderás cuando seas mayor —Se quitó el pañuelo con el que cubría las manchas de su cuello y lo anudó alrededor de la pierna de Megan.

Ésta no pudo evitar fijarse en el anillo que llevaba y lo tocó un instante antes de mirarla y sonreír.

—¿Te gusta? —La niña asintió, abriendo de par en par sus preciosos ojos azul grisáceo—. Cuando seas mayor lo llevarás en este mismo dedo —dijo sujetando el que sería en el futuro su dedo de pedida—. Era de mi abuela, luego fue de mi madre, después fue mío y cuando James y tú seáis mayores, pasará a ser tuyo.

❤❤❤

Hasta ese momento no había recordado las palabras de aquella mujer que había fallecido pocos días después de ese día.

—¿Qué te pasa? —Preguntó James

mirándola con preocupación.

—Nada. Es solo que me he acordado de algo.

—¿Malo?

—No. Era un recuerdo de tu abuela diciéndome que cuando fueras mayor, éste anillo sería mío.

—A veces sorprende como algunas personas pueden predecir el futuro... Ella supo esto desde que te vio por primera vez y desde entonces supo que ese anillo luciría en tu mano.

—Me encanta que no se equivocase.

—A mí también, cariño.

Entrelazó los dedos con los de ella y los acercó hasta sus labios para besar el dorso de su mano.

James sonrió al entrar en el apartamento de Megan, esa era la primera noche de su vida con una pareja oficial y lo mejor aún, con la definitiva. Le dio alcance antes de que Megan llegara al salón y la rodeó por la cintura, apoyando la barbilla en su hombro derecho. No dijo ni una sola palabra, solo permaneció así, abrazado a ella, sintiéndola entre sus brazos, pequeña, cálida y acogedora como solo ella podía ser.

Las pizzas no tardaron en llegar y, con la película (no erótica) ya en marcha, se acomodaron en el sofá.

—¿Sabes? —Preguntó ella sin haberse dado cuenta de que James estaba completamente dormido—. Vaya,

ésta sí que es buena —sonrió—. En las películas o en las series siempre es la chica la que se duerme y el chico el que la carga en brazos y la lleva a la cama —murmuró.

Salió de encima de él y fue hasta el dormitorio, de donde sacó una sábana con la que arroparle. Permaneció agachada al lado suyo mirándole con una sonrisa tonta en los labios. Perfiló sus cejas con los dedos y se acercó despacio a sus labios. Deseó que la cogiera por "sorpresa" y devolviera ese beso con la pasión que sabía que podía entregar, pero él no se dio ni cuenta, por el contrario suspiró tranquilo y se dio la vuelta.

Le tentó despertarle para que fueran a la cama, pero para que llegarse a dormirse en el sofá debía estar agotado. Le besó en el pelo y se incorporó para irse a su cama.

Se dejó caer contra la cama mirando el anillo de su mano. Esa era la primera vez que llevaba anillo. Aunque no quisiera lo notaba en el dedo y eso le recordaba continuamente lo que había sucedido horas atrás. Se abrazó a la almohada y rodó por la cama mordiéndola, conteniendo un grito de emoción. James la quería, la quería hasta ese extremo.

—¿Es divertido? —Preguntó James, sorprendiéndola.

Había llegado al dormitorio en el más absoluto silencio y se apoyó en el marco de la puerta al verla sonreír y patalear mientras miraba el anillo. No podía sentirse más satisfecho por habérselo dado.

—Estabas durmiendo.

—¿Y en lugar de quedarte conmigo me abandonas para venirte a la cama tu sola?

Ella se apartó del centro, haciendo un espacio para él y tocó con la mano a su lado para indicarle que fuera con ella, gesto que él no dudó en aceptar.

Se estiró al lado de Megan, mirándola con una ligera sonrisa y la atrajo, abrazándola con fuerza y colocándola

sobre él.

—Me gusta estar así contigo. —Confesó un tanto nerviosa.

—A mí también, cariño. De hecho me gusta tanto que estoy pensando en mudarme aquí contigo.

Megan, que tenía a James entre las piernas, se inclinó sobre él, besándole en los labios antes de apoyarse en su pecho.

—Estás duro, pero eres cómodo.

—¿Duro? Son músculos, cariño, tienen que estar así.

—Lo sé. Soy enfermera, ¿recuerdas? He visto muchos de estos. Y los he tocado también.

—¿Intentas ponerme celoso?

—Puede... —rió, moviéndose entera cuando él se echó a reír debajo de ella. A pesar de ser un tipo realmente fácil de excitar, se contuvo. Prefería tenerla así, sobre él, que no tenerla. La rodeó nuevamente con los brazos y después de un suspiro cerró los ojos.

—¿Te vas a dormir así? —preguntó ella con la voz ahogada.

—Ahá. —confirmó.

—Podrías soltarme.

—O podrías acomodarte como estás. No pienso soltarte jamás. —sonrió. Buscó el interruptor con la mano y sin dudarlo ni un segundo, lo presionó. Quedando a oscuras.

La mañana trajo los rayos de sol

acompañados de suspiros. Se miraron fijamente unos segundos sonriendo, asimilando que aquello no era un sueño, sino la realidad, el principio de un futuro que prometía mucho más que felicidad y risas.

—Este es el segundo mejor amanecer de mi vida —susurró James, ajustándose a ella.

—No sé si quiero saber cuál fue el primero.

—También fue contigo. Después de aquella noche. —confesó.

—Mis mejores amaneceres han sido siempre contigo. No podría decir que solo fue el de aquella mañana porque siempre has sido esencial para mí.

—Viéndolo así... Creo que tienes razón. No hay una sola vez en la que haya despertado a tu lado y no haya sonreído al contemplarte. Es solo que después de admitir que este sentimiento inmenso es amor y no solo cariño, esta es la segunda mejor noche de mi vida. La primera fue cuando me atreví a decir en voz alta lo mucho que te deseaba y comprobar hasta qué punto que era mutuo.

Y él tenía razón. Escuchar de sus labios que la deseaba había sido algo más que increíble, y lo de esa noche... escuchar de sus propios labios que era completamente sido había sido...

James tomó la mano del anillo entre las

suyas como si fuera un bocadillo y las contempló unidas durante unos instantes.

—Llevo dos días pensándolo mucho... Tengo algo de dinero ahorrado... mucho en realidad.

—¿Qué es?

—En adelante no habrá más desnudos para mujeres ajenas, no habrá más movimientos sensuales para otra mujer que no sea la que tengo entre los brazos.

—¿Qué quieres decir?

—Que ya no pienso volver a subir a un escenario.

—Pero eso es lo que eres. James te gusta tu trabajo, lo disfrutas...

—Hay algo que disfrutaré más, y es saber que tú serás mi única espectadora.

No me pidas que no lo haga, cariño. Sé que es lo correcto, y oye, siempre puedo dedicarme a otras cosas. Sabes que soy un manitas con otras cosas —rió.
Ella lo miró de reojo antes de echarse a reír con una mueca graciosa.

—¿Qué te apetece hacer hoy? —preguntó ella.

—¿No puedes adivinarlo? —James llevó la mano de su prometida a cierta parte y ambos se echaron a reír antes de besarse.

Fin